

CHARLAS FEMENINAS



POR

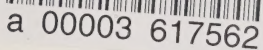
ISABEL MOREL

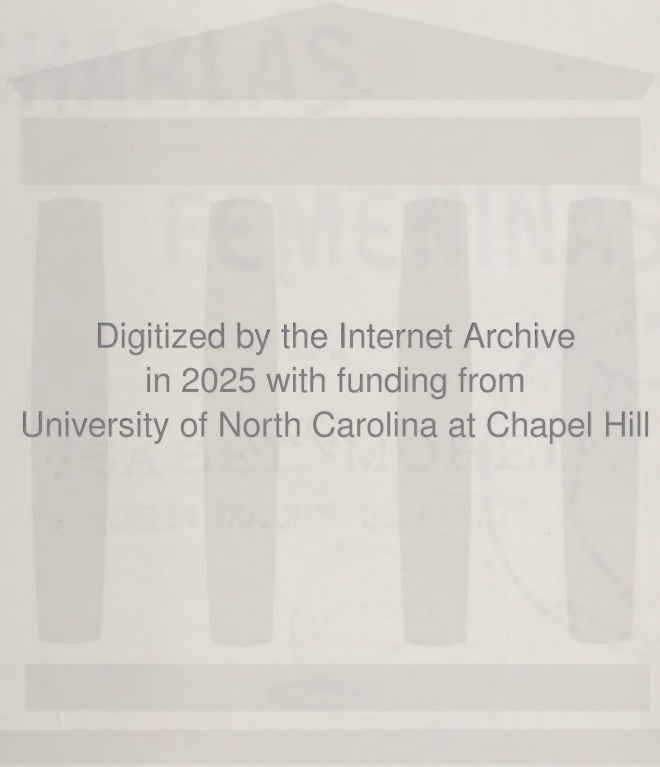
THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

HQ1547
.M67
1929

[illegible]



Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

1929

Guo

CHARLAS

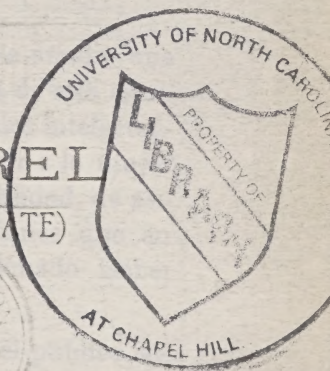
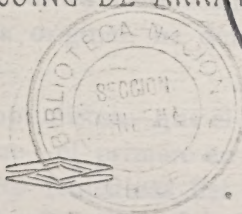
HQ 1547
m67
1929

FEMENINAS

- POR -

ISABEL MOREL

(DELIA DUCOING DE ARRATE)



4074

EDITA
UNIÓN FEMENINA DE CHILE

PROEMIO

La UNION FEMENINA DE CHILE, consecuente con su alta ideología constructiva en pro de la mujer—factor integrante de la humanidad—inicia la etapa de una obra esencialmente práctica de cultura extensiva al editar el primer tomo de las CHARLAS FEMENINAS de ISABEL MOREL, publicadas en los lunes de «El Mercurio» de Chile y aumentadas con artículos inéditos de actualidad.

La Unión Femenina de Chile no necesita añadir una sola palabra elogiosa sobre la obra literaria de esta escritora, ventajosamente conocida en los círculos intelectuales, pero aprovecha esta ocasión para sugerir a la mujer chilena la conveniencia, vale decir la necesidad, de asimilar a la vida práctica las sutiles insinuaciones que en su estilo galano de técnica original, ha donado Isabel Morel al mundo femenino.

Esta Sociedad espera—optimisma—que el público sabrá corresponder al esfuerzo—el primero en su género dentro de las organizaciones femeninas del país—con que contribuye, publicando esta obra, al enriquecimiento de la sana literatura nacional.

Mujeres de Chile

La hora presente os impone el deber de mirar el porvenir con ojos previsores. Debéis penetraros pronto de que vuestra misión no es solamente dar hijos a la patria, no es desempeñar un papel decorativo en la sociedad, no es ser un parásito si poseéis fortuna, ni una carga pesada si carecéis de ella. Fuera de la sagrada misión de esposa y madre, hay muchos deberes que cumplir, muchas lágrimas que enjugar, muchas injusticias insospechadas que vuestra mano puede reparar.

Así como hay derechos, hay también deberes, y no se pueden reclamar aquéllos sin cumplir éstos con el máximo de energías. Régimenes de triste recuerdo para la patria, nada han hecho de efectivo por la causa femenina; se ha requerido un Gobierno que no ha llegado al poder en brazos de los intereses creados, para volver su vista a la mujer chilena, para abrir nuevo horizonte a su trabajo.

El esfuerzo aislado es impotente, sólo la unión que da la fuerza puede alcanzar el triunfo. La Unión Femenina de Chile os ofrece en sus filas la ocasión de llenar cumplidamente vuestra misión de mujeres, de mujeres conscientes que tienen una clara visión del porvenir, y que deben unirse y perfeccionarse en beneficio de la niñez desvalida, de la cultura femenina, de su desarrollo físico, de su perfección moral, de la feliz armonía entre el esfuerzo que produce, y el factor que éste beneficia.

Quinientas mujeres iniciaron esta obra — hoy pasan de mil—pero no son solamente ellas las afectadas con este deber: también os afecta a vos, lectora amable. Concurrid presurosa a imponeros de sus propósitos y de sus trabajos, a inscribiros en las filas de esta avanzada femenina con la alegría puesta en el corazón por la satisfacción del deber cumplido.



“Ser mejores“

La aspiración de mejorar está dentro de la humanidad. Obra al sol de la inteligencia o en la vaga penumbra de un pensamiento indefinido. Se pliega al instinto de crecimiento y trabaja en pos del progreso como una planta que no siente el proceso íntimo en que nace la flor...

Esa facultad de “aspirar“ a ser mejores“, es, pues, el divino instrumento para la vida. Mediante ella, hemos de fijar nuestros rumbos y analizar una labor eficiente, que saliendo de nuestro corazón en círculos concéntricos cada vez más dilatados, abarque los espacios del amor y de la paternal compasión en la frase del Cristo: “Amaos los unos a los otros“.

“Ser mejores“ no es acicate de vanidad, sino emblema de elevada y noble ambición. “Ser mejores“, no es la dura tarea de limitar la vida a los más o menos decorativos de una casa bonita o de un cuerpo escultural: el cuerpo muere.

“Ser mejores“ es conciencia de inmortalidad, ¿quién querría trabajar en mejorar, a sabiendas de que la muerte ha de tronchar en cualquier minuto la vacía aspiración de la belleza efímera? Solamente aquellas que nunca se han detenido a pensar en las serias responsabilidades de la vida... Sólo aquellas que aun no han sentido el dolor, la decepción de lo inetestable, el rigor lacerante de las ilusiones quebradas... La experiencia, es pues, sin duda, maestra de ceremonias, en la cristiana aspiración a “ser mejores“. Y la fe en nuestra alma inmortal, el mejor fundamento en nuestra labor. Los días y los

años, van aguzando esta aspiración en los seres humanos que no han sido tristemente cegados por el pavoroso pesimismo... Sí. El pesimismo es ceguera, es la penosa estrechez de un mísero cuarto redondo en donde muere la risa y se pudre la alegría.

La verdadera ambición de "ser mejor", es un campo de luz que se codea con las estrellas, un cantar volcando su armonía en el corazón de Dios, una idea cristalina como un iris, abarcando el panorama del Universo...

Esta sublime labor de mejorar, no lleva su éxito en "la cantidad", sino en "la calidad": algunos gramos de radio valen más que un mineral de hierro... La anónima labor de una modesta madre de familia puede ser más útil que la bulliciosa actuación de algún magnate entregado a las oscilaciones de la política...

Felizmente ya la mujer,— la muñeca de antaño,— se ha ido convirtiendo en laboriosa abeja de colmena. No tiene como único ideal "la conquista" del corazón de un hombre, para obtener con el marido un "sostenedor", un "amo" uno que pague los platos rotos...

No. Ahora la mujer sabe lo que significa trabajar para vivir y se siente nivelada al compañero de su vida, en el esfuerzo consciente de mejorar las posibilidades de felicidades, siendo "mejores"... Ya la mujer consciente comprende que no es necesario sobornar al hombre, sino más bien ayudarlo.

El hecho sólo de "querer ser mejores", atrae a nuestras vidas la oportunidad de comprobar honradas intenciones. Viene a nosotras en detalle o en conjunto. Viene la oportunidad suplicándonos, extendiendo sus brazos hacia nuestra alma de mujer, para ser acogida en la diaria labor. Es gesto, palabra, pensamiento o acción, que ha de fortificar voluntades y mejorar conceptos. No olvidemos nunca que el punto es indispensable a la "i": la modestia de un detalle, es casi siempre factor de importancia. Para "ser mejores" hemos de pensar que en el

laboratorio de la naturaleza nada se pierde...y que nuestra labor de hoy, obscura y lenta, será motivo de mayor felicidad para los hijos de nuestros hijos. ¿Acaso no estamos viviendo de los sacrificios de nuestros antepasados? Tenemos, pues, una obligación contraída con "los que han de venir a reemplazarnos".

Dios quiere que las almas que pasan por la tierra, aprendan a desprenderse del egoísmo y trabajen "para los otros". Con la muerte, paraliza las ambiciones malas y estrechas. También con la muerte pone alas de eternidad a la noble aspiración de "ser mejores" para beneficiar a aquéllos que vendrán más tardes a relevarnos en la tarea de construcción.

Para "ser mejores", es preciso ser consciente. Afrontar valientemente los problemas de la vida y resolverlos con serenidad. La vida actual está llena de dificultades y se nos presenta, como un enigmático interrogativo... Las costumbres, los prejuicios, las antiguas tendencias, han sufrido un formidable desglosamiento, ante los nuevos aspectos de la avanzada moderna. Los países extranjeros nos envían nuevos materiales en un amasijo heterogéneo de modalidades favorable o adversas a nuestra idiosincrasia. De la filtración de estas "importaciones" a través de un honrado criterio, depende "la mejoría" de nuestra vida nacional. Para "ser mejores", necesitaremos pues, ser reflexivas. No siempre las actitudes de "la moda" deben ser carriles para nuestra actuación... Que un puñado de muchachas inconsciente adopten "poses" de "flappers", no es motivo para creer que eso es "chic"... El verdadero "chic" está en la sencillez y de ningún modo en las actitudes copiadas a las gentes indeseables de las grandes metrópolis; a las gentes limitadas dentro del pequeño mundo de sus cabezas vacías... Nó. El "chic" es un nacionalismo de moderación y buen gusto, en el que se podría evocar la intra-

ducible palabra catalana: "el sefny", algo que es solidez y claridad, fuerza y medida, justeza y previsión...

La época moderna es un libro de estudio para la mujer que aspire a mejorar. Dentro de esta época de transiciones y sorpresas, toman cuerpo las más admirables tendencias de perfección. Gercia revive en el cultivo de la línea prometiendo un triunfo de belleza sana a la posteridad. El refinamiento romano de la higiene se apodera de nuestra vida práctica, transformando la molicie antigua en el enérgico espíritu de trabajo que nos vitaliza. La castidad temblorosamente envelada por nuestras antepasadas, sobre un desnudo de Praxíteles o sobre las líneas vigorosas de las Venus y Dianas inmovilizadas en el mármol, se hace fuerte y pura a través del concepto de serena belleza. Y la Naturaleza cada día va despojándose en algún detalle del dominó de Celestina con que los ojos pecadores han querido disfrazarla.

Bien sabe la mujer consciente lo que significa vestir en forma indecorosa: "lo sabe bien." La castidad no consiste en subirse el cuello ni en abrigarse los tobillos. Un traje muy escotado puede ser decoroso si se le sabe llevar... Y una falda corta no inquieta a nadie. El mal está en la atención, en el detalle canallesco, en algo indefinido, que un espíritu culto de mujer, siempre sabe evitar.

El sentido legítimo del gusto estético puede dar una norma en estos problemas, en que, casi siempre pecan por ignorancia las mujeres no cultivadas ni física ni espiritualmente.

El título de estas líneas me ha sido sugerido por el lema social de "La Unión Femenina de Chile"

"Ser mejores" es el objeto de esta sociedad en que laboran mujeres portefías por la consecución de sus ideales de educación, extensión artística y comprensión de sus deberes para con la vida. En ella se desenvuel-

ve "el alma" de la mujer, honrando el mérito donde se encuentre, y cooperando con todo su esfuerzo al mejoramiento de la vida social y al ennoblecimiento del verdadero hogar cristiano.

Todas las clases sociales llegan a "La Unión Femenina de Chile", día a día, para aumentar el número de aquellas que "habrán labrado con su propio corazón la cuna feliz del hombre de mañana".



Auto-retrato

Ha llegado a mi poder una cartita que amablemente me dirigen "Varias admiradoras". Está escrita con esa tinta color de rosa, con que suele perecer la modestia más exagerada. Y la mía, que era algo dudosa y muy escasa... se quedó en los primeros adjetivos... Pero, al fin, era modestia y me parece que me va a hacer feliz. Fuera de este perjuicio, he recibido con sus expresiones una agradable emoción, tal vez aquella que Lotí sentía al recibir sus cartas de "desconocidas". En "Las Desencantadas" nos habla de ellas, y declara que le hacían indispensables. Se comprende. El leer conceptos discretos delicadamente expresados cautiva la imaginación y da alas a la fantasía. ¿A qué mujercita primorosa corresponde esa mano fina que escribió cuatro caras de una esquila pidiendo dos cosas: un tema de mejoramiento social con el cual podría llenarse una biblioteca; y, con una sonrisa picaresca, el retrato de Isabel Morel?

"...quisiéramos saber si usted es rubia o morena, joven o de algunos años. Bonita, parece serlo, por sus artículos; y toda una simpatía."

Confieso que estas preguntas e hipótesis me han quitado el sueño. Figúrense ustedes de mi confusión ante esas "admiradoras", cuando les diga que nunca he tenido ni siquiera... admiradores. Bueno, esto hace perder el control a cualquiera... Pero creo que podré decirles algo de mi persona con el objeto de que puedan reconocermé y saludarme cuando nos encontremos, con lo cual me habrán dado en la yema del gusto.

¿Rubia o morena? Rubia, no. Morena, tampoco. No

soy morena... creo yo... Es harto curioso que nunca me haya preocupado de este asunto. Pero a mí me parece que soy casi morena. Melena, ¿de qué color? Porque eso del color es bien dudoso... Supongo que no desearan ustedes saber lo que es natural y lo que se debe "al perfumista". Dejemos entonces: melena cobriza.

"¿Bonita?" Siempre a una misma le parece que no. Pero mis chicos me encuentran *linda*... cuando los mimo demasiado. No en balde poseo un perfil de *Gibson girl* que da primor... No vayan ustedes a suponer, por Dios, que estoy presumiendo. No. Es la verdad. Mi nariz es... investigadora... Y tengo en mi historia el honor de haber sido llamada "*Walkyria*" por nuestro simpático poeta Antonio Orrego Barros, que elogió en verso mi gusto por la equitación.

Soy algo... demasiado pequeña. Peso 49 kilos.

Tengo la costumbre de usar 33 años de edad. Y seguiré usándolos hasta que me resuelva a tener 34. Todo debe reflexionarse mucho antes de tomar una resolución; y no basta un año para resolverse a entrar en otro. Las responsabilidades de la edad... Ustedes comprenden: ¡no es broma cumplir un año más todos los años! En eso soy intransigente. Además, es tan monótono... Me hubiera gustado haber nacido un 29 de febrero en vez del 29 del mes que me corresponde.

Si los datos que les doy a las simpáticas lectoras que con tanta benevolencia me han juzgado, no son suficientemente claros, debo decirles que no pierden absolutamente nada. Isabel Morel, de cuerpo entero, frente al espejo, no vale un pepino. Esta es la terrible verdad. Pero ¡qué fortaleza de alma se necesita para confesar esta verdad! Este es un mérito, me parece. En cuanto a méritos... tengo muchísimos... (Ahora es cuando me hace falta la modestia. .) Esto me entorpece para explicarles a ustedes que, de chiquilla, siempre tuve la debilidad de ima-

ginarme que Salvador Díaz Mirón hubiérase inspirado en mis ojos cuando escribió aquello de:

“Ojos en que reverbera
la estrella crepuscular,
ojos verdes como el mar,
como el mar por la ribera;
ojos de lumbre hechicera
que ignoráis lo que es llorar,
¡glorificad mi pesar!
¡No me desoléis así!
¡Tened compasión de mí,
ojos verdes como el mar!”

Mis ojos son, pues, verdes; pero cuesta mucho darse cuenta de que lo son, a causa del gran abuso que siempre he hecho de esa engañadora esperanza que se aleja de la vida... Parece que la “estrella crepuscular” ya no reverbera... Las esmeraldas se han obscurecido... y están casi negros mis ojos... casi negros. Sin embargo, con un poco de buena voluntad, siempre son verdes. Ya ustedes me conocen. Hemos de encontrarnos y hablaremos... en la calle Condell, en algún tranvía, en el Skating, en el Club; y ya que ustedes tienen *mi filiación*, serán las dueñas de la iniciativa. El tema de que me hablan irá apareciendo... en pequeñas dosis, como si fuera estricnina o arsénico... ¡Con tal de que no me apliquen multa por ejercer de farmacéutica sin título alguno...

Por lo demás, Platón nos ha dicho que “en la vida todo concurre”. Serán ustedes mis simpáticas *admiradoras* quienes habrán llevado mi pluma hacia un camino que nunca pensé tomar, por miedo de no tener las fuerzas suficientes para seguirlo; pero ahora que sé que “más de alguien” lee mis charlas sintiéndose en mi mismo diapasón, me resuelvo a intentarlo, ya que tengo el punto de apoyo... y la benevolencia de ustedes.

Me parece haber complacido con lo dicho a las autoras de la cartita fechada el 20 de Mayo.

Y este párrafo queda contestado lo más fielmente posible:

“Le rogamos darnos en una charla un retrato suyo, lo más aproximado a la realidad, pues no hemos podido conseguir averiguar su nombre, que tanto deseábamos saber.”

Si el retrato está mal bosquejado, no será seguramente por mi voluntad... He hecho lo posible. Hay que observar también que el modelo es bastante mediocre, con lo cual me disculparán ustedes la falta de resultado artístico. -





Abolición de Esclavitudes

A propósito de abolición de esclavitudes, recordemos la célebre personalidad de Enriqueta Beecher Stowe, autora de la emocionante novela que estremeció a su tiempo: "La Cabaña del Tío Tom." Jamás cruzado alguno ha batallado como esa criatura generosa lo hizo, en defensa de la raza negra. La interesante novela, escrita con lágrimas amargas cogidas a la vida misma, se adueñó de la emoción colectiva, penetró en el discernimiento parlamentario y acrecentó en el corazón del gran Lincoln el propósito de abolir la cruel esclavitud humana.

El arma de que Enriqueta Beecher se valió, fué la ternura, la piadosa exhibición del dolor, generado en la crueldad insolente. Señaló la llaga palpitante, haciendo sentir a sus lectores en angustia ajena la propia agonía. Supo abrir los ojos miopes del egoísmo, hasta lograr la vista panorámica de un altruísmo naciente. En la indiferencia helada encendió una fogata de entusiasmo generoso. Logró llevar la mirada del mundo hacia la comprensión de hechos inauditos que solo esperaban una luz para ponerse en fuga como los torpes reptiles de una masmorra.

Enriqueta Beecher fué la más grande cooperadora de la libertad humana.

Como ella muchas mujeres en todas las edades han influido en no pocos intentos de libertad individual, por sus propios esfuerzos, en calidad de heroínas, o asumiendo humildemente una actitud obscura junto al

hombre genial que no desdeñaba intuitivo consejo femenino.

En nuestra época, abolición de esclavitudes, es decir abolición de prejuicios.

Ya miramos perderse en el horizonte la esclavitud de cuerpos; y en todos los países civilizados se persigue enérgicamente la trata de blancas. La idea de semejantes esclavitudes ya no genera en la colectividad. Uno que otro monstruo humano persiste en su vil comercio y en ciertas naciones demasiado conocidas, aun suelen oírse casos de comparsa de esclavos al servicio de un capital feudal...

Entre nosotros la esclavitud en retirada, se atrinchera en los prejuicios de toda índole. El concepto de raciocinio propio es débil ante la tradición. Y si bien es cierto que en múltiples casos el prejuicio cae vencido, hemos de confesar que es casi siempre el hombre el triunfador. La mujer, enfermizamente, se apega a todo lo estatuido para tiempos que no son los nuestros. Y así es como aún se encuentran mujeres que se desmayan frente a una araña, las hay también capaces "de los mayores heroísmos por no salir del marco de los prejuicios establecidos.

Si se les averigua "por que" sacrifican la vida a una idea hueca que no tiene sentido común dirán porque "así está establecido en sociedad".. Esto, sin explicarse e- sentido de sus actos. Unicamente obrando por la razón de más peso que existe: "por que sí."

La dolorosa esclavitud social suele llamarse "qué dirán"... A esa triste cadena se sacrifica la paz del hogar, el amor, el éxito, la conciencia . . . ¡Es horrible! En tales matanzas no corre sangre, pero raudales de amargura colman los corazones.

Casi nadie piensa en independizarse valientemente de la suspicacia ajena. Se vive en perpetua contradicción

con los sentimientos y aún con la conciencia, por respetar el "qué dirán".

Indudablemente que la vida sería una barahunda sin ciertas condiciones de órdenes general, pero de seguro es un suplicio si esas condiciones se llevan a un necio fanatismo. Nada puede regular una vida mejor que la conciencia, ni nada puede aclararla, como la reflexión.

Hasta la cultura si se lleva a la exageración, resulta una esclavitud. Conozco mujeres que "sufren" al ver una mesa que no llena todos los requisitos del servicio moderno. Es decir, que se fabrican preocupaciones pueriles, porque están esclavizadas a la moda. Esta esclavitud rígida les resta horas de vida agradable. La falta de traje adecuado a una recepción, las priva de momentos que quizá hubieran sido causa de felicidad futura. El saludo afectuoso de personas de baja estofa les estropea un paseo. Y todo por el "qué dirán."

Multitudes de gentes van pasando por la vida como comparsa de esclavos... Van pasando, resignadas, a vivir según el mandato de aquellos que vivieron en otras generaciones, con diferentes tendencias y otras clases de educación.

La esclavitud moderna es dolorosa, tan dolorosa como la del tío Tom... Y más grave, sin duda, porque, hipócritamente, imaginamos ser libres, y esa ficticia libertad mide los sentimientos con monedas, el dolor humano con el color de una tela y el mérito individual con un nombre pomposo.

Al observar en algunas que otras persona la tendencia a liberarse del humillante yugo del prejuicio, se siente una verdadera satisfacción: hay una vanguardia de seres que trabajan con su acción para las razas venideras...

Algún día abandonaremos los hierros del prejuicio.

Nos atreveremos a ser sinceros. Dejaremos por inútil el miedo a la opinión ajena si la conciencia propia marca un rumbo definido. Y así tendremos opción a la serena vida de los justos. Amaremos mejor. Viviremos mejor. Moriremos mejor.

La mujer, en su vida anónima, en su vida familiar, en su labor maternal, es la más indicada para laborar esta abolición de esclavitudes sociales, que ha de acarrear paz y alegría. En esta obra, no debemos dejar solos a los hombres. Es preciso exhibir ante el hogar la maleza de los prejuicios irracionales. Hacerlos pasar ante los ojos de los niños como obstáculos que han de atacar y vencer en el transcurso de sus vidas.

Intangible será nuestra gloria en tan árdua labor, pero no por eso menos importante a la vida colectiva.

La influencia de la mujer en su casa no se toca, "pero se siente." La influencia de las familias hace el carácter de un país. Los países son el mundo.

Así, pues, la obra consciente de una mujer razonable puede variar la faz del mundo.

No es poca cosa la buena labor individual. Si Enriqueta Beecher Stowe con una cabaña movió las más altas opiniones en defensa de los esclavos negros, las mujeres, uniendo su esfuerzo, podremos levantar un rascacielo influyendo al mundo para defender al mundo al ser humano de su autoesclavitud.



Los lirios que cambiaron de color

Loreto se casa. — Se celebra este compromiso oficial con un té danzant — Al centro de la sala bizantina, una mesa primorosa y, sobre ella, un búcaro burilado en plata, con un inmenso macizo de lirios blancos. — La vitrina de gran estilo está llena de estuches soberbios en que hay joyas maravillosas... y en una mesa oblonga se amontonan pieles, pyjamas opulentos y delicadas pequeñeces de uso íntimo.

Clara.— ¡Esto es colosal! ¡Es una preciosura! Es mucha suerte la de esta Loreto, oye....

Malva.— Yo dijera que la suerte es de él, porque se lleva una chiquilla muy buena, y....

Clara.— Bah! no ha juerto a nadie, ¿es eso todo? Por lo demás yo no podría al fuego mi dedo meñique por.....¡Ah! Loreto, aquí estábamos admirando tu ajuar.

Loreto.— Qué les parece?

Clara.— Sublime! Fuera de toda competencia....Kolosal, con K.

Malva.— Y todo de muy buen gusto, ah?

Loreto.— Cierto, a veces creo estar soñando.

Malva.— Esto es chinchilla?

Clara.— Por supuesto... Te figurabas que era conejo teñido?... Qué perspicacia la tuya hija mía!

Malva.— Es que no entiendo en pieles.

Clara.— Al fin hay algo en que tú no entiendes... Eureka!

Loreto.— Ustedes siempre discutiendo...

Malva.— Pero oye, sientate aquí Loreto.— Dice la verdad, te sientes feliz... enteramente?

Clara.— Vaya, por Dios! Así es que tú me mides la felicidad por rebanadas? Y quieres que Loreto esté feliz a tanto por regalo?

Malva.— Nó.— Loreto sabe lo que quiero decir y te suplico que sigas contando los botones de cada pyjama.....No te preocupes de nosotras, por favor...

Loreto.—Feliz! Por cierto.—Todo lo más posible.... Me figuro que no falta nada.— He aquí mi reino!

Clara.—Y qué reino! Solo en las joyas... y en los cheques.

Malva.— Pero si es eso.— Yo que he pasado tanto tiempo ausente de aquí, no conozco todavía a las gentes...Ya que tú recordarás que después del colegio sólo alcancé a bailar algunos two stwps en el salón alemán... y después... han pasado cinco años!

Clara.— Diez y ocho que tenía... y cinco...

Malva.— No molestes.— Tenía diez y seis cuando me fui a Buenos Aires.

Loreto.— Cierto.—Malva es sólo un año mayor que yo.

Malva.— Concedido.

Loreto.— Concedido?

Clara.— Si, pues, oye.....Ella te concede un año menos!.....A lo mejor yo voy a resultar tía abuela de ustedes dos.

Malva.— No hablemos de edades, por el amor de Dios... Cada una tiene...

Clara.— lo que representa...Divino! No hay mejor teoría cuando se pesa lo que una lombríz y se mide una cuarta de piso...Pero yo...abarco más espacio...vaya soy más mujer que ustedes juego tennis, monto a caballo, nado...y cuanto hay en deportes me fascina...

Entra un mozo.— Entrega a Clara una tarjeta y espera.

Clara.— (Al mozo).—Dígale Ud. que voy en seguida.

Loreto.— Qué es, oye?

Clara.— (Riendo y precipitándose al espejo) Es Dick, que pide “una vuelta de patines” mientras se formaliza aquí el baile. Me llevará en su Citroens. Veinte minutos!

Loreto.— Al Recreo?

Clara.— Sí... Me voy.—Vuelvo al instante.—Si viene mi mamá díganle que no he llegado.—Pensará que me atrasé en las danzas clásicas... Hasta luego! Oye, Loreto, allí está tu tío Gregor, habrá oído?

Loreto.— Nó.—Está pensando...

Clara.— Qué fatiga! Se va a morir del cerebro... Pobre! (Sale corriendo)

Malva.— Por fin! Esta Clara es insufrible.—Tiene unas salidas en tono...

Loreto.— Pero, te diré, es bien moderna y harto elegante... No es persona de asustarse por nada.—Vieras! A la yanqui se las arregla lindamente con los muchachos—Es cierto que la discuten... pero son retrógrados—Unas cuantas viejas pasmadas quisieron hacer una campaña para que las niñas no vieran más que películas “aptas” para señoritas“. Una patilla atroz, figúrate! Para quedarse dormidas.—Los muchachos hablaron sapos y culebras contra estos esperpentos, embajadores de la sana moral...

Malva.— ¿Y...?

Loreto.—Y nada! Que nadie le hizo caso, como es natural.—Ahora vamos al cine sin ningún inconveniente. El letrado “no apta para señoritas“, es algo así como una condecoración que hubiera sido comprada en alguna agencia para levantar los niveles del abuelo huérfano de méritos propios... Mira el letrado susodicho, sólo sirve para anunciarnos películas de ñeque.—Todas vamos! Y fíjate, oye, querían que no fuéramos al cine con los pololos... sino con personas de respeto... has visto? Porque la sala queda a oscuras.—Nada! Que si hubiéramos seguido los rumbos de las tales pu-

ritanas, habríamos vuelto de hecho al coloniaje....Tú que vienes de Buenos Aires, que cómicos encontrarás estos afanes para que las muchachas no conozcan la vida, sino por "María", de Jorge Isaacs.

Malva.— Ah, bueno; pero yo, realmente nunca he ido a películas impropias, porque mi pobre abuelita, tallada a la antigua, decía que las malas películas no daban a conocer la vida, sino, los vicios...confitados a la parisiense...Decía que deleitarse admirando las malas pasiones embellecidas por el lujo, era encanallar el alma y despojarlas del derecho de la juventud al amor puro y sincero.—Ella quiso siempre conservar mis ilusiones para recibir el amor dignamente.—Sabes? Imaginaba mi pobre abuela querida, que toda pureza de pensamientos y de obras, todo el fulgor espiritual de la fé cristiana, eran necesarios para entrar al matrimonio a ese sacramento divino que liga a dos almas hasta la muerte.

Y es por razón de este sistema...antiguo, que yo sé tan poco del modernismo.

Loreto.— Pobre chiquilla! Te han tenido secuestrada...

Malva.— Como tú quieras, pero es el caso que yo era feliz...muy feliz...No sabes cuánto me ha hecho sufrir la muerte de la abuela.

Loreto.— Comprendo.—Pero ahora tienes libertad...

Malva.— Libertad para qué?

Loreto.— Para vivir alegremente y sin esas trabas hipócritas...

Malva.—Oh! Loreto...Tú crees que yo haré algo que sea ajeno a mi costumbre?...Nunca, hija mia.—Ya tengo hechas mis convicciones y cuando se han formado en el cariño maternal, no hay nada que pueda borrarlas del corazón.

Loreto.— Pero hija, hay que vivir al día, conocer

las acechanzas de las pasiones, las fascinaciones del adulterio algo tan de uso diario...

Malva.— A mí no me interesa, puesto que no he de cometerlo; y si mi marido hipotético cayera en esa falta, le cerraría mi alma, trataría de buscar resignación en Dios...qué más se puede hacer en tales casos?

Loreto.—Hoy... mucho más que eso, criatura boba... mucho más aún... Nada tan simpático para mí, como la ley del Talión: ojo por ojo, diente por diente...

Malva.—Pero, qué ideas tienes, Loreto! Dime por favor, estás sinceramente enamorada?

Loreto (riendo).—Claro que sí.—Nos entendemos a la maravilla... No seremos Romeo y Julieta, ni representaremos un idilio del siglo pasado, pero somos buenos champañuzas y no nos hacemos muchas ilusiones respecto del amor inmortal... Cada uno vivirá a su gusto.—Hay dinero.—Habrà confort, dancings, excursiones en buenos autos, amigos flexibles, brigdes, garden parties, viajes... Qué mejores expectativas?

Malva.—Pero... vendrán hijos...

Loreto.—Sí... vendrán con sus respectivas nurses... si es que vienen...

Malva.—Por Dios, pero eso... es muy helado... es algo como si nevara el alma...

Loreto (riendo).—Bah! Calefacción! El alma cuando está entretenida en el fragor de una vida agradable, ten la seguridad de que no se hiela, mi pobre Malva... Mira, tienes toda la pintura de una novicia Carmelita que se le hiciera pecado mirar al sol porque le entibia las mejillas... Qué divertida eres! No me imaginaba que tuvieras un programa tan estrecho.—A los veinte años! Hija, eres un fósil... un fenómeno verdaderamente... Mira, aquí viene Clara...

Clara.—No ha venido nadie todavía? Qué gusto! Fíjate que tomé el volante y casi atropello a un viejo.—

Qué atroces son los viejos!... Ay, Dios mío, siempre está ahí tu tío...

Loreto.—No importa. Sigue pensando.

Clara.—Pero eso es muy grave...Mira tú que pensar y pensar y pensar... Debe estar loco, indudablemente.—Qué persona cuerda piensa tanto? Pero, oye, Dick está que no puede más con su alma... Tiene una tarjeta de la Mastein, que lo cita para un paseíto de seis a ocho... Es muy divertido.—Le dice: mi lindo amorcito...

Malva (ingénuamente).—Es su novia?

Clara y *Loreto* ríen a carcajadas.

Loreto.—Su novia? No.—Es la distinguida esposa de un respetable hombre de negocios...

Malva.—Como se ha atrevido Dick a exhibirte a tí, Clara, esa abominable tarjeta?

Clara.—Y qué tiene de particular? Qué rara eres tú! Se me ocurre que vienes cayendo de un gallinero.

Malva.—Así debe ser... pero encuentro muy fuera de tino esas confianzas... groseras... con los muchachos...

Loreto.—Miren, chiquillas, como los lirios están cambiando de color...

Malva.—Sí, qué lindo matiz de rosa.

Clara.—Precioso!

Loreto.—Es que le han puesto anilina roja...

El viejo se ha levantado de su sillón y avanzando hacia las niñas dice así:

—Anilina? No! Es el rubor que tú, Loreto, y tú, Clara, debieran llevar en las mejillas ajadas prematuramente por el rouge... Malva, amiguita mía, no se avergüence usted de ser educada a la antigua,—Observe usted cómo estos blancos pétalos, hermanos de su alma, se ruborizan por ellas... El matrimonio es algo más que ese hacinamiento de lujo.—Es lo más solemne y lo más sagrado en la vida humana.—Para casarse es necesario producir la mayor de las armonías. Conectar la cabeza con el corazón y sacar el alma a los labios al prometerse

fidelidad frente al altar... Hoy no se explica suficientemente la importancia de esta solemnidad.—Y la juventud se casa, con el pensamiento distraído, con pueril alegría en los labios y el corazón vacío de amor...

Loreto.—Por Dios, córtela tío, que llega gente...

Clara.—Pero qué interesante, don Gregor, estoy encantada.—(Al oído de Malta). No te lo dije? Está loco de remate el pobre caballero.—No hay que contradecirlo en nada, porque sería peligroso.

Loreto.—A bailar, a bailar.





Injusticia social

Todavía nos queda en la retina una tierna impresión del paseo que todos los años realizan los huérfanos, pasando a través de muros humanos que exteriorizan su cariño y simpatía para aquellos pobres seres que no han tenido la dicha inefable de sentir el beso maternal, ni la fuerza protectora de un padre que les señale el sendero de la vida.

Frente a la procesión de cabecitas rubias y morenas, que llevan alegría en el corazón, miles de personas sienten angustia, y muchos ni siquiera comprenden por qué la sienten.

Nuestra sensación es extrañamente sugestiva; algo como una autosensibilidad: nuestro oído escuchando el "tic-tac" del propio corazón o la retina intentando reflejarse en sí misma...

Hay lágrimas que pugnan por rodar... Se piensan cosas vagas, que hablan mal del género humano... Y estas sutilezas del pensamiento, afilan el deseo de amar a esos hijos de nadie, como para remunerarlos del vacío de amor que ha presidido sus vidas.

"Nerviosamente", se les mira con ternura. Se les endulza los labios con golosinas y se les halaga el oído con chistes y música.

Naturalmente. ¡Es tan justo! Es la esencia de la justicia: una compensación que se arraiga en los cimientos de la vida misma: dar un poquito de amor y alegría a los niños del montón anónimo que sólo han sentido el afecto cristiano y puro de unas cuantas mujeres de alma grande que irradian en el espíritu divino... Pero esos ra-

yitos de sol, vienen del cielo... También ellos necesitarían el calor que da la tierra en el beso apasionado de una madre... y esa lumbre les ha faltado...

Una vez desarrolladas las inteligencias de esos niños, sufrirán las nostalgias del hogar desconocido y junto con su adolescencia vendrá a ellos el amargo que la vida social les reserva. "Hijos de nadie", llevarán en su existencia enormes dificultades que salvar. Habrán de batallar de desengaño en desengaño, de humillación en humillación, porque carecen de un nombre que los proteja... Y entonces, los pobres niños recordarán a ese público benévolo que con lágrimas tiernas los miraba pasar... Y pensarán:

—“Estos... no son aquellos“...

Terminaron las amables demostraciones y se secaron para siempre las frescas guirnaldas que los hicieron soñar

Aquellos que, conmovidos, los miraron pasar en “el paseo del año“, ya no los acompañan en el “via crucis“ del anonimato. Y sus esfuerzos por surgir son cada día menos confirmados. Cada día es más dura la jornada.

Las posibilidades les cierran sus puertas. Y es algo inusitado que pueda levantarse uno entre ciento...

Este es, de los prejuicios sociales, el más nefasto. Y el más necio.

¡Cuántos hijos legítimos, no lo son, en realidad! Y tienen—mediante la hipocresía social—todas las facilidades de tales!

Individualmente, bastante se hace en el sentido de proteger la vida e instrucción del huérfano, pero, desgraciadamente, eso es una gota de agua en el océano.

Se necesitaría formar una opinión, levantar un esfuerzo y presentar a la República esta necesidad de justicia humana, que pide a gritos la equitativa apreciación de los méritos individuales, sin tomar en cuenta para nada a los antecesores, que pueden ser polos opuestos con sus hijos. (Eso se ve todos los días).

En épocas de esclavitud, producía indignación la sola idea de abolirla. Este prejuicio de “la falta de nombre”. es mayor esclavitud, porque encadena las posibilidades y esfuerzos superiores del individuo.

Es un signo de cordura el apartar de las masas escolares la “tara” social. Pero produce pesadumbre ver muchachos sanos e inteligentes, que son rechazados de planteles públicos por no poseer la papeleta de “legitimidad”. Y Dios sabe cuántos de esos habrían podido levantar sus personalidades en mejor forma que muchos “legítimos”.

Se fueron con el antiguo testamento esas maldiciones y venganzas que asaltaban hasta cuatro generaciones... El “ojo por ojo y diente por diente” fué reemplazado por el “Ámaos los unos a los otros”.

Es pues, bien triste que, después de veinte siglos, no podamos todavía “aplicar” las palabras inmortales de Jesús de Nazareth...

La expulsión de los hijos naturales e ilegítimos, de muchos planteles de educación o trabajo, seguramente no obedece a temores de sangre pervertida... ¡Hay tantos hijos legítimos que llevan el convencimiento público de una sangre viciada! Y sin embargo... se les abre las puertas a todos los derechos.

¿No es verdad que es cruel la ley social en este acápite?

Un niño que ha estudiado con entusiasmo, que se siente capaz y “quiere ser útil”, llega a solicitar plaza para alguna labor... y se le rechaza. ¿Por qué? El niño protesta:

—“¿Por qué?” Yo puedo, yo quiero estudiar. Soy sano... Soy capaz.

—¡Imposible! No es usted hijo legítimo.

El pobre pária maldice de sus padres desconocidos, arroja pedradas de odio a la injusta ley social. Y del

que pudo ser “un ciudadano progresista y honrado” brota un bolchevique o un maleante...

—Si me arrojan de la luz del sol, dice, viviré en la sombra.

La vida es triste y nuestras apreciaciones amasadas en épocas de retraso, la hacen más penosa todavía.

En estos tiempos “mejores que otros”, en que se piensa en la paz del mundo y en la humana fraternidad, sería un rasgo de selecto cristianismo, el limar las cadenas opresoras de los desdichados “hijos de nadie”, que si no tienen la suerte de encontrar un Mecenaz, o la luminosidad de un amor elevado y libre han de ver oprimida su vida por la losa injustificadamente cruel de un prejuicio sin base equilibrada.

¡De qué modo tan lento y penoso llega a nuestras almas la palabras del Maestro! Parece que los siglos la estrujaran como bestias bravas para impedir la liberación humana, el “Amáos los unos a los otros”, que es algo tan divinamentē sencillito!...





Trigo de oro

Carmen Gloria me recibe en el hall.

—¡Cuánto lo siento, Isabel! Mi madre acaba de salir... Se va a sentir usted estafada en su visita...

La beso con cariño. Dificilmente podrá encontrarse una niña de veinte años con más cualidades que ésta.

Es encantadora. Suavemente encantadora. Tiene más “angel” que belleza y tanto corazón como cerebro.

—No quisiera privarte de tu paseo, Carmen Gloria. Tu juventud es demasiado respetable para mí...

—¡Qué! ¿Irse usted? ¡Ni pensarlo! Esperaremos aquí, charlando, a mi madre. Y hará usted un empeñito para no aburrirse, ¿eh? Usted que les hablaba con tanto cariño a “sus lectoras”, bien puede figurarse que yo, en este momento, las represento a todas...

Me acomodo en un sillón confortable, decidida a aprovechar estos minutos agradables que la suerte me depara.

¡Escuchar ideas jóvenes! ¡Revelaciones de almas nuevas! Es una delicia, ¿no es cierto?

—Verdaderamente, Carmen Gloria, representas bien a “mis lectoras”. Quiero imaginarme que, como tú, están ellas dispuestas a abandonarme algún momento de su tiempo...

Y sigo con monosílabos el raudal de sus palabras van tomando un marcado interés para mí.

Sus expresiones sinceras y atinadas me hacen pensar en la justicia con que suele juzgarse al conjunto de nuestra juventud, sin tomar en cuenta a estas mujercitas razonablemente modernas que saben y merecen

serlo. Hay un gran número de criaturas bien dotadas que miran la vida con ojos de clarividentes. Poseen por idiosincrasia el espíritu cabal y el alma espléndida. Se han familiarizado con la idea de absoluta sinceridad, y tratando de mejorar su aspecto físico llevan a la vera el empeño de perfeccionar sus características “de corazón e intelecto”.

Carmen Gloria cree que no atender a “la higiene del alma”, significa una estafa.

—Si, una verdadera estafa, Isabel. ¿No lo estima usted así? A veces, puede usted creérmelo, me imagino estar “a tono” y esto me hace sufrir. ¿No es verdad que es muy terrible ir muy elegante, muy “chic”, a sabiendas de que la “toilette” que llevamos es artística y teniendo el convencimiento íntimo de que en ese momento lo que mas vale en nosotras es el traje? ¡Saber esto vivir indiferentes! Suponga usted. Pasa “alguien” que vale por sí mismo y se siente atraído por nuestra silueta gentil...Luego nos conoce...y hemos de ver en la expresión inteligente de aquél individuo un rictus de amargo desengaño.

¡Uu rictus amargo, donde pudo extenderse una suave sonrisa de amor!

Esta decidía para abodiar actividades en el campo espiritual e intelectual se debe, seguramente, a las ideas rancias que generó en los pasados siglos la necesidad humillante de la mujer que sobornaba al hombre con su aspecto para obtener su derecho “a la comida”.

Pero hoy, Isabel, hoy es muy diferente. Los atractivos artificiales ya no tienen el prestigio de antaño. El “rouge” que nos ponemos en los labios es una nota clásica del sentido del matiz y no recurrimos al engaño para darnos un poco de carmín, que realza la vitalidad de la expresión. Esos detalles ornamentales son, pues, hoy día un aspecto, el de menos valor, por cierto. Ya la mujer moderna dejó la vieja idea de vivir

para conquistar el corazón masculino únicamente. Ahora la conquista a que aspiramos es más amplia: ¡querríamos conquistar al mundo!

—¡Carmen Gloriam! ¡Que te quemas, hija mía! Estás tocando el sol con los dedos...

—Cuando pienso en nuestro derecho de progreso, Isabel, me figuro que el sol es mi pensamiento. Oígame usted. Yo tengo fé en Dios y por lo consiguiente creo en el porvenir. Mire usted a través de los países de la tierra y se convencerá de que es la mujer la que hoy trabaja con mayor empeño... Salvando determinadas legiones de mujeres retrógradas, se nota la fuerza de un ambiente especial que tiende a adquirir conocimientos. Desde la mujer opulenta hasta la más humilde muchacha pueblerina, están sintiendo esta necesidad de perfeccionar y simplificar sus actividades. Las costumbres y los gustos se han modificado...

—¡Vaya que se han modificado!

—Perdón, ya usted quiere aludir al famoso charleston, a los trajes...pornográficos, al cigarrillo, a las excursiones libres...¡a campo abierto! Bueno, de todo hay. Pero tenga usted la convicción de que esa marejada de muchachos de ambos sexos que se quieren adjudicar un puesto de "gentes bien", como ridículamente han dado en titularse, no son sino una "broza", usted puede convencerse de ello. Si bien es verdad que justos y pecadores acuden a la mismas reuniones sociales, también es cierto que no se necesita vidrio de aumento para distinguir el trigo de la cizaña. Oiga usted el clamoreo de los muchachos. Mis hermanos se rien a morir de las chiquillas que pretenden conquistarlos a fuerzas de "golpes de impudicia"... Ayer no más, Pepe, le decía a mi madre:

—Es curiosa la idea que tienen algunas de estas mujercitas..."de capa y espada". Se imaginan que

arrojando por la borda todo pudor...quedan aptas para el matrimonio...

Ya lo ve usted, Isabel, poco a poco se irán convenciendo las que aún quieren entrar en la vida con armas equívocas, de que hoy es el mérito personal lo que triunfa en toda la línea.

—“Triunfará“, Carmen Gloria. Pero...todavía no, por desgracia.

—No sea usted pesimista, por el amor de Dios, Isabel. Déjeme usted creer en lo que espero, y esperar en lo que quiero. Es usted misma quien me ha animado siempre a seguir el “caminito de las rosas, que en las noches de luna flirtean con las estrellas“...

Sí, criatura, sí. Quiero que me invites por ese sendero donde tu risa alegre ha de ser la realización del ideal. Y aunque mis ojos cansados ya por la vida, no ven con la nitidez de tus cristales, he de poner en mis pensamientos, como galas de juventud, esas ideas tuyas, Carmen Gloria, que serán en el porvenir, laureles, triunfos y soberbias realidades para la mujer de la edad actual. Es verdad que “se siente“ cada día más el impulso femenino hacia el trabajo, que ha de redimir el “dolce farniente“ a que estábamos condenadas...Y también es cierto que la mujer moderna estudia y se instruye. Pero aún es deficiente la educación.

—Eso no me parece exacto, Isabel. Las madres educan a sus hijos, creo yo.

—La tuya, sí. Muchas otras, no. Algunas no saben hacerlo; o no encuentran un terreno favorable...Pero es el caso que se notan en el conjunto detalles ásperos, que parecen inverosímiles en estos tiempos de progreso. Faltas de conocimiento social, carencia de estética mental, desconocimiento de la “solidaridad“ humana...Gentes que saben abrir la cartera para lanzar una moneda en las manos de un mendigo, que a la postre resulta un

impostor, y que no saben cerrar la boca cuando se trata de la falta ajena. ¡Tristeza de esta vida de mosaicos! Los momentos que vivimos están hechos por Dios para nuestro bien, y es sensible que el libre albedrío no triunfe siempre de las malas tendencias...





Aurora Argomedo y su obra

Es curioso querer analizar en unas pocas líneas las facetas de una alma que se prolonga telescópicamente desde el pasado al futuro, haciendo un sólido puente con su permanente laboriosidad en la trayectoria del tiempo.

Aurora Argomedo ha jubilado a los 36 años de magisterio. Y Aurora Argomedo se va...

Pero esto es como decir que "el cielo, no es cielo ni es azul"...

La jubilación no es para ella un trámite que se desliza como una gota de agua sobre el plumaje de un cisne. El "dolce far niente" no la cogerá jamás, por la obvia razón de que su carácter refinado en el ideal de la enseñanza, en el anhelo de cultura colectiva, en la generosidad de donar su alma inconsumible a las necesidades morales de los seres humanos, está blindado contra el reposo y no podría subsistir si el engranaje de sus ruedas no siguiera funcionando cada vez con mayor justeza y pulcritud.

Aurora Argomedo cambiará de sitio, pero jamás de actividades. Cuando la muerte la haya llamado, seguramente escapará de su guadaña como una colegiala traviesa para aprovechar sonriendo el último minuto en la plantación de un buen consejo que será una flor más en el árbol del porvenir.

Esta maestra primaria ha sido y seguirá siendo un ejemplo de laboriosidad y contracción a su obra. Nunca la detuvo el límite de sus obligaciones. Traspasando la línea de los conocimientos necesarios a su profesión, lle-

gó a ser una selecta personalidad, merced a la auto ilustración que completa su labor diaria. Posee cuatro idiomas: inglés, alemán, francés e italiano.

Ciertos visitantes extranjeros se han sorprendido de encontrar en una escuela primaria tan sólida capacidad. Y eso, que no pudieron sentir, por la fugacidad de su paso, la fuerza poderosa y gentilísima de su alma admirablemente maternal con que la directora de la Escuela Ramón Barros Luco ha acunado a millares de niñas que han formado otros tantos hogares bajo la fórmula de la maestra: "honradez y laboriosidad".

No es, pues, esta jubilación una estación de término en la vida de Aurora Argomedo. Jubilada o no, siempre seguirá siendo una madre de almas. ¿Y en qué sitio del mundo faltarán hijos para esta madre llena de generosidades espirituales, cuya palabra señala las excelencias del deber y los fulgores cristianos de la abnegación?

Esta maestra ha instruído a muchas mujeres de Chile, pero ha educado a más, seguramente. Las familias de sus alumnas la han buscado siempre para resolver sus problemas o para emitir un juicio delicado.

Nadie puede figurarse sin conocer personalmente a Aurora Argomedo, la maravillosa extensión de sus influencias morales sobre sus alumnas y ex alumnas. Debe ser un placer exquisito contemplar dentro de la mente los frescos campos de cultivo que la palabra bien intencionada extiende en las almas. ¡Hermosos panoramas lleva en su corazón la distinguida educacionista de quien tratamos! Su vida, ha sido un caso de integridad vocacional poco común. Nació para maestra. Su salud espléndida ha sido la fortaleza inapreciable en que ha residido su perseverancia extraordinaria. ¿Faltar a sus clases? ¿Usar permisos? ¡No! Su brazo es incansable para sostener al tope la bandera del deber. Dificilmente

habra otra mujer que haya cumplido sus obligaciones con más energía y honradez.

He aquí uno de sus lemas: "Respetar a la madre".

Y con su fácil palabra, detalla ante las alumnas los elevados motivos de este respeto, asegurándoles que dondequiera se encuentra una mujer con un niño en sus brazos, brilla una suave sonrisa de Dios pidiendo ternura y amor...

El matrimonio hubiera sido un escollo para Aurora Argomedo. ¿Cómo habría podido limitar su amplio espíritu de maternidad en un reducido número de hijos? No le atraía suficientemente el egoísmo maternal que se aprieta al corazón *de sus* "*propios*" hijos. Quería mayor espacio para su alma. Y volcando horizontes, día a día, ha visto venir a su regazo multitud de bracitos extendidos que le pedían luz y amor... Generosamente se otorgó a los hijos de todos, haciendo de su labor un presente a la vida.

Esa sincera vocación, esa transparencia espiritual, que asoma en su palabra convincente, ha atraído de tal modo a las familias hacia su Escuela, que en los momentos en que aparecen los consabidos letreros: "Está abierta la matrícula", en la Escuela Barros Luco había que indicar: "No hay sitio para más alumnas".

Me parece inútil puntualizar los múltiples méritos de Aurora Argomedo. El público los conoce y ha podido apreciarlos en su obra práctica.

Como presidenta de "La Unión Femenina de Chile", ha destacado últimamente su personalidad, llevando bajo su acción directiva a esta institución al más absoluto de los éxitos. La cultura social porteña debe mucho a la inteligente iniciativa de Aurora Argomedo. Debe mucho a esa mujer generosa, que ha usado magnánimamente de su merecido reposo para llenar su tiempo de actividades altruistas en beneficio del desarrollo social femenino.

“La Unión Femenina de Chile“, es quizá la más bella flor de su corona. Esa entusiasta legión de mujeres que aspiran a ser mejores y más eficientes, que estudian y laboran con ardor en su propio perfeccionamiento triunfan hoy sobre el carril que Aurora Argomedo ha tendido paciente y discretamente, sin retroceder ante el obstáculo ni temblar frente a las dificultades.

Y esta paciente obrera del bien ajeno, sale hoy del magisterio sin ahorros de ninguna especie... Este dato es muy sugestivo... si tomamos en cuenta la sencillez de su vida... Habría que investigar. ¡Y qué de obras humildes, de beneficios inapreciables, encontraríamos en esta falta de previsión!

—Señorita Argomedo, ¿podría Ud. decirnos qué ha hecho de sus ahorros?

¡Nada! Simplemente, no los tiene. Ha sido un auto saqueo... Ni siquiera su mano izquierda sabrá lo que ha hecho su derecha.

Por suerte, en una manifestación que hace poco se le dió, le han obsequiado una máquina de escribir... que si nó...

Pero, en fin, a través de esas teclas tendremos de vez en vez la fibra de su pensamiento constructivo, viniendo a nosotras como un Cirineo, siempre dispuesta a poner sus fuerzas al servicio del que lucha por Dios y por la Patria.

Cuando Aurora Argomedo era una nena, se dice que vendía sus discursos a cinco centavos y recitaba poesías por un cobre... Así hubiera podido enriquecer en pocos años... pero la práctica de la vida la dejó en la infancia y Sancho la abandonó en materia de ambiciones mercantiles. Ahora vive humildemente en las regiones del ideal. Le tiembla en la voz la dulce poesía del desinterés, y quizá qué astilla de Don Quijote se le ha clavado en el corazón. El bien ajeno se apropia

de su tiempo. Y a veces se le ve marchar preocupadísima. Más de alguien habrá podido escuchar su media voz:

—Un colchoncito para la clínica... diez litros de alcohol... un pizarrón para la secretaría... conseguir las inyecciones...

¡Cuántas cosas heterogéneas van formando pedestal a las almas privilegiadas!





Impropia para hombres

Ya era tiempo, ¿no les parece a Uds.?, que hubiera algo impropio para hombres. No me negarán, que he tenido un ideal genial al clavar el dichoso letrero frente a nuestra charla. Así estaremos solas y podremos convensar “de todo”...¡Ah! ¿Temen Uds. que los hombres sean curiosos? Pero no, criaturas, ¡que van a ser curiosos esos seres tan superiores a nosotras!... Además, fué uno de entre ellos quien dijo: “Curiosidad, tu nombre es mujer“, Y ellos estiman su hombría hasta el heroísmo...No llegarían a leer esta charla ni por la justicia...que nosotras hayamos sido siempre curiosas, es natural.

Sistemáticamente se nos han cerrados las explicaciones, los libros, la instrucción... ¡claro! nos moríamos de curiosidad. En cambio los hombres han tenido campo abierto a todos los conocimientos. Y como todo lo sabían, ¿para qué habían de ser curiosos? ¡Y hay que ver todo lo que saben! Desde luego, nos saben dominar...o creen de buena fe que nos dominan. ¡Benditos sean! En todas las clases sociales suelen verse tales escenas de dominio masculino, que asusta.

El vocifera, levanta el techo, pega un puñetazo sobre la mesa, y dice con voz de trueno:

—Desde hoy comeremos a las 8 en punto. ¡En punto! Es incalificable esto de que todas las tardes...¡He dicho que comeremos a las 8 en “punto!...

—Perfectamente. ¡Javiera! Venga aquí. Desde hoy la comida en la mesa a las ocho en punto. Entiende?

—Muy bien, señora ¿Aunque no haya llegado nadie?

—Mire, no me comente, Javiera. Comeremos a las 8, y basta!

—Bueno, por fin tendremos orden en casa, prosigue “ella” con satisfacción, dirigiéndose a su marido.

—Pero si eres tú la que llegas a las nueve...

—¿A las nueve? ¡Que desatino! Habrá sido una casualidad, cuando he ido al te de seis de las Astroza... Y, a propósito. ¿Sabes que son encantadoras las dos hermanas? Ayer tarde Leonor, que es un rayo, nos dió una verdadera conferencia respecto de lo que ella llamaba un “tipo perfecto”...Intelectual, de buena figura, deportista y...liviano de sangre. Roberto, por ejemplo, dijo...

—¿Roberto Bastein? Pero si es un tonto de capirote...un imbécil...

—Roberto es bastante bien presentado. Otro que lleva el pandero, es tu marido, me dijo.

—¿Yo? ¡Que ridículo!

—Así le contesté...¡“Qué ridículo!

El se paseaba agitado por el comedor y se detuvo frente a un espejo para arreglar el nudo de la corbata.

—¿Te dije que nos habían invitado para el jueves? Aunque también es cierto que tú los jueves no los tienes libres....

—Nó. Este jueves estoy vacante. No se efectuará a a las seis la reunión semanal...

—¿De veras? ¡Que bueno! Entonces iremos a jugar pocker. ¡Si vieras que dices son Marta y Leonor!

—Bueno, pero sin duda Marta es muy superior. Es sumamente inteligente. Y buena moza...Leonor no vale nada...

—¡Cómo! Pero si es la mejor; la más jóven... la más encantadora...

—¡Qué hacerle, hija mía! Lo que es a mí no me gusta.

Llegó el jueves.

A las ocho en punto, la comida en la mesa.

Suena el timbre.

—Javiera, por Dios, la comida estará fría, seguramente. Son las nueve.

—Llevaré todo al horno...

—Pero, no hay para qué, dice él, ser más papistas que el papa... En adelante, cuando hayamos llegado pediremos la comida. Eso es todo.

—¡Qué lástima!, exclama la señora. Yo que ya me había hecho la ilusión de comer todos los días a las ocho!...

Y llevándose el pañuelito de batista a la nariz, reía encantada de su triunfo, ella que era pequeña y delicada como una flor, detrás de aquel hombre macizo que “sabía imponer su dominio”.

Ya ven ustedes que los hombres son presuntuosos... Pero se suelen llevar algunos chascos... que... por ejemplo: Leonor jamás había elogiado al caballero del cuento que acabo de referirles, jamás, puesto que luego contraerá segundas nupcias con... “el imbécil“... con Roberto Bastein. ¡Así es la vida! Y mientras no se trasluzca al público este enlace, habrá quien deje de comer “a las ocho en punto“... y quien aprovechará las esperanzas tornasoles de su marido para alegrar la vida triste del invierno.

¿Qué? ¿Qué pasa? No se inquieten, chiquillas, por favor, estamos solas, completamente solas... Podemos estar tranquilas. Ya saben ustedes que el letrado solemne que declara la impropiedad “de algo“ respecto de uno y otro sexo, es absolutamente respetable... Díganme ahora que estamos en confianza, ¿no han notado ustedes que los hombres cada día están más reacios al matrimonio? Como lo oyen, están reacios. ¿Y saben uste-

des por qué? Pues, porque no tienen dinero generalmente; y porque se figuran que ustedes son desordenadas, exigentes, aficionadas al lujo... etc. ¿No es cierto que esto es una atrocidad? ¡Ustedes, queridas mías, que en esa materia son modelos! ¡Vaya que son modelitos! No hay más que entrar a algún dormitorio de soltera... El ropero en un orden escrupuloso: cada cajón con lo que le corresponde; nada de confusiones; nunca está la ropa interior en el sitio de los sombreros, ni viceversa; los guantes, con un poco de paciencia, siempre están allí, en cualquier parte; pero "están", que es lo importante. ¡Si, señor, están! ¿Cómo se van a perder dentro de la pieza? Alfileres, ustedes casi no los usan. ¿Para qué? ¿Acaso hay alguna que no repase los botones y los broches? Todo está en orden; nunca se ve revuelta la mesa de "toilette", ni nada en el suelo. Un cuartito de soltera es una maravilla, y si esos malhablados los vieran... sería otra cosa, de seguro.

En cuanto a exigencias... es ridículo echarles a ustedes en cara el que sean exigentes... ¿No están viendo estos hombres miopes que son ustedes sencillas... sencillísimas?... Debieran guiarse por lo que ven sus ojos... ¿Cuándo se las ve a ustedes lujosas, recargadas? ¡Nunca! Y sin embargo, han dado en creer que son ustedes lujosas y exigentes. Sacan sus cuentas y piensan que su sueldo puede quedarse en el comercio... y como también habría que comer... Entonces le hacen la cruz al matrimonio... y se dedican a célibes. Yo conozco a un doctor, soltero y en estado de contraer... en verdadero estado... ¡Un doctor!

¡Por Dios! ¿Están locas? ¿Qué ha pasado?... ¡Ah, ya!... Pero es el hombre más ladino que he conocido. Figúrense ustedes que una interesante ecuatoriana que pasó en Chile larga temporada, quiso obtener del simpático galeno un pensamiento poético para su álbum. Tal vez desearía que este pensamieuto se dilatase en una insi-

nuación erótica... La linda guayaquileña probablemente hubiera deseado arraigar en Chile... ¿Qué creen ustedes que este hombre de sentido práctico escribió en el álbum de la extranjera? Pues, tres palabras: "Virtud, talento, belleza". Y tras de cada palabra, la definición que da de ellas el Diccionario de la Academia. Nada más. Luego, su firma; una firma, Dios del cielo, que de seguro es el martirio permanente de los farmacéuticos... ¿La niña? Se fué a su tierra, triste, desencantada... El se quedó... y sigue célibe! ¿Cuándo se les pondrá un impuesto a estos recalcitrantes que no se dignan tomar la media naranja que les corresponde? Así son estos hombres! Son así, pero...

Les voy a contar un cuento de mi amiga Carmencita. Es que habría que oirla... Es el modo, el acento lo que da el chiste...

Cerca de su casa hay un turco que, como todos los turcos, rebaja el 50 por ciento a su mercadería después de regatear media hora con el cliente. Es un trabajo penosísimo. Por fin, de tres pesos, ha llegado a uno cincuenta. Y aun le insisten con crueldad:

—Lo llevaría en un peso.

Entonces, con un gesto desolado y monótono, dice:

—Mire, *no podemos... no podemos... los cuesta más!...*

Así nosotras. Reconocemos que los hombres son "así"; pero no logramos independizarnos, tan ligadas estamos. Y tras dura reflexión, caemos en el estribillo del pobre turco:

—*No podemos... no podemos... no queremos... los cuesta mucho más!*





Por la dicha conyugal

Harán ustedes una obra caritativa perdonando mi inexperiencia... ¡Cómo iba yo a figurarme que ocurriera lo que ocurrió! Les diré...yo...yo creía de buena fe que los hombres no eran curiosos ni indiscretos...porque se hacía cuesta arriba el creerlo; la verdad, no podía figurarme cómo sería un hombre curioso...También la fuerza de la costumbre hace mucho...Una cree lo que le han enseñado a creer desde que nació...y aún tal vez desde mucho antes...puesto que somos un resultado atávico. Siempre hemos creído como en un dogma en las energías físicas y morales "del hombre". ¿Cómo pensar que pudiera "curiosear" o franquear límites impuestos...por cualquier causa? Pues así fué, sin embargo. Nuestra charla femenina, "impropia para hombres", no fué femenina únicamente, por desgracia... Hubo muchos...muchísimos que aplicaron el oído detrás de la puerta... ¡Hombres aplicando el oído "detrás de la puerta"...! ¿Se les habría imaginado a ustedes algo semejante? Ninguna de nosotras habríamos podido hacerlo. Sin embargo. "ellos", los fuertes, los graves, los buenos hijos de Adán, lo hacen. Son, pues, más curiosos que nosotras y queda el hecho comprobado. En cambio, las mujeres "pueden" dominar su curiosidad. Y queda esto ampliamente comprobado también. Cuando un teatro yergue a sus puertas el fatídico "impropio para señoritas", ni una sola de ella entra al teatro... ¡ni una sola! "¡Eso es ser hombres!" Digo, esa es una manifestación de fuerzas de voluntad...No

sé por qué, “antes” en tiempo de nuestras abuelas, se decía en elogio de un hombre:

—Fulano de tal es un individuo excelente, cumplidísimo: “¡una verdadera dama!”

¡Que psicología más extraña, ¿no es cierto? Pero parece que la tendencia lleva a los hombres hacia ese camino: ser verdaderas “damas”. La línea masculina ya casi no es recia; al contrario, está amoldándose a la silueta femenina...y, naturalmente, para ilustrar ese figurín, necesitan los elegantes modernos cultivar ciertas modalidades femeninas: la curiosidad, por ejemplo. Menos mal que nosotras no la usamos, por suerte. Y ojalá quiera Dios que los hombres de buena voluntad lleven todas esas pequeñeces que por inútil tenemos arrumadas en el desván.

Uno que... “no parece dama” me dijo:

—Isabel, se prohíben las alusiones personales. En su charla última me he sentido aludido y...

—¿Y quién le ha contado a usted eso?

—¿Quién? Yo mismo.

—¿Usted ha leído lo que expresamente se decía no ser propio para hombres?

—Naturalmente.

—¿Con qué derecho, se puede saber?

—Con el derecho sacrosanto de los treinta centavos que pagué por el diario...

—Pero...

—Ese letrerito significaba una estafa, y yo no me dejo estafar.

—Así son estos hombres, Dios mío! Por un centavo serían capaces de atropellar... hasta los mandamientos... ¿No es cierto? ¿No creen ustedes que serían capaces? Yo creo que hasta gratis los atropellarían... y más aún, casi me figuro... que los atropellan! En cambio, nosotras, generalmente, somos buenas y discretas. “Generalmente... claro!, porque suele haber, como en

todo, ciertas excepciones...y no se puede juzgar del conjunto por unas cuantas "desafinadas" que obstruyen la armonía terrestre...

Sería muy útil verdaderamente que el hombre y la mujer se conocieran "fuera de prejuicios", para lograr la realización de la paz universal...

Se habla de diversas fórmulas eficientes a la dicha conyugal. Una de ellas: la tolerancia mutua.

¿Tolerancia mutua? ¿Cómo la comprenden ustedes? En la práctica..."no podemos...los cuesta más!" El hombre puede tolerar hasta cierto punto y la mujer... un poquito más aún...pero casi nunca toleran los dos. Siempre el caso vulgar es de una tolerancia unilateral. Cuando él tolera, es un pelma...Cuando es ella, se trata de una víctima.

Parece que siempre será lo mejor conocerse muy bien el carácter antes de casarse; entrar al matrimonio con amor verdadero y tener un nivel cultural que no los desentone. Ir al matrimonio "por casarse" es casi un crimen. Hacerlo por interés, es un pésimo negocio. No hay más camino acertado que el amor que al fin de la jornada se transforma en estimación profunda...Niñas, yo creo que tendrán ustedes descartados a los necios. Siéndolo un hombre, ¿cómo puede tomar a su cargo una mujer? No la comprendería y haría mil ridiculeces: se transformaría en un tirano o en un...faldero de su esposa...Y al lado de un estafermo de esa especie no vale tolerancia mutua...Si a la inversa, es la mujer la que carece de inteligencia, no se le puede exigir al marido que le haga concesiones...sería el "acabóse"... Por consiguiente, para obtener una perfecta paz conyugal se necesita "elegir bien". Y si no se tiene la suerte de encontrar lo que necesita para un hogar feliz, "no casarse". Los hijos en hogares desavenidos son casi siempre enfermos, mal desarrollados...El niño necesita alegría, serenidad para constituir su fuerza moral. Esos corazones

infantiles que ven escenas trágicas entre sus padres, conservan esas visiones como fantasmas siniestros en sus cerebros de niños. Y crecen angustiados... y nunca sienten la verdadera alegría de vivir... ¡Nunca!

—¿Saben ustedes por qué les he hablado hoy día de este tema, entre bromas y veras? Por impulso. Me impresionó la desgracia de una muchacha de veinte años, bonita, llena de buenas cualidades... No se aviene con su marido, un hombre de treinta y dos, de buena figura, inteligente...pero profundamente egoísta. Son dos líneas paralelas...una figura geométrica sin solución.

—¿Cómo conoció usted a Eduardo?

—En unos baños.

—¿Fué largo su noviazgo?

—Nó. Lo conocí en febrero y en abril nos casamos.

Es decir, no se conocieron... ¡Cuánto mejor hubiera sido evitar esta bancarrota de esta dos vidas que acaso hubieran tenido algún día opción a la dicha humana.

Felizmente, hoy día las mujeres no se pueden decir necesiten imperiosamente el matrimonio "para no quedar solas en el mundo a la muerte de sus padres". Ahora ya no existe el necio prejuicio de antaño. La mujer de hoy se casa "si le conviene" a su corazón y a su cabeza. Y si no se casa se vale por sí misma y desarrolla su personalidad en forma tal, que nadie tendría la audacia estúpida de calificarla fracasada: es un elemento útil a la sociedad y goza del respeto de todos. Aun las leyes la favorecen. Y seguramente no habrá una sola madre inteligente que no desee para su hija, antes que un mal matrimonio, la sana libertad dentro de una vida útil.

Por la felicidad nuestra, va desapareciendo lentamente el tipo de la madre casamentera, aquella madre "agenciosa" que buscaba novios a sus hijas en forma alarmante:

—¿Quien es ese joven?

—El hijo mayor de don Gustavo.

—¡Entonces va a tener plata! ¿Y qué tal es?

—Es algo tunante, “naturalmente”...

—¡Ah! pero eso no tiene importancia. ¡Con el matrimonio se compondrá!

Luego llama a su hija.— Mira, Angélica, voy a hacerte presentar a Gustavo Serna. Es un muchacho bastante simpático. Trata de ser amable. No seas tan tiesa, mujer. Pareces una santa de palo... Anda a acomodarte ese moño, por Dios, y vamos a ver si nos acompaña a casa...

—Pero mamá...

—Cállate, tonta. Así con tu “pavería” no vas a casarte nunca...

Y la mamá tanto hacía que...al fin lograba realizar el pésimo matrimonio que se celebraba a toda orquesta y que iniciaba su disolución en pleno viaje de novios.

A los ocho días la madre recibía una cartita de color de rosa.

“Es un imbécil Gustavo, mi querida mamá. No sé cómo he podido casarme con él. Ayer me armó una historia porque le pedí que me llevara al teatro... Me dijo que nunca lo había querido... y pasó la noche afuera. Tendré que vivir como una ostra. ¡Vaya con el flamante “maridito” que me has proporcionado!”

Y sin embargo de tantas dificultades para un buen resultado matrimonial, es el único estado de la vida que lleva opción a la felicidad. ¡Hay tantos matrimonios felices!





El alma de la mujer

La historia del alma femenina está adherida al proceso de la vida como la flor a la planta. Las edades pasadas han visto el aleteo de ave del alma-madre, cerniéndose tímida o temeraria a través de las civilizaciones. Una película sutil de sugetiva seducción la reviste y se embellece en todos los crisoles de la farmacopea espiritual. Ha crecido riendo y llorando. Ha intensificado su fuerza en el amor al hijo. Y ha captado en sus pupilas intuitivas toda la luz de la vida.

Algo como un halo de poesía prestigia los nombres de mujer que han caído en la Historia del Mundo. Martirios, heroísmo o abnegaciones, han elevado a la mujer hacia límites maravillosos y las hidras pasionales, las fierezas del crimen, la han hecho descender hasta los más bajos niveles de humanidad.

Esta grande alma femenina que en los primeros tiempos se ha manifestado en cumbres o abismos aislados, hoy hace su obra adentrándose en los valles de la colectividad. Sus fuerzas no buscan en el presente un aspecto de poderosas individualidades, sino más bien extensión total dentro del corazón del mundo.

La mujer moderna es un resultado maravilloso de los siglos idos; y seduce la multiforme talla de esta alma colectiva trabajada por fuertes personalidades de mujer que se han destacado en otros tiempos y bajos todos los cielos de la tierra por su fuerza propia bogando en los océanos de dolor o entre las nubes exquisitas de la belleza, penetrando con inaudita intuición en todos los aspectos de las actividades humanas, ¿qué país no

tiene en sus anales una alma de mujer heroica? ¿En qué época ha dejado de aparecer en la historia la decidida influencia femenina?

En el "libro de los reyes", aparece, bajo el reinado de Salomón, en que la mujer odalisca se impersonalizaba obscuramente, la presencia individual de Belkiss, la dulce reina de Saba, con sus pupilas luminosas llenas de interrogaciones, ante el rey de la sabiduría. El alma femenina llegó en ella para rozar con su ala de paloma la fuerte melena de león. Su belleza opulenta, el radiante espejo de sus ajorcas, las mayas delicadas que oprimían sus formas paganas, ¿no serían acaso motivos de inspiración para el rey justiciero? Cuántas veces en sus largas meditaciones aparecería como una embajada celeste aquella mujer obscura venida a sus lares sobre el lomo insolente de un magestuoso dromedario! Una luz milagrosa iluminaba aquel corazón de mujer que iba a ofrecerse como una flor exótica al grande y sabio Salomón... ¡Flor de amor, quemada en el hielo de la sabiduría!

Y siguen deslizándose sobre la superficie de la vida las brillantes mariposas, que caen al crisol enriqueciendo el color del alma colectiva que hoy va surgiendo lenta y segura, para tomar su verdadero sitio a la vera del hombre.

En las peripecias mitológicas, en los altares y bajo las coronas, la mujer avanza por el mundo en busca de un ideal. Su figura embellece los acontecimientos y su regío impulso maternal protege al hombre. Es la madre que surge como una bendición. Después de un largo y penoso proceso en que el pecado fué vencido por el dolor, la mujer tomó el primer sitio en la humanidad, siendo la Madre de Dios. Esta maternidad, comprendida débilmente por las conciencias, fué sin embargo una clave: de la mujer nacen al mundo los hombres. Sabios o ignorantes, santos o criminales, ja-

más podrán independizarse del arrullo maternal que les forja la vida.

La mujer despreciada, cuya alma fué puesta en duda por soberbias teologías, avanza siempre paciente y dulcemente. A pesar de los fuertes desequilibrios del mórbido y mal entendido pesimismo, la mujer sólo aspira a ser “la compañera del hombre, la madre del hijo y la hermana de la humanidad”.

¡Cuán doloroso peregrinaje a través de los siglos para obtener algo tan sencillo y racional!

¡Cuántas personalidades de mujer han debido sufrir el martirio y la muerte por esta causa tan justa! El temple femenino,— en aislados conceptos del deber, —ha ido construyendo pacientemente el tipo consciente de la mujer moderna.

En la Biblia aparecen las mujeres fuertes, las mujeres dóciles a la palabra divina, las profetisas; las abnegadas, las temerarias... Judith, tiñendo sus manos olientes a mirra y cicomoro, con la sangre del bestial Holofernes... La salvadora de los hijos de los otros...

En todas las escuelas de la existencia, la mujer ha tomado experiencias. En Grecia fué respetada y amada por sabios y legisladores la sabiduría de Aspasia, la hetaira.

Las grandes mujeres de la bella y grande Roma, contribuyeron al engrandecimiento de la nobleza y de la dignidad. ¿Y la madre de los Gracos? Hay en ella suficiente fuerza moral para balancear el envilecimiento de la mujer pervertida... Por cada multitud irresponsable de las que caen en el mar del frío, hay algún faro que se alza sobre el mundo...

¡“Juana de Arco! Su aurora es suficientemente esplendorosa para anular a las masas de mujercitas insignificantes que han pasado por Francia,

El alma de la mujer se ha desenvuelto en la intriga y en el crimen, en el fanatismo y en la falsía, como

las avejas que liban todas las flores para producir la miel. Exactamente, como en la historia del hombre... Las experiencias en la naturaleza son lecciones de Dios.

Y el alma así cincelada con el dolor del pecado, produce santas y heroínas. Los fangales de impuras pasiones,—como en el lodo surgen lirios virginales y espléndidos,—dan al mundo almas místicas y encantadoras como Santa Teresa de Jesús. La visión de un mundo malvado hace los santos, como una necesidad de armonía que es ley natural.

En las actividades políticas y filosóficas, el alma femenina ha tenido un papel preponderante. El siglo VXIII está lleno de ejemplos de esta clase. Madame de Stael llenó un siglo. Y quizás si Napoleón no la hubiera odiado, “por causas que ignora”, el mundo habría tomado un rumbo diferente...

La maternal y exquisita madama de Sevigné, refiriendo a su hija la vida de la corte, es sin duda el tipo “de origen” en que la mujer moderna, de refinada cultura, tiene su acción... La charla de salón,—a pesar de “bridges” y de “pokers”,—tiene a la sazón un fuerte término medio que ensancha las capacidades colectivas. El “espíritu francés”, trascendiendo las razas, se ha hecho “espíritu femenino”.

En la revolución francesa, tenemos un a pléyade de mujeres heroicas. Una émula de Judith, Carlota Corday, salida del pueblo como “enviada de la justicia”. Vemos allí morir a las mujeres nobles, con la misma entereza que los hombres fuertes... La cabeza delicada de una reina, cae ensangrentada entre las manos de los girondinos. Y los últimos pasos de María Antonieta, fueron más firmes que los de Luis XVI.

El alma femenina se ha ubicado siempre en expectativa para imprimir un rumbo, malo o bueno.

Imagino que la Naturaleza, cinceladora de esta obra artística que se llama Humanidad, necesita de todos

los recursos de los pares de opuestos... Sólo en Dios está la Unidad, y el alma humana la busca en El. "Por tortuoso sendero ha de llegarse a la perfección, "dice un padre de la Iglesia. Y es así. Este judío errante, que es el ser humano ¿cuándo ha de cesar de andar? Sólo en Dios...sólo en Dios...

Por entre los balaustres de un balcón hecho de rosas, pasa el amor de la mujer. El padre, el hijo, el esposo, el hermano, se mecen en su regazo como en una cuna...

No solamente las mujeres que la vida ha torneado en la escultura humana, nos dan el hálito tibio del amor esplendoroso. Es también la creación femenina en el recio cerebro del genio masculino, un dosel de exaltación para el alma femenina. Allí están esas delicadas figuras que embellecen las páginas de Goethe, de Hugo, de Shakespeare, cayendo a la humanidad por las puertas de la conciencia, como ejemplos de belleza en todas las fases del ideal.

El huso de la rubia Margarita, siempre será el huso en que la mujer hile la madeja de su vanidad seriamente descubierta a la interesada seducción del hombre.

Todas las mujeres del mundo tendrán su minuto en que, tristemente digan, viendo alejarse la forma de su ensueño: "¡Por piedad, no te vayas todavía!"

Y cuando los años espolvorean sobre sus cabellos, la nieve del tiempo, seguirán esperando y confiando, en los hijos y en los nietos, cuando el esposo haya cerrado sus audiencias a las juveniles protestas de amor...

La mujer, tallando su alma, construye para el hombre, la realidad magnífica de una esperanza que es más fuerte que el amor y más dura que la muerte.





El derecho a sufragio

La expresión “El derecho a sufragio” levanta tempestades en los ánimos timoratos de las gentes prejuzgadas. Sin embargo, sólo se trata de abrir campo a la más elemental de las justicias humanas: reconocer que el hombre y la mujer están dotados de la misma capacidad para el trabajo y nivelados por la vida moderna en idénticas aspiraciones de mejoramiento social.

La conciencia femenina, respecto de las obligaciones de la vida, se va haciendo cada día más clara en el mundo.

Se puede decir que el problema de la cooperación de la mujer a la dura carga que gravitaba sobre el hombre está resuelto lógicamente y empieza a marchar sobre rieles, en express, hacia una bella liberación, en que no se ha de necesitar extender la mano en demanda de alimento y vestuario, haciéndose onerosa al compañero de su vida, a su padre o a sus hermanos.

El trabajo es ineludible a todo ser humano, ya que vive beneficiándose con la acción colectiva; ya la mujer en todo el mundo lo ha comprendido así. Las Universidades cuentan con numeroso alumnado femenino. Las profesiones hoy día son “para todos”, sin distinción de sexo. La mujer labora en todas las actividades que fomentan el engrandecimiento de las naciones. El derecho a sufragio,—si hemos de darle el significado que verdaderamente tiene, como garantía adquirida por todos los ciudadanos conscientes que integran los

valores de una Nación—debe considerarse como una consecuencia de las actividades funcionales de la mujer en la organización contemporánea de nuestras sociedades. Ante todo la mujer aspira a un fin ideológico que la encuadre en idénticas aspiraciones que el hombre. Si lucha por educarse y perfeccionar su personalidad es para preparar la perfecta armonía que debe existir en la familia humana. Políticos de limitada visión han teorizado que la acción femenina por adquirir el derecho a sufragio es una mórbida manera de superar al hombre, saliendo por este sólo hecho de su carácter de mujer y de madre. Pero en la realidad este impulso femenino por obtener su parte en las determinaciones gubernativas obedece a su propio instinto maternal, que desea—entre otros tantos postulados—favorecer por sí misma el desarrollo y bienestar del niño, a cuyos fines está llamada por naturaleza.

Entre los grandes ensayistas de la época, las causas evolutivas de la mujer moderna, por su analítico y comprensivo espíritu, se destaca Waldo Franck. Este ideólogo no es cristiano en el término conciso de la palabra, pues que hasta su origen judío le distancia diametralmente de nuestros ideales humanitarios. Pero Waldo Franck, un ideólogo al fin, se exterioriza angustiado al contemplar la situación compleja de la mujer actual. Cuando las mayorías critican hostilmente a la flapper, se levanta poderosa y renovadora la palabra de Waldo Franck, explicando la génesis de este sorprendente cambio que marca un período transitorio hacia la orientación definitiva de la humanidad. No es la flapper la que reniega de su feminidad ni la que hace alarde de sus modales masculinos para conquistar al mundo compitiendo con el mundo, nos dice. La flapper, añade, con sutil observación el filósofo israelita, al ver el egoísmo del hombre, consecuente con sus instintos de ser la compañera eterna, de un momento a otro, mi-

rando panorámicamente su situación ante la vida, se transforma y sigue al compañero pródigo desde el hogar hasta la cantina, el deporte, el juego, el trabajo. No por sentir sobre sí el espíritu del vicio, como suele juzgarse a la ligera, sino para afirmar en su corazón la fibra maternal del amor.

Nosotras no queremos ver unilateralmente en la flapper el ejemplar de la mujer que deseáramos para el porvenir, puesto que nuestra idiosincracia latina, nuestras costumbres y hasta nuestra religión señala nuestro ideal en la forma ordenada y consciente de la mujer que hoy trabaja empeñosa por la consecución de sus justas y nobles aspiraciones culturales.

Si la mujer sajona, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, ha llevado la vanguardia en la conquista de sus derechos políticos, ha sido como consecuencia de su preparación, lo que ha prestigiado notablemente su causa llegando a obtener de sus respectivos gobiernos amplia protección a sus anhelos.

Durante años los países de Sud América se han entrenado en el cultivo educacional de la mujer. Y el día ha llegado en que, preparada y consciente, pida con franca intención su sagrado derecho de "votar" por el gobierno directivo y asumir todas las responsabilidades de un ciudadano QUE PAGA SUS IMPUESTOS y colabora con su acción al mejoramiento de la Patria. Ha llegado el momento de que la mujer chilena pida sin sonrojos el derecho a voto como único medio que ha de permitirle alcanzar los beneficios que por justicia le corresponde y que sistemáticamente se le han ido negando, en forma discreta a veces, violenta otras, pero siempre profundamente injusta.

El voto femenino será, sin duda alguna, el puente de plata que ha de conducirnos a un futuro más ecuánime, más armónico y más beneficioso para la hu-

manidad. Porque la mujer, generosa por naturaleza, extenderá sus manos pródigas y entonces capaces, allí donde haya un dolor, una injusticia, una herida que restañar, donde haya un ser humano que necesite una ayuda.





El poder del pensamiento

Se hablaba del dominio del pensamiento y su cultura. Varias opiniones se cruzaron en decidido antagonismo.

—¿Y para qué dominar el pensamiento? dijo Inés, reprimiendo un bostezo.

—¿Para qué? ¡Para usarlo conscientemente!

—Estoy segura que eso debe ser bien aburrido.

—Para tí, probablemente... No tratándose de “un char-leston... char-leston”.

Y tres o cuatro voces corearon la estrofa susodicha.

—Son Uds. maravillosas como filósofas, hijas mías; pero aunque sea para compadecer mi pobreza de espíritu, sacan a flote el calumniado charleston, que no se atreven a bailar... por hipocresía...

—¡Por hipocresía! Por decencia, querrás decir...

—Permítanme Uds. sonreír, distinguidas señoras... Me consta que Uds. bailarían todos esos bailecitos un poco animales... ¡si pudieran!

—Ah, tú crees que...

—Yo no creo, solamente ¡afirmo!

---Mira, Inés, ¿por qué no tomas una temporadita de baños termales? Te noto muy debilitada, ¡cúidate!

—Sí, no te preocupes. Pienso ir a Jahuel por diciembre. Allí bailaré a mi antojo, sin tenerlas a Uds. de jueces...

—¡Ni que fuéramos tus antepasadas, ¡Inesita! Cualquiera pensaría que eres la “nena” de la, compañía... Tú solamente puedes bailar y nosotras, no... Me haces

reír... "Le demon du midi" te tiene un poco extraviada, verdaderamente...

—Bueno, interrumpí, que nos diga Inés por qué cree que sería aburrido el dominio del pensamiento. Alguna razón debe tener, indudablemente.

—Te voy a decir, Isabel. El pensamiento es algo que "no merece ser encauzado". Debe ser perfectamente libre... No sé por qué se imaginan... ¿Por que llaman Uds. a esto debilidad? El pensamiento es una varilla mágica...no debe reprimirsele, de ningún modo. ¡Cuántas veces he viajado en sus alas! Y en cuántas ocasiones he podido convertir en alegrías las más intensas pesadumbres! ¿Qué es lo que el pensamiento nos niega? Nada. Trae a nosotras el recuerdo de pasadas dichas. Sonrisas y miradas que se fueron, vuelven frescas a nuestra vida, gracias a su prestigio. Voces amadas que enmudecieron en el olvido, dicen frases maravillosas que caen como pétalos en el corazón...El amor se deja conducir por el pensamiento y va dócilmente más allá de las nubes...Luego desciende...y como una mariposa, va posándose en un objeto o en una persona, en un libro o en una flor...Ríe, crítica, llora o canta. Su multiplicidad es su belleza. Tan pronto insinúa una voz áspera que gruñe, como una frase apagada y temblorosa que acaricia el oído...

Chila, inclinada junto a mí, me dice a media voz:

—¡Oye! la voz que gruñe, es el marido. Y la otra voz, esa temblorosa que la acaricia...ese es... (nombre y apellido).

Inés ha continuado entre tanto:

—...a la orilla del mar, sintiendo que la luna platea la expresión de algunos ojos admirables que son claros, manchados de oro...

—¿No te dije, Isabel?; Lo está retratando! mira que es clínica esta Inés!

—El pensamiento no necesita, pues, ser concentrado. Dejémoslo que se desparrame como luz infinita...

—Mira, Inés, lo que tú desparramas es el pecado. No doy un cinco por tu alma si sigues volando “en alas del pensamiento libre”...

Lala, que, como de costumbre, escuchaba en silencio, aspirando el humo aromático de un “Walasco”, se puso de pie y aproximándose al piano recorrió el teclado.

—Está desafinado, dijo riendo, de seguro es la influencia de la discusión... ¿A qué seguir?

—Pero tú no has opinado...

—Habla, Lala.

—¡Sí, sí, habla!

—Les diré lo que pienso, sin entrar en una discusión.

—Ya, pero habla.

—Creo que el pensamiento debe educarse. Nada más.

—¿Pero por qué lo crees?

—Por qué es una fuerza como cualquiera otra, y si no se sabe manejar, puede herirnos

Es mejor dirigir el rumbo del vehículo que nos conduce, que abandonar toda dirección, exponiéndonos a chocar o aplastar a los peatones...

—¿Qué tiene que ver?...

—Bastante. El pensamiento, si se logra dominar, es un poder creador que beneficia o perjudica al mundo, según el sentido en que se les use. Puede emplearse como construcción o como destrucción. Es un cuchillo de doble filo. Si se lleva por el sendero del bien, repercutirá en bienes. Y si por el del mal... recuerden ustedes que “el que siembra vientos cosecha tempestades”.

Dejar que los pensamientos floten, por poéticos que puedan parecer los jardines de la fantasía, es lanzarse en un caos; dédalo sin salida, que concluye por encadenar al soñador a una vida frívola e inútil. Y quizás a algo peor.

—¿No ves, Inés? Lala tiene toda la razón

—Ella tiene la suya y yo la mía.

—Pero es que tú eres muy pagana para emplear el pensamiento. Asusta eso, hija mía. Mira que esas voces, esas miradas, esos ojos manchados de oro... ¡Es demasiado!

—¡Qué curioso, para mí es poco todavía! Lo que hay es que yo digo lo que pienso, y tal vez tú que no lo dices, pensarás con mayor audacia... en muchas ocasiones...

Lala buscaba en las teclas un motivo de "Zazá"... Luego una frase de "Madame Butterfly"... algunas notas graves de "Mefistófeles", en seguida.

—¿Ven ustedes? prosigue Inés. He ahí a Lala que a pesar de sus teorías de enfocar y dirigir el pensamiento, pasa de una ópera a otra... siguiendo el capricho que se impone...

Lala ríe.

—Ah, Dios mío, es que para dirigir a ese corcel es necesario tener mucha voluntad. Es menester decidirse a luchar denodadamente...

—Bueno, cuando hayas triunfado...

—Perfectamente. Ya llegará un día... Ten paciencia. Por el momento confieso que no es mucho lo que he avanzado en este sentido. Pero ten la seguridad de que triunfaré.

Chila se me ha acercado al oído:

—Esta Lala es muy fátua. Cree que lo que ella dice es verdad de fé. ¿Te fijas? "¡Triunfaré!" Parece algo satánico, ¿no es cierto? Siempre he pensado que... ¡no sé!... pero me parece... No me gustan esos tonos de sabiduría, francamente.

Escucha, por favor, le dije, Lala va a cantar...

"Vissi d'arte" salió de sus labios como el eco de un ensueño...

—¡Qué maravilla! Eres una Tosca verdadera, poniendo la yema del alma en la plegaria intensa...

—Cierto que canta bien, me dice Chila, pero... ¿no te has fijado que...?

—Sí, le digo, indignada de la reticencia, canta muy bien, piensa muy bien, habla muy bien, es muy buena, muy bonita y muy inteligente. No queda sitio para ningún "pero".

Cuando metódicamente se trata de rebajar el mérito ajeno, tengo la sensación de que "alguien" pasa calladamente llenando las almas de un hálito desagradable... Tal vez es la figura biliosa de la Envidia...





Extensión cultural

Cada día toma un interés más apasionante el problema del cultivo mental femenino, de la preparación necesaria a la mujer para afrontar las vicisitudes de la vida y de la obligación de cooperar a la labor humana.

Hace cien años, la mujer que sabía leer y escribir “daba que hablar”. El desarrollo moral e intelectual, restringido en moldes herméticos, no podía pasar de cierto límite, a trueque de “escandalizar”. Las mujeres que pudieron destacarse fueron “grandes corazones, tocados por Dios”. El vulgo, la masa, vivía en el ambiente más pueril que pudiera soñarse... Y hoy... nadie se “escandaliza” de que sepamos leer y escribir... ni de que podamos afrontar profesiones y oficios... lo que hubiera sido hace cincuenta años un torpedo contra la “dignidad” de la mujer...

Es bien sabido el verdadero “via crucis” porque hubieron de pasar las primeras mujeres que abordaron la medicina en Chile. No hubo bajeza que no fuera empleada para molestar a las estudiantes. Las bromas más groseras “eran el pan de cada día” para ellas. Y sin embargo, no hay una profesión más adecuada al sexo femenino, porque es natural que en los casos en que es la mujer la que sufre, sienta mayor confianza y satisfacción en ser atendida por otra mujer.

Y así en todas las actividades, lenta pero seguramente la mujer va tomando su verdadero sitio.

Ya pasaron los tiempos en que “la dama” debía pasar cinco o seis horas de su día, bordando una abominable obra de mano que nunca se terminaba, sin em-

bargo. Esos loros de relieve y leones melenudos eran un trasunto de la eternidad... Aquellos ramitos de rosas musgosas y "no me olvides" para enmarcar la fotografía del adorado tormento, felizmente, se han ido mustias y pálidas, por el foro... ¡Ya nunca volverán!

Las muchachas que aprendían a tocar el piano y pintar platos con rosas que parecían tomates, para tener méritos y "casarse bien", ya no están representadas en esta generación. Las han reemplazado las taquígrafas, contadoras y dactilógrafas. que se casan teniendo un capital propio "en capacidad". Si el marido se muere, no tendrán esas mujeres que verse reducidas a ser "parientas pobres", ni a "solicitar", llevadas por la imperiosa necesidad, el dinero que nunca podrán devolver...

El cultivo de la mujer ha de ser colectivo. Necesitamos nacionalizar nuestra educación moral, intelectual y artística. Cuando "algunas" mujeres se destacan por su instrucción y capacidad, se las llama "pedantes y marisabidillas"....

Stendhal, dice a este respecto: "Plantad un árbol joven en medio de un espeso bosque; privado de aire y de sol por sus vecinos, sus hojas serán descoloridas y adquirirá una forma delgada y ridícula, "que no es la forma de la Naturaleza". Hay que plantar a la vez "todo el bosque". ¿Qué mujer se enorgullece porque "sepa leer?".

Es verdad. Cultivemos el conjunto y ya no habrá pedantes... Será "natural" una vasta y útil instrucción.

Felizmente, este anhelo femenino de entrar en la vida con los ojos abiertos, listas para reponer la labor masculina en cualquier eventualidad, está recibiendo cada día mayores esfuerzos, que robustecen la acción práctica de la mujer. Instituciones de gran carácter van tomando sus puestos de dirección y estas iniciativas están dando ya resultados excelentes.

La mujer necesita educar su mentalidad para hacerse merecedora de la confianza del marido. ¡Cuántas mujeres suelen quedar viudas y con hijos sin tener la menor noción de lo que significa el manejo de sus intereses! Forzosamente han de caer en manos extrañas y no siempre se encuentran corazones bondadosos y almas bien templadas que quieran hacerse cargo de una labor odiosa y poca remunerada.

El marido sintiendo junto a sí una mujer que no atina a pensar dos minutos seguidos y se pone a bostezar cuando se trata de negocios, abandona ese desagradable campo de batalla y...no le habla más de tales temas...con lo cual se produce una hecatombe, si la familia queda en poder de esa madre.

Es por lo tanto, indispensable cultivar el intelecto, leer obras constructivas, formarse concepto de la evolución de las ideas, del desenvolvimiento intelectual y de las bellezas que han producido los grandes genios de la humanidad...Un cerebro trabajado en la gimnasia de la mente, será siempre un buen auxiliar para la armonía de la familia. Las lecturas espirituales y filosóficas irán trabajando el terreno en el corazón. Y por un movimiento automático del conocimiento, la mujer que se instruye de esa suerte adquiere la facultad de razonar, discernir y apreciar la confidencias de su marido, respecto a intereses.

Un banquero, un hombre de negocios, un profesional, tiene siempre sus cuatro o cinco horas de expansión: va a un club o se sienta cómodamente a leer una obra interesante, o va al teatro o excursiona...pero, en fin, tiene sus horas de reposo... El hombre más laborioso, siempre tiene tiempo para leer diarios y revistas... muchos, para imponerse del movimiento intelectual o político... y hasta para saborear los poemas de Homero...

Y no pensemos que el trabajo del hombre es poco complicado...

La mujer de hoy debe observar un rumbo semejante. La dirección del hogar, deja también varias horas que deben emplearse en el descanso... Es muy interesante el destino que cada una de nosotras pueda darles...





Globos de jabón

Nunca se aprecian suficientemente las conversaciones familiares, y dentro de ellas, en la confianza de una amistad sincera, en la reminiscencia de los tiempos idos, suele hallarse sal para la vida desabrida... Aquellos recuerdos de la edad en flor, siempre vienen a la mente cargados de un perfume sutil, se siente algo impreciso... una pena de que aquello hubiera terminado sin la intervención de nuestra voluntad, yéndose, así, cualquier día, en cualquier minuto, con una despedida... pasan años y años sin que una se dé cuenta de que la dichosa juventud se ha ido con camas y petacas... apagados sus pasos entre el estrépito de un jazz y el dolor de un desengaño. Pero fué tal su esplendor, nos doró el alma de tal modo con su fuego, que, aun su recuerdo nos hace sonreír y amamos su bulliciosa alegría que invade la existencia de nuestros hijos...

Rememorando, escuchaba la voz simpática de un antiguo amigo. Una voz convincente y categóricas que llama a cada cosa con su nombre. Podría decirles a ustedes, lectoras, que este hombre es la lógica misma. Su fino temperamento nervioso le hace percibir todos los matices de un defecto que se quiere presentar como cualidad. Ah, Dios mío, no, él no se engaña. Su criterio despejado de Ministro abarca con facilidad el pro y el contra.

A este hombre, amigas mías' le debo un favor, el más grande que pudiera haberme hecho, gracias a él me detuve en el camino de la vanidad. Sí él me detuvo. A los quince años se siente la juventud con un

miraje de tal manera optimista, que en el espejo se borran todos los defectos y aparece un rostro alegre y agraciado, embellecido por nuestro deseo. La galantería masculina, de buena o de mala fe, afirma en nuestro cerebro un extenso panorama de dulces mentiras y de esa base parte la mala semilla que suele desarrollar-se fantásticamente. ¡Es tan desagradable una muchacha envenecida!

Les voy a contar. Estando yo en esa edad en que se desea encontrar primores en la luna del espejo, dije un día, alguna de esas frases que significan una pesca de cumplidos. Quería tomar el gusto a una galantería del amigo a quien me refiero. ¿Qué creen ustedes? Me replicó lo siguiente:

—Isabel, no tenga usted ningún temor. Aunque no es usted hermosa como su madre, tiene opción. Una mujer linda se conquista al público con su presencia; pero una “feecita“, a fuerza de ser amable, buena é inteligente, hace la misma conquista con tiempo y paciencia.

Aquella noche, puedo asegurarles a ustedes, amigas mías, que me ví tal cual era, y, calladamente, con suprema resignación, dejé para siempre mis pretensiones basadas sobre globos de jabón...

Este beneficio, se lo pago siempre en buenos deseos a vse excelente amigo que no permitió que se apoderaran de mí los humos de vanidad que extravían para siempre los rumbos de la vida.

¡Ya se vé! Este hombre no es vulgar. No, no lo es, mi muy querido amigo “Claridades“. Su paso por la vida há sido útil. Agotó su sentido de la justicia, pasando por la Corte Suprema. Es una lástima que sus ideas materialistas pretendan discutirle la Corte Celestial, a la cual, por su vida y por sus cualidades tiene tantísimo derecho. ¡Es de esperar que el dedo de la justicia, lo marque entre los privilegiados!

Pasan frente a nosotros unas y otras personas y los días se van marcando buenos o deficientes con el ambiente de que los vamos llenando. Cada minuto nos deja algo en la experiencia. A mí me agrada especialmente escuchar opiniones, oír la discusión de puntos de interés para la vida.

En tardes pasadas, me encontré en un agradable rendez-vous, en que se conversaba acerca de todos los temas que interesan al desarrollo físico intelectual y cultural.

Un célibe inamovible, se siente acribillado a preguntas y tiene que hacer uso de su brillantes facultades "sacando suertes", poniendo banderilla y matando al toro, en una guapa corrida del ingenio español.

—El no se casa, ¿por qué?

—Sí, sí, que nos explique por qué.

— Explíquenos usted por qué se decide a vivir una vida vacía, sin una mujer que le llene la casa de alegría y de flores...

—Sí, ¿por qué? ¿No le sería agradable tener "alguien" a su lado, que lo cuidara en sus enfermedades, que compartiera con usted sus preocupaciones y sus placeres? Una gratísima y buena compañera de viaje...

Las preguntas se deshacían al caer, en la sonrisa serena de este hombre que no quiere casarse.

Por fin habló así:

—Necesitaría dar a cada uno que me hace esta pregunta, una respuesta diferente. Si es una madre con hijas casaderas... o una viuda, o una soltera, o un curioso, o un fracasado en el matrimonio, o algún otro que aún no sale de la luna de miel... Ustedes comprenden, no se puede contestar lo mismo a tan plurales intenciones.

Alguien sugirió:

—Es tal vez el miedo que suelen sentir los hombres por la mujer moderna.

—No. Categóricamente, nó.

Es más bien el aprecio de mi buena libertad.

No deseo formar un hogar por "el egoísmo" de formarlo.

Estoy bien así, y no quisiera molestar a una segunda persona con esas llamadas adaptaciones de carácter.

¿Sí estoy bien así? Completamente bien, se los puedo asegurar. ¿Alegría, flores? ¿Quién me impide tenerlas? Pero, ya casado, puede resultar que mi mujer necesite alegría cuando yo quiera sentarme en un rincón tranquilo a leer un buen libro. O vice versa.

Y entonces... ¡a transigir!

Esta clase de transacciones no deben ser del todo agradables, seguramente... Tiene tantos gajes el matrimonio, que ya no sirve para aquellos que no entraron en él con toda la flexibilidad abnegada de la primera juventud.

Alguien insiste:

---Son las costumbres modernas, las que a usted lo mantienen intransigente.

—No. Si yo no las crítico. Es tan natural que guste a la juventud gozar de sus atributos, generalmente, todas las muchachas son buenas y saben mantenerse dentro de su dignidad, en medio de la más franca camarería con sus amigos.

Únicamente hay un factor.

Que la bebida modifica los caracteres y cambia las tendencias. Ya ustedes saben que a personas débiles, una copa les trastorna la cabeza. Con esa salvedad, la muchacha moderna no me desagrada.

Y sobre todo, que yo no le preguntaría nada de su pasado a mí hipotética novia... ¿Para qué? Sería el futuro lo interesante...

En Estados Unidos, en Noruega, esto es lo vulgar...

Solamente aquí, pretendemos una declaración de la vida pasada, que a lo mejor, resulta una mentira for-

mal... ¡No, no! Estoy bien así. No se interesen tanto por mí futuro matrimonio.

Pero una voz femenina alzó el diapasón:

—Ya caerá usted. Y ojalá lo haga con tino.

—En adelante, declaró el aludido, tendré tarjetas preparadas para responder por escrito, brevemente, y según el caso lo requiera.

—¡Incorregible!

Dentro de los comentarios, varias voces, un poco veladas estaban de acuerdo en esta frase:

—¡Lástima de hombre! y es tan simpático...

Me despido cordialmente de este "caso perdido"...

Cualquier día, nos sorprenderá usted dándonos parte de su próximo matrimonio. Mire usted, la generalidad de los refractarios... caen ignominiosamente... ¡Pidiendo misericordia!





Sanción social

Existe una fuerte corriente de opinión que ansía encontrar medios de ilustración y desenvolvimiento.

“Varias señoritas” me hablan de su deseo de variar actividades:

—“¡Hemos paseado tanto! La moda ha agotado en nosotras su fascinación... Hemos bailado más que lo que hemos dormido...” (*Textual*).

Y en otro parrafito:

—“A fuerza de tener libertad ilimitada para el “flirt”, sentimos una sensación de plenitud... que nos hace apetecer algo menos vacío para nuestras futuras actividades. No vaya a suponer, Isabel, que somos feas... ¡No! Según nos lo dice el espejo, alguna de nosotras es bonita y las tres restantes no carecemos del atractivo de juventud tan amable... sobre todo a los viejos. Querríamos educarnos, pero, ¿cómo?, ¿qué podría servirnos para mejorar “de nivel”, como Ud. nos dice? Si la idea que Ud. tiene de formar un Club de grandes proporciones educacionales se llevara a efecto, estamos seguras que brotarían de todos los círculos sociales aplausos entusiastas: Isabel, por favor, siga en su empeño. Haga campaña por que tengamos una tribuna bien asistida que nos ilustre. ¡Queremos aprender! ¡Queremos estudiar! Deseamos abrir los ojos al movimiento femenino sano y cuerdo. Ojalá nunca nos salgamos de nuestras genuínas actividades; pero ojalá, también, tomemos lo que de justicia nos corresponde”. (*Textual*).

Cartas de esta índole he recibido muchas. Y creo

firmemente que no serán inútiles. Este empeño colectivo que apasionadamente busca un modo de recibir la realización de un deseo tan justo, necesariamente ha de tener resultado. El tiempo nos ha dado la sorpresa grata de una perfecta asociación, en que caben todos los anhelos femeninos tanto tiempo encadenados al silencio por decreto tiránico del prejuicio.

En adelante, nuestros pensamientos creadores han de conducirnos a una sólida realidad: clamaremos al porvenir, estudiando el pasado; viviremos el presente en toda su amplitud; sacudiremos el polvo de los siglos para observarlo anatómicamente a la luz del sol, y aprovecharemos el estudio como saludable experiencia, que mejore nuestras vidas, desarrollando las facultades que actualmente se encuentran atrofiadas por la inactividad.

Veo, por la correspondencia recibida, lo que muchas de Uds. ignoran; que existe un gran número de mujeres de buena posición y fortuna empeñadas en aprender "algo" que las permita llevar en sí el conocimiento necesario "para ganarse la vida en cualquiera eventualidad".

Algunas me hablan de la necesidad de organizar el trabajo femenino dentro de una pauta limitada que convenga a su constitución.

Otra, muy interesante, me explica extensamente sus ideas respecto a una asociación que significara un sistema intensivo de educación para todas las edades.

—"Hasta la hora de la muerte estamos desarrollando nuestra experiencia. Para estudiar no hay edades, Isabel".

Me habla "de las nuevas necesidades", que la humanidad va desarrollando en su progreso. Y me pregunta:

—"¿No cree Ud., Isabel, que nuestra sociedad ofre-

cerá espontáneamente su contingente a esta obra, que significa la consecución de un ideal de perfección futura, muy humano y absolutamente positivo?“.

No quiero figurarme que sea cierto lo que me dijeron en la tarde pasada... No lo tomen ustedes como un chisme, pero es que... me dijeron que... una de ustedes... ¡una de ustedes! ¿Cuál, Dios mío, cuál?... había expresado algo así:

—Esa señora o señorita Isabel Morel quiere quitarnos la maledicencia... ¡Vaya con Dios! ¿Es decir que necesitamos callar el escándalo ajeno? ¡Qué disparate! El pelambre es la sanción social“.

¡Sí querida lectora, sí! Estoy de acuerdo, pero creo que a este respecto daría mejor resultado que el pelambre relator de miserias humanas, el hacer el vacío alrededor de la persona que insulta a la sociedad en que vive con su conducta irregular.

—¿Está la señora? Dígale que es Fulana... De toda confianza...

—La señora no está.

Otro día:

—La señora no recibe.

En un five o'clock:

—¿Y Fulana? ¿Cómo es que ha faltado?

A lo que responde la dueña de casa.

—Es que yo he dejado de invitarla.

Pero lo que se llama sanción social por la maledicencia es muy poco digno...

—“¿Has sabido? Fulana viaja diariamente de Viña al Puerto, en segunda, acompañada de Pedro... Dicen que ayer los vieron en auto por el Olivar. Ella iba con un velo azul y él con anteojos... Tienen un rendez vous en la calle tal y...

—¡Silencio por Dios! Llega la Fulana...

—¿Cómo te va, linda?

—Así, así...

—¿Has estado enferma?

—Sí, siempre esos dolores de cabeza...

—¡Regalona! Apostemos que son las coqueterías de siempre con tu marido... ¡No he visto en mi vida un matrimonio más unido que el de ustedes!"

¿Imaginan algo más indecoroso?

"Fulana, la declassé, resulta a "la misma altura" de la que se encarga de aplicar "la sanción social".

Si una persona es indigna "hágasele el vacío." "Oblí. seguela a volver por sus fueros". Pero no se complazcan las ejecutoras de justicia en analizar los detalles y saborear carnívoramente aquello de que ni aún se sabe la efectividad. ¡Y sobre todo, con tanta hipocresía! ¡No hay derecho! Creo yo...





El niño, Rey del Mundo

Fué motivo de arte sugestivo para un célebre pintor, el tema siguiente: en un momento de tráfico intenso, levanta el "policeman" su vara y atraviesa gravemente la calzada llevando de la mano a un niño de cinco años, mientras aguardan pacientemente los lujosos vehículos, el arribo a la acera opuesta del "Rey de Londres", cuyo título lleva el cuadro.

Esta tela simboliza hoy el estado actual de actividad con que en todos o casi todos los países de la tierra se estudia el mejoramiento educacional, intentando reaccionar sobre el añejo tradicionalismo embotellador de ideales, que ha sido el más aplastante factor al libre y sano desarrollo del carácter nacional.

Es satisfactorio observar que los fracasos educacionales en países diferentes, no encallecen en modo alguno el entusiasta espíritu que sigue adelantando la consecución de estos elevados fines de humanidad. Su eficiencia ha de mermar los escollos dolorosos del prejuicio arraigado.

Muchos son los problemas que están vibrando en el mundo como facetas de una misma aspiración: "la perfección del hombre". Y entre ello es, sin duda, el de más interés efectivo, el problema sexual, que durante siglos ha sido desdeñado como un motivo ruin y vergonzoso, indigno de ser dilucidado entre padres e hijos; y de tal manera se ha visto envuelta en fango la noble facultad creadora que casi siempre son "iniciadores de la juventud" los seres menos aptos para ellos:

aquellos que sólo ven en el misterio de la especie un extenso campo de explotación y de pecado; y los ignorantes, que ni siquiera ven la vida con los ojos tranquilos del animal, sino con la incandescencia brutal de sus malignas retinas...

La nueva educación logrará al fin modificar los conceptos pasados, en el sentido de sexualidad sana y limpia para todos.

El matrimonio, sin que la mujer abandone su pudor, llegará a ser "la verdadera unión consciente y pura" en que las aspiraciones legítimas coronen el amor de verdad.

Actualmente, se dice que toda niña "lo sabe todo" y eso es una falsedad. Lo que la niña honesta de hoy, suele "saber" es generalmente una aberración de su fantasía, trenzándose a una lógica natural que agota mucha parte de su gloriosa juventud en perplejidades enfermizas, hijas de esa pudibundez fanática que causa tan innumerables estragos.

¿No sería más prudente colocar a los seres humanos en actitud de defender su dignidad, su salud y su vida? A este fin tiende la "Coeducación".

Desde la Colonia, en que hombres y mujeres permanecían aparte unos de otros en los amplios estrados, considerando un escándalo social la entrevista de un novio con su novia, hasta hoy, en que los muchachos se bañan juntos, se ha realizado un gran movimiento en nuestras mentes criollas, indudablemente.

Pero hace falta,—¡una falta enorme!—que la nueva educación proteja la dignidad de la mujer y la defienda. No nos atreveríamos a lanzar en un circo de fieras al más cruel de nuestros enemigos... Y sin embargo, a nuestras hijas, las entregamos, vendadas, a la bestia humana. Permitimos que la sirena seductora tras la cual se oculta la Naturaleza, les hable y las fascine. Las abandonamos al baile con toda su independencia... Y

luego, ante cualquier traspiés, nos indignamos estúpidamente ante nuestra propia obra...

Si conocemos las fuerzas que "mandan" en la vida y no "advertimos" de ellas a los hijos, es porque deseamos que experimenten en sus personas, a trueque de arruinar su porvenir...

La Nueva Educación, no es ya una quimera. Se trata de una empresa espiritual secundada por todos los más ilustres pensadores de la tierra. Y cada nación siente ya la necesidad de expansionarse hacia los elevados niveles en que la humanidad futura habrá de amar a Dios, respetando la génesis como una bendición de la familia. Y habrá de transformar el tibio y extraño amor de una gran mayoría de matrimonios, en la perfecta y sana camaradería de dos cuerpos que forman "una sola alma".

"El Rey del Mundo" está realizando hoy las posibilidades del hombre de mañana.





La costilla de Adán

Substraigámonos al gris terrible de este invierno por algunos minutos, guareciéndonos en estas columnas que nos dan asilo para charlar de nuestros asuntos. Porque nosotras tenemos nuestros "propios" asuntos desde hace muchísimo tiempo: desde el Paraíso terrenal, cuando el "affaire" de la manzana, en que Adán hizo tan triste papel, quedándose para siempre con un torozón en la garganta... La cuestión de los resultados es harta conocida y ya casi no interesa sino como "un derecho de pataleo" fuera de circulación. El pecado de uno y la debilidad del otro liquidan responsabilidades.

Ustedes saben que Adán fué hecho de barro y era tan "mísera" su soledad que Dios quiso darle una compañera de buen material, de una costilla del hombre mismo, es decir, de una materia ya evolucionada, limpia y fina. Con todo, lo que Dios vino a emplear en materia masculina para la formación de la mujer fué, a lo sumo, un cuarto de kilo. Todo lo demás se integró con material divino... Supongo que ustedes estarán de acuerdo en este punto de partida, que es esencial. El hombre tiene, pues, atributos que le son característicos y la mujer también posee los suyos. Ambos se integran, valen lo mismo; y no sirven para nada el uno sin la otra y vice-versa. Esto es en justicia.

Pero, he ahí que una de las aptitudes del hombre, la fuerza, fué poco a poco esclavizando a la mujer y sujetándola por fin a un dominio absoluto, sin recordar el hombre, ni poco ni mucho, las palabras de Dios: "esposa te doy y no sierva". Empezó por arrebatárle una

rama de su trabajo: la agricultura; después fué relegándola a una verdadera miseria moral hasta convertirla en un objeto más o menos útil a su distracción y sus vicios.

En este calvario que la raza humana va siguiendo a través de los siglos, ha predominado el instinto; pero Dios, siempre presente en su obra, ha permitido que se destacara, a menudo, el alma espiritual, en portavoces que a la vera del camino pregonaran de edad en edad la igualdad de derecho en el hombre y en la mujer.

Platón no creía en la inferioridad femenina y prueba de ello es que en su "República" manifiesta abiertamente su idea de que "los cargos del Estado deben ser desempeñados por individuos de ambos sexos".

Elevadas inteligencias han refutado esa idea desarmonica que concede al hombre una aplastante superioridad mental, anulando el esfuerzo intelectual femenino.

Cicerón protestaba energicamente en una de sus obras de tales suposiciones. Y protestaba con el esfuerzo enorme de su elocuencia. Para él se nivelaba la pareja humana.

Es indudable y no se puede discutir que los hechos están comprobando lo contrario. Pero esto tiene una causa natural: que toda facultad que no se ejercita se atrofia. Y la mujer, habituada a la esclavitud moral en que ha vivido, se abandona humildemente, sin querer ver que lleva en sí la misma potencia intelectual que el hombre; y la misma capacidad para hacer una labor útil en su vida.

No se trata de "hacer feminismo", de ese que nos exhiben en caricaturas las revistas ilustradas: comparas de "mujeres masculinas", que vociferan y chillan por las calles de las metrópolis extranjeras, armadas de estandartes y garrotes... Nó. El verdadero feminismo

es otra cosa. Algo noble y elevado, que nos prepara a llenar la verdadera misión de la mujer. Esa misión tan grave de educadoras dentro del hogar y cooperadoras abnegadas al esfuerzo colectivo hacia el progreso. Esa misión imperativa que nos insta a la actividad del trabajo, como seres conscientes, ya sea cumpliendo una modesta obligación y afrontando valientemente las mas árduas labores. La mujer que reflexiona, puede ampliar su vida y la vida de los suyos buscando con paciencia la forma de acción con la cual puede cooperar al beneficio de la raza humana.

El deber cumplido es acción. El deber cumplido con perfección es triunfo. Lo más sencillo, si se hace "a la perfección", toma un carácter de magnificencia. En cualquier detalle de la vida de hogar, puede la mujer hacer labor de progreso, tanto en lo físico como en lo moral y espiritual. El detalle, es la fuerza más segura: las arenas que van formando montañas.

En todas las edades ha habido defensoras y defensores del sagrado derecho que asiste a la mujer para tomar su parte en el pensamiento humano, que para ser perfecto necesita generarse en la fuerza masculina y la intuición femenina.

En pasados siglos en que la Religión preponderó sobre toda otra idea, en la Edad Media, son las santas las que alzan la voz, tratando de levantar el nivel de la cultura espiritual de la mujer: Sta. Hildegarda, Sta. Gertrudis, santa Clara, fueron paladines espirituales de gran capacidad intelectual, que hicieron su obra constructiva bajo el aspecto religioso, levantando como enseña gloriosa el nombre de María, madre de Dios.

En el siglo XV, la valiente escritora Cristina de Pisano, celebrada belleza veneciana, de un carácter tan entero que jamás alteró por ningún motivo sus convicciones, dió la nota alta de su vida en una obra maravillosa: "La Visión de Cristina", en la cual prevé los destinos y

proclama la emancipación de la mujer. Esta y otras obras suyas marcaron hondas huellas en época del Renacimiento.

Todos estos esfuerzos y tantos otros han sido encaminados siempre al objeto de nivelar las capacidades humanas y de repartir la labor común en forma equitativa y justa, amoldada a la constitución del hombre y la mujer,

Ha habido hombres que han defendido la superioridad mental femenina, basándose en la fina intuición que la caracteriza. No pedimos tanto, sin embargo. Solo aspira la mujer al trabajo común y la igualdad de condiciones.

En siglo XVI, Santa Teresa de Jesús, la elegida, la iluminada, diviniza el amor elevándolo a la Santa Cruz...

“Aunque no hubiese cielo yo te amara
y aunque no hubiese infierno te temiera.. “

Y santa Ursula trabaja durante toda su vida en la defensa del alma femenina.

Luego se multiplican los esfuerzos, que van dando frutos opíparos. Luisa de Morillac, secundando a San Vicente de Paul, funda la congregación de las hermanas de la caridad.

La religiosa mejicana Juana Inés de la Cruz, lucha contra la imposición del vicio y nos lega esas estrofas inmortales que conocemos:

“Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis.“

Vemos. pues, que en todos los tiempos y en diversas formas, ha tenido la mujer “cabezas de defensa“. Vemos que nuestras actividades van tomando sitio... ¡Oh, por Dios; pero no precipitemos la marcha y por nada del mundo dejemos de ser “mujeres“!...



La marcha de las edades

*¿A dó vá la nave?
¡Quién sabe dó vá!
(Espronceda)*

En ciertos momentos de silencio, cuando los esplendores de la naturaleza nos sumerjen en un piélagos de pensamientos que van a Dios, como una extática plegaria, suele abrirse a nuestra sensación, en viva percepción espiritual, la actividad de la vida que pasa. Sentimos la acción de las épocas pasadas, como un resultado para nuestro tiempo; y la historia de la humanidad, visada por la geología, la ciencia, la fisiología y el arte, nos deslumbran como si fuese ella una retina de la divinidad. ¡Cuánto misterio tiene para nosotros el pasado de nuestro mundo! ¿Qué inmensas catástrofes sísmicas han debido producirse para ubicar montañas en lo que otrora fué la profundidad de los océanos?

Pero, no es la grandeza de esa fuerza dinámica que magulla la materia en breves fracciones de tiempo, es lo que más, puede apasionarnos; es la belleza infinita con que va transformando la humanidad, el sentido de la vida, es el alma colectiva que va creciendo y aspirando por la perfecta unidad, lo que capta nuestro más bello interés.

Desde la raíz de los tiempos y a través de las sucesivas civilizaciones, han resonado grandiosamente los pasos de Dios en las religiones de los tiempos, culminando en Jesús de Nazareth, como en el oasis infinito que ha de marcar eternidad en el alma del hombre... A través de las ciencias y de las artes han pasado las

almas elegidas como fuertes arcángeles de la tierra, cinceladores de armonía y genios investigadores de conocimientos.

En reminiscencias llega a nuestra mente la vaga esceptica figura de las tzé, que esparce sus doctrinas en la antigua China, pletórica de máscaras y dragones de oro, donde "los verdes arrozales apacibles" tendían sus sábanas bajo los rayos de un fuerte sol, que al ponerse iba tiñendo los azules con sangrientas pinceladas y cardumenes de yemas preciosas incrustábanse en el nácar de las nubes. Pensamos en el sabio moralista que aplicaba su doctrina al dominio de lo absoluto, mientras Confucio desparramaba su sabiduría a la vida práctica, que hubo de engrandecer a su pueblo. Hasta la sabiduría necesita ser aplicada con oportunidad... a medida de la madurez de nuestro espíritu.

Los pueblos antiquísimos diseñados con fuertes coloridos, sin usar la estampa que diluye la gama moderna, tienen un algo de protección para el ávido anhelo de nuestra audaz fantasía...

Zoroastro en Persia con su doctrina hecha del sol de la Vida, puede llegar a nuestra imaginación como una figura bellísima de ojos inmensos iluminados, radiantes de castidad y amor. Quizás sus cabellos estarían trenzados en telas de púrpura de un azul intenso y su túnica sería blanca. Blanca como su doctrina... Se dice que repartió entre el Rey Dario y sus hijos, cuatro dones espirituales de gran trascendencia, por medio de una granada, una rosa, un vaso de vino y otro de leche... ¡Cuanta poesía nos dá la leyenda en estas mágicas actitudes de los hombres, que han sido cumbres de la raza humana!

Vemos a Hermes, en el Egipto antiguo, vaciando sobre el pueblo su prestigio divino, como una entidad capacitada para comprender el Demiurgo... y durante aquella genealogía de dioses, entre los pórticos de los

templos, solemnes, donde gravemente se alzaban los símbolos que unían el cuerpo de un hombre y la cabeza de un animal, chillarían desparramados en bandadas, los azules pavos reales, abriendo el abanico de sus plumas, ante el ojo de oro del divino Osiris... escarabajos brillantes, incrustados en la piedra de los muros, guardarían quizás, los secretos de los dioses que hiedráticos y silenciosos escuchaban el monótono ajeteo de los esclavos, que iban y venían en grandes masas, durante la construcción de las pirámides...

Entretanto, por las pampas desiertas de la Etiopía, desafiando el fuego de las arenas, marcha en suntuosa caravana la Reina de Java, para llegar a la presencia de Salomón y recibir de sus labios la palabra de sabiduría y amor... Arrastra su túnica pavorosa sobre las opulentas telas floreadas de oro que cubrirán los pisos de la prodigiosa "quinta del Líbano", decorada con "los más ricos ornamentos de la tierra".

La voz glacial de Salomón, le diría en un sobrio "Salem":—Bienvenida seas, Belkies, hermosa Mackedda del Yemen...

¿Y quién podrá saber jamás si el amor iluso de aquella Reina, hermosísima, la quimera gloriosa de sus sueños, se trizó como un cristal, al contacto de aquella voz, rígida, riel de portentosa sabiduría?... Según la leyenda, un manto de tristeza infinita cayó como una nevada la vida de esta mujer preciosa, que ha poetizado los siglos con su silueta femenina, cubierta de esplendores... con su piel de etiope barnizada de ambrosía y sus ojos luminosos velados por espesa pestaña, como sus cabellos flotantes en rebeldes y brillantes guedejas...

Y sigue marchando la andariega fantasía a la vera de los puntos luminosos, elevados sobre la silenciosa multitud que nace, vive y muere, como las flores, como las aves, sin saber, sin pensar, sin sentir...

Y aparece entre las tintas delicadas de un amanecer,

Grecia. Los sublimes sonidos de las flautas de Orfeo, electrizan la materia y dulce armonía surge la religión de la belleza plástica... Apolo y Diana se aposentan en los templos y el Olimpo descende a la tierra como un polen fecundador de armonía que moldeara la hermosura de la estética humana. Venus reina en el mundo en espera de la influencia sublime de Mater Admirabilis, que habría de trasfigurar y prolongar hasta el alma, la sagrada maternidad, en concepto cristiano, Eva arrojada del Paraíso, estaría purificada en el reino de los cielos... En las artes y en las ciencias esparcidas por el mundo, continua la labor humana de perfeccionamiento y la muerte de cada civilización guarda una chispa en su sagrario que ha de traer una experiencia a la venidera. La moral cambia de aspecto, preparando el terreno que ha de ser sembrado por el Mesías prometido...

Y en la India inmensa, la de los fuertes elefantes, triunfa Brahma, dejando ver su tosca superficie de dos cabezas y cuatro brazos, a los ojos ambiguos de los hombres... Solo Arjuna, el valeroso principe pandaba, pudo contemplar el cuerpo Vischún, la segunda persona de la trinita india en toda su gloriosa magestad ante el gran combate de Kurukshetra, cantando Mahabarata, Khrisua dirigia el carro de la guerra del hijo de Kunti, hablándole así el corazón:

“Mejor es, en verdad, la sabiduría que la práctica constante, mejor que la sabiduría es la meditación y mejor que la meditación, la renuncia al fruto de las obras.

Tras la renunciación viene la paz. Y pasa luego el bellísimo principe Siddharta Gantama Gantama Vuddah, como una flecha de luz que fuera a desprenderse en el corazón mismo de la divinidad; masas inmensas de seres escucharon sus palabras siguiendo la huella maravillosa de sabiduría.

Uno de sus aforismos dice así: Por los campos de Judá, conduce Moisés al pueblo de Dios, hacia la tierra prometida. Agoniza de sed Israel... Y el taumaturgo, aplicando su cayado en las rocas estériles, hace brotar un cristalino manantial que refresca sus cuerpos y redimen sus almas de la duda... El dulce maná cae de los cielos. Nunca Dios ha sido mas padre que durante esas escenas desgarradoras de hambre cruel, que quedan mágicamente disueltas en ferviente alegría "el pan de las nubes"... Los profetas anunciaron al Mesías...Bautista predica lleno de unción..."El vendrá... prepáraos a reconocerle..."

Y cuando la Roma heroica entre los pueblos fuertes y sanos de la antigüedad, llegó descendiendo hasta la más ruin y vergonzosa degeneración, apareció en Belén una estrella radiante que señaló a tres Reyes magos el punto preciso en que el Hijo de Dios, dormía sonriente en un pajar, arruyado por sus Padres, y abrigado con aliento de los animales.

Este es el momento culminante de la vida del alma humana. La vida de Jesús fué el mas cruento sacrificio del padre... Ya no bastaban intermediarios... era necesario que su propia persona, en uno de sus aspectos, produjera un rumbo de amor en los seres de la tierra. Europa y América especialmente, recibieron su palabra divina. La obra cristiana palpita hoy con más energía que nunca. Ni guerra, ni crímenes, ni fanatismo sectarios, podrán apartar de su rumbo la voz inmensa que abarca al mundo entero: "Amaos los unos a los otros". "Os doy mi paz".

La belleza como una vena luciente se apega a las artes. El pincel, el cincel, y la música son las fuerzas espirituales que nos llevan en alegría de éxtasis a la reflexión de la vida.

Obsesionado en el sentimiento, aquellos idólatras de¹

ideal, tocados de la gracia y encendidos en el divino fulgor del arte— los poetas— casi nunca vuelven los ojos a la misteriosa poesía de los tiempos vividos.

Olvidan la proceción fantástica de cirios luminosos que han brillado en las crestas de la humanidad y abandonan en la sombra de la muerte, las voces melodiosas que se fueron suspirando por entre la ruinoso pared de los siglos. Mas allá de contadas siluetas legendarias que visitan con frecuencia al pensamiento moderno, como el Quijote, encarnación del carácter de una época, don Juan Tenorio, cincelado por numerosos poetas y las parejas eróticas Romeo y Julieta, Pablo y Virginia, Los Amantes de Teruel, Paolo y Francesca, etc. Pocas son las figuras romancesca que aparecen en la obra del poeta de nuestros tiempos.

Y, sin embargo, cuánta riqueza existe en la desconocida biografía de la gente que pasaron.

Son ellos los desmontes inexplotados de la opulenta mina espiritual que aun no ha sacado a relucir sus valores... Hoy en Italia se proyecta reflotar las galeras opulentas de Tiberio y Calígula... ¡Oh! si del mismo modo pudiéramos reflotar para nuestra experiencia los méritos adquiridos con dolor y sacrificio por nuestro antepasado. Estamos consnmiendo sin embargo, el fruto de aquellas labores. Nuestra obligación para las generaciones venideras, es pues la raíz del altruismo que debe trabajar desinteresadamente por los que vienen a reemplazarnos. Las masas humanas se conglomeran en idénticos ideales y nadie podrá dudar que el Buen Pastor está abriendo los cielos para sus ovejas.

Su sonrisa apacible está floreciendo sobre el mundo como un prado de margaritas...

“La paz sea con vosotros“ y hoy nos la trae él mismo, golpeando con amor en nuestras almas agitadas. El amor bajo el ala del Cupido de todos los tiempos ha ido fortaleciendo el concepto dentro de los jardines del

ideal humano, llegando a vibrar como una nota cristalina, la unión espléndida del cerebro firme con el corazón en holocausto.

Este amor de verdad, tan poco vulgar, sólo tiene un defecto en la mayoría de los casos: el temor de que venga la pálida con su afilada guadaña y corte la cuerda vibrante. Es un temor vacío de sentido, sin embargo... La cuerda cortada no impedirá que el sonido, en un soberbio trozo luminoso siga midiendo la eternidad, cara a cara a Dios. El amor está purificándose y ya "sabemos" que llevándolo en el alma, amplio y fuerte haremos dicha en el matrimonio.

Así pasa la vida naciendo para quedar en el recuerdo un gesto fugitivo...

Se van los desconocidos del mundo dejando en el arcano sus novelas inéditas...

Pasan sus lágrimas al común océano del dolor y su sonrisa al ritmo del Universo. .

Pocos son los señalados en la esfera de la historia que permanecen como ejemplo del género humano, los más se van en silencio por la puerta del olvido, llevando sólo el alma exélsa ausente de los sentidos, en pleno festín de felicidad, desdeñando apoyarse en los cayados que un día tocaron los senderos del mundo...

Quizás algo permanezca en aquellos estados de dicha infinita, quizás brille en la trasfigurada retina de los elegidos, la estrella que una noche iluminó el pobre pesebre de Belén... y a través de esa visión de amor y sacrificio siente una viva y dulce compasión por los que se quedan esperando su turno en este estrecho fárrago de pasiones y miserias. Quizá este sentimiento de amor del más grande al más pequeño, generado en la comunión de los santos, sea el origen de nuestra sucesiva y consoladora esperanza.

¡Qué bellissimo aspecto deben tener las actividades humanas a los ojos de Dios!

¿Será este kaleidoscopio maravilloso una flor? ¡Una flor admirable, que en su desarrollo matiza el colorido con la música e ilumina los ideales con la fé!

¡Osiris, Júpiter, Brahma, Jehová, Ormuz, Alá, y tras ellos, la causa principal de sus sacerdotes... y el espléndido florecimiento de ciencias y de artes, va ligando armonías en el trascurso de los tiempos, mientras los graves filósofos escavan sin cesar el alma humana, sin encontrar jamás su fondo...

Así pasan los siglos, extrayendo la belleza y el dolor... como bólicos vertiginosos sedientos de eternidad... desde donde nos tiende los brazos Aquel que es "el Camino, la Verdad, la Vida..."





Figurines y mujeres

A fines de año. la gimnasia invade el espectáculo escolar. Hombres y mujeres en formación solidifican armónicamente sus formas físicas.

Son ejércitos en miniatura que van surgiendo de los planteles educacionales como una patriótica promesa de generaciones mejores. Los músculos se desarrollan naturalmente, bajo un control científico de la anatomía humana, que, dentro de la rítmica. se ajustan a las necesidades de ambos sexos.

Estos ejercicios escolares tienen—sobre todo para la mujer—una importancia considerable.

Los hombres tienen siempre opción al cabal desarrollo, en su época de guardias nacionales. Pero la mujer, si no tiene la suerte de educarse en un colegio que dé la debida importancia al ejercicio físico, se desarrollará en forma imperfecta: desviaciones espinales, raquitismo por falta de amplitud torácica, incurvación de la espalda y el séquito de taras y miserias compañeras de las malas manías que desfiguran el cuerpo no educado convenientemente. Y todas esas deficiencias orgánicas repercutirán sobre la vida de esas criaturas endebles que han de afrontar su misión de maternidad en la más precaria condición.

La gimnasia es, de todos los ramos que se estudian, el más práctico para la vida misma del alumno. Es el cincel sapientísimo preparando cuerpos para el trabajo que la existencia habrá de exigirles. Los capacita para recibir “una mente sana en cuerpo sano“. Los desarro-

lla en armonía. Los impulsa a ser valeroso; y hace de ellos base excelente para el desarrollo de caracteres. Estas gimnasias hábilmente estudiadas, que por sus detalles de movimientos "anatómicos", no han de estropear la armonía natural femenina o masculina, nos llevan muy lejos de los figurines ideales en que el tipo esquelético "elegantemente" desarticulado tuvo el primer puesto entre las gentes de gustos... refinados y artísticos...

Agrada decir que "lo tuvo", porque hoy no se exagera la exigüidad de la línea y el figurín escuálido se va transformando en mujer. Las revistas de modas adoptan cada vez más lá fotografía del natural, con lo cual los contornos femeninos tienden a hacerse "dignamente" concretos.

El concepto de belleza física, todos sabemos que ha sido siempre deformado por las modas, desde siglos inmemoriales: y hasta los grandes genios escultóricos se han dejado llevar de la impulsiva corriente del capricho que entroniza su "úrase" en las colectividades haciendo verdaderos destrozos en la apariencia humana.

De Policleto a Fidias y de Fidias a Praxiteles, la belleza femenina pasó por una serie de transformaciones. Policleto idealiza un tipo de mujer que más parece un boxeador moderno; y sus vírgenes ostentan una musculatura que envidiaría un deportista.

Fidias embellece la figura y, aunque bastante robusta, su genio la perfila en mujer de verdad y le da alma y fuerza.

Pero Praxiteles entona en sus esculturas himnos a la vida y surgen de sus manos, como flores vivas, mujeres netas y precisas, cuyas curvas delicadas y frágiles corresponden, sin duda, a la idea femenina, que Dios tuvo en el acto de su Creación.

Pasando por los caprichos altisonantes de los trajes, el último siglo bastante ha estrujado a la silueta femenina, intentando una manévolá destrucción de sus órga-

nos interiores, que iban muriendo por asfixia en el loco afán de eliminar el abdómen o quebrar la cintura.

Cuando la palabra sobria de la medicina fué llenando el mundo, en defensa de "la madre humana" que estaba muriendo materialmente exprimida por las crueldades de la moda, vino la silueta moderna, como un alivio. ¡Una tregua!

Pero "los figurines" no se habituaron a no hacer daño y día a día estrechaban la figura hasta reducirla a esqueleto y piel. Cualquier curva era tenazmente arrastrada. Las muchachas se estaban muriendo de hambre en todas las ciudades, con el estoicismo de las mártires cristianas... hasta que París levantó el grito de alerta y el gobierno empezó a ocuparse de ese "mal social", como de la tuberculosis o el cáncer. De tales conversaciones diplomáticas con los modistos, obtuvo Francia la tendencia de hoy a "naturalizar" en un término de moderación "le dernier cri de la mode".

Ha quedado, pues, en evidencia la mala constitución de los cuerpos. Y lo que ayer ocultaba la sin razón tiránica de unos cuantos costureros, quedará hoy a la vista como una tara indeseable, como una falta de desarrollo que apaga la más exquisita belleza facial.

Indudablemente, Praxiteles ha sido un precursor del ideal materno en la belleza femenina. Unicamente que fué él, quien primero esculpió desnuda y en plena castidad a la Venus antigua. En tanto que hoy, la escasa vestimenta en los saras tiene todo el efecto de un guiño obsceno...

El equilibrio perfecto ha de llegar algún día a presionar los gustos, depurándolos "de toda exageración" y manteniendo la inmortalidad del traje sencillo y cómodo, dentro del matiz suave y delicado.

Así pensaba yo, admirando una espléndida presentación de gimnasia.

—Esas nil o más niñas que se yerguen en rítmicos

movimientos, sin vacilar, sin demostrar cansancio ni timidez, son mil familias aseguradas para la generación futura. Su desarrollo físico será base de salud y de firmeza. Sobre esos cuerpos educados, caerá fructífera la instrucción. Y sus mentalidades tendrán un firme apoyo para realizarse. ¿Qué dirían nuestras abuelas al ver estos gallardos ejércitos de chiquillas que en rítmicas cadencias van formando energía y la salud de las futuras madres de Chile? Al verlas marchar, me siento emocionada. No hay allí pasta para dibujar figurines zigzagueantes, inspirados en un subsuelo cubierto de lombrices... Nó. Allí hay mujeres verdaderas, en formación. De estas aulas escolares se va formando el pueblo futuro, cada vez más culto y capaz.

Lo mejor en la mujer ha de ser un aspecto de salud que dé alegría y no una languidez que pide a gritos píldoras de fierro y rellenos por las cavidades abandonadas por la forma...

Y sin embargo, pienso yo, las mujeres adelgazan con sacrificio para ser agradables... ¿"a ellos" quizá?...





El tenorio se muere...

El humo gris de los cigarrillos ha nublado la opulenta biblioteca. En un rincón se destaca en mármol el Pensador de Rodín, y volutas cenicientas del tabaco egipcio acarician su inmovilidad trágica...

Blanca, Monna y Rosario, (de dieciocho a cuarenta años...; quién sería capaz de conocer a punto fijo las estafas o lealtades del tiempo...!) piensan y ríen, mientras la palabra frívola fluye como un manatíal.

Carlos se pasea en silencio. Seguramente se siente mortificado por la tardanza de sus amigos, que lo abandonan al molesto papel de un galán para tres damas... Sí, molesto. Pasó ya el tiempo de los empalagosos serrallos... Ahora las mujeres son de otra pasta... ¡eh!, ¿no es verdad? ¡Qué aburrido!

—Carlos, querido amigo. ¿se le ha muerto alguien hoy día? Parece usted una silenciosa tarjeta de pésame...

—Ah, no tiene usted hoy su trajecito de conquistador...

—Nos humilla su silencio, la verdad... ¿O es que se da hoy por primera vez en su vida la humorada de pensar?...

—Señoras, estoy solo contra tres. Perdón, pero, como Carlos II, mi tocayo, sólo a una puedo cortejar en cada ocasión... y esto, si es propicia...

—¿Así es que ustedes no puede charlar sin intenciones de cortejo?

—Es decir... nunca lo he intentado...

—¡Nunca! ¡Qué interesante! De modo que al dirigirse a nosotras...

—Si son tres, no se trata de una mujer, sino más bien de...

—¿De qué? Hable usted. De qué?

—De una corporación que inventa ideales y enarbola teorías...

—Ah, el feminismo...

—No señoras, otra cosa... ¿Quiere usted darme fuego, Blanca?

—¿Fuego?... ¿Fuego?...

—Para encender mi cigarrillo...

—Decía usted que...

—Decía usted que éramos una corporación...

—... el feminismo...

—No, señora, no. El feminismo no... "el masculinismo"...

—Hijo mío... ¿ha tenido usted algún antepasado loco?

—Creo que no, Monna. Yo soy el último cuerdo de la familia...

—¡En fin! Me tranquilizo.

—¿Y por qué cree usted que nosotras las mujeres, "quisiéramos" parecer hombre?

—Por una serie de razones, que están ligadas entre sí como raíces del mismo árbol...

—Oye, Rosario, el "señor" cree que todavía necesitamos palo y piedra para defender nuestros derechos... ¡Que risa!

—Y después se dirá que los hombres no son ingenuos...

—Pero, Carlos, sí ya no hay casa. Eso es un hecho. La mujer se basta a sí mismo. Tiene la sartén por el mango.

—Y continua siendo madre.

—Y es el alma del hogar...

—Y ahora es madre consciente...

—Por Dios, señoras, calma. Me van ustedes a estropear el humor... Una por una... yo las convencería... ¡Pero a las tres a la vez!

—Monna, sírvenos el té...

—Carlos, aproxime su taza ¿uno o dos?

—Tres.

—¡Tres! Su número fatal...

—¿Un sandwich?

—Gracias.

—¿Quién inventaría este delicioso té de las cinco?...

—Algún inglés, seguramente.

—No, Blanca, ese invento le pertenece a una mujer. A doña Catalina de Braganza, portuguesa, reina de Inglaterra. La esposa de Carlos II...

—Ah, "su patrono" el famoso tocayo suyo que usted recuerda en cada instante de su vida.

—¡Cualquiera diría que era su bisabuelo...

—O su condicípulo...

—Quizá una afinidad simpática... Su decidida admiración por el bello sexo...

—Sí, pero "de a una sola", eh?...

—Era un sabio. La mujer "cuando está sola" siempre es femenina...

—Ah, ¿sí?...

—¡Pero qué fenómeno de sabiduría es usted Carlos...

—Debería usted escribir eso para los hombres de hoy... Quizá pocos lo saben...

—Claro, pocos... El hombre, "cuando está solo", frente al espejo, ensaya sus actitudes, idealiza creaciones en el gesto lánguido, se enpolva las mejillas, se perfuma... y ¡adiós, Gertrudis!

—Señoras mías, eso no es un hombre: es un muñeco.

—Ya. La transición de hoy. Los hombres están abanando su virilidad. Buscan para sus tenidas los más exagerados aspectos femeninos... Colores vistosos, cortes ondulantes, vaivenes "dernier cri"... El talle flexible, la melena ondulada, el rouge, el rimmel...

—¡Por Dios!...

—Es verdad.

—Sí, Carlos. No se moleste en fingir ignorancia, por favor.

—Ya Ud. comprenderá que ante esta renuncia de las degeneradas legiones masculinas de hoy, la mujer ha debido tomar sus precauciones...

—Y toma con pasión la tendencia a "ser hombre". Se hace fuerte, valerosa, previsora.

Trabaja y sostiene el hogar.

—Ay, señoras mías, me temo que...

—No tema Ud. nada. La cosa es muy sencilla. Defendemos el amor. Defendemos el hogar... quizá el hombre de hoy gusta más de "una mujer varonil"...

—¡Bravo! ¡El reino de las Amazonas!

—¡Ud. lo ha dicho, señor mío!...

—¡Haya paz! Pido la palabra.

—La tiene, Blanca.

—Deslindemos la cuestión. En estos tiempos de inquietud y velocidad, la mujer, habituada al "dolce far niente" de la odalisca oriental, abrió los ojos un día, sintiéndose desdeñada por el hombre. Los casos se repetían sin cesar y sumaban por miles los niños hambrientos por falta de un padre responsable. El ocio, la desmoralización de las guerras, minaba en colectividad la entereza moral del "hombre". Entonces, la mujer madre, desvelada de su largo sopor, tomó las riendas y... ¡adelante! Construyo su carácter y se hizo útil. Hasta aquí, esto es muy sencillo. Luego la mujer—esposa, comprendiendo intuitivamente el desamor del hombre buscó los medios de seducir bajo la nueva faz de la flaqueza masculina. Y de este espíritu de coquetería ha nacido la exagerada actitud masculina de la mujer. En los períodos como éste, de transiciones seculares, han de notarse, por cierto, fuertes desentonos. ¿No es acaso una tentativa de afinación en el instrumento de la na-

turaliza, estos movimientos simiescos de hombres y mujeres?... Por estas razones, Carlos, la mujer moderna, comprensiva, se educa a toda prisa y construye ferreamente su carácter, para que los hijos de hoy normalicen la cabal salud moral de mañana.

Se necesitan madres, nó mayordomas, se necesitan educadoras prácticas y no víctimas inútiles. La mujer de hoy mide su tiempo, lo usa diligente y alegremente y a la vez que dirige su hogar, toma de vez en cuando un delicioso té de cinco como este, y sobrelleva sin ataques de nervios ni miedos ridículos la responsabilidad de su vida...

—Muy bien, Blanca, muy bien, pero mi pobre Tenorio se va a morir de inanición...

—Cierto. Ya no se ven Tenorios...

El oficio se ha degenerado. No resultan bastante airoso los "audaces de hoy", cuya escuela se desarrolla en la media luz de las salas de cine... donde no cuenta para nada la belleza ni la poesía... El gallardo "Tenorio", rey corazones, sultán de cautivas, seductor del "eterno femenino", cabizbajo se va yendo... agoniza... se muere...

---Blanca... ¿y la coqueta?...

—Ha cambiado de recursos, Carlos. La coqueta, casquivana, también se ha ido, desde que el carácter es "pan de todas"...

—¿Golpean? Sí. Es Eduardo y Juan...

—Llegó tarde su retaguardia, Carlos.

Vengan Uds. señores a rendir homenaje a un gran triunfo feminista...

—Un momento. Ahora, sonamos tres para tres. Carlos II, de Inglaterra, yo te invoco!

Alegre y fina carcajada se filtró entre la espiral de un Abdullas...

—¿Quieren servirse té, señores?



“Nos-Otras”

Editora: LUISA MARTINEZ.-Caracas

Hace muy poco tiempo, Berta Lastarria Caverro, la distinguida escritora que especializa su pluma en la leyenda histórica, exhibiéndonos de mano maestra trozos de la Colonia llenos de vida y color, me hablaba del gran interés que tendría para la mujer chilena una unión sudamericana de labores artísticas, literarias y sociales.

A propósito de estos temas tan importantes para el desarrollo de la cultura femenina, me facilitó dos ejemplares de la revista “Nos-Otras”, editada por Luisa Martínez, con el fin de que pudiera yo admirar la obra verdaderamente hermosa que esta escritora venezolana está realizando en beneficio del desenvolvimiento intelectual de la mujer. En esa revista colabora un gran número de poetisas y escritoras sudamericanas; y sus ochenta páginas de gran formato están pletóricas de amenidad e interés. Se destaca en artículos originalísimos, Luisa Martínez. Uno de ellos, intitulado “La Divina Comedia”, llama la atención por la finura de la sátira y el ameno desenvolvimiento del tema. Es un motivo pintoresco que, riendo, enseña.

Voy a darles a ustedes algunos párrafos:

“Escogí, como era natural, a Beatriz por compañera, y, sano de espíritu y de cuerpo, habiéndome desayunado, almorzado y tomado té, opíparamente, a la hora de

las confidencias, telefoneé a mi amada y le dije: dispón tu ánimo, que nos vamos para los Campos Elíseos.

Como dije en otra ocasión, Paolo y Francisca se acercaron. Paolo con un pantalón "cloche" y Francisca peinada a "la garçonne"; lamentábanse con voz doliente: ¡Ay de nosotros! Fué el "whisky and soda", que ocasionó nuestra pérdida.

Paolo, no seas embustero—le dije—fué "Galeoto".

Indignada Francisca me manoteó: fué el demasiado whisky y un charleston...

—Oh,—comenté...

—¡Chit!, dijo Beatriz."

Luego nos describe a Tántalo manejando un pequeño automóvil, cuesta arriba, deslizándose en seguida hacia atrás, a pesar del esfuerzo inaudito con que daba vueltas al motor...

Dante le pregunta:

—¿Por qué estás aquí, Tántalo?

—Por cruzar con demasiada rapidez la esquina del Cuartel Viejo...

Luego Dante se apercibe de que el Purgatorio está en Caracas y también el Limbo... y el Infierno...y subiendo algunas cuestas imprescindibles para ascender al Cielo, se encuentra en la Playa de la Pastora...

Entonces Beatriz, compasiva y práctica, le dice así:

—“Depende únicamente de tí el estar en uno u otro sitio. Sólo una cosa es necesaria, Dante: “Trabaja“, no recuerdes fracasos anteriores, ni que las cosechas fueron malas, ni que los negocios, por consiguiente, están paralizados. “Reduce tus gastos“, no pretendas que dos por tres te darán quince y verás cómo tu “Caracas“ se convierte en el “Paraíso perdido y vuelto a recobrar“ sin que para ello necesites que Milton se ponga ciego y le dicte a Dorotea, su hija, esos versos largos... largos...”

Y diciendo estas palabras, Beatríz, mi dulce quimera, se esfumo en el pasado...”

Este articulo que en pequeños fragmentos les he dado a conocer a ustedes, lectoras, tiene hoy día un particular interés, al margen de la noticia que da el cable sobre un movimiento revolucionario en Villa de Coro. ¿En qué punto del paseo de circunvalación por Venezuela se encontrará “El Dante” de Luisa Martínez?

Apesadumbran estos movimientos políticos que acaorean desórden y muerte... Pero, ¿quién puede saber los medios de que se vale la Providencia, para hacer fuertes a los pueblos?

Venezuela pasa, pues, por momentos de angustiosa inquietud; pero es de esperar que no se prolongue demasiado esta situación. Los tiempos actuales quieren trabajo y no política interna.

La mujer venezolana nos lleva mucha ventaja en el sentido de iniciativa. La Revista “Nos-Otras” ha hecho una brillante exposición del anhelo femenino de actividad y trabajo. Sus páginas están llenas de fuerza y de justicia. El arte nacional venezolano en los cuadros de sus mejores artistas, aparecen en colores, ornamentando comentarios artísticos.

Luisa Martínez comprende y siente “el verdadero feminismo”. Dedicaba bastante espacio a tocar de luz la aureola maternal; y levanta el grito de “feminidad absoluta,” sin esa mezcla falsa con que suele enturbiar el ideal tan justificado de la mujer que “quiere saber trabajar, y valerse por sí misma”.

La madre necesita estar apta en cualquier momento para alimentar a sus hijos. No basta que los amamante y desarrolle, es preciso que también “pueda” vestirlos y educarlos,, si les falta el padre y no hay fortuna. La mujer, que por cualquier evento queda desvalida y con los hijos, debe “poder” reemplazar la labor marcu-

lina para evitar en el hogar esa ruina obscura que teme salir a luz y prevarica por fin, hostigada por la cruel necesidad...

No es que "todas las mujeres "deban" "emplearse en oficinas." ¡No! Pero "TODAS" debemos saber valernos por nosotras mismas en cualquier momento.

Se suele alegar que la mujer casada tiene "de sobra" con cumplir bien su misión de esposa y madre, Y esto es un error. El esparcir esta idea es sembrar la semilla de la pereza y las reminiscencias de un pasado de esclavitud.

Las madres de familia saben bien que "pueden" acompañar su labor maternal a una labor de producto útil para el hogar.

Conozco madres de familias, modelos de abnegación, que cooperan con el trabajo de sus manos a los gastos de su casa, sintiéndose felices de poder ayudar a la mayor amplitud de la vida común.

Y también conozco madres de familias que son hostiles al trabajo de la mujer, alegando el cuidado de la casa; pero que, sin embargo, gastan su dinero y su tiempo en otras entretenciones que significan un desmedro efectivo para el hogar doméstico.

El feminismo, por el mismo hecho de ser "algo absolutamente femenino, no es el trabajo exagerado," ni el ridículo deseo de "parecer" hombres, sino un movimiento suave de energías "maternal" el anhelo de ayudar a los nuestros con toda nuestras actividades, siendo siempre "madres de alma" que entreguemos a los que nos rodean toda nuestra capacidad para aliviar a los que sufren y cooperan al bienestar de los otros.

Las mujeres, si lograran unir un espíritu en tan altos ideales, aminoraría en mucho los dolorosos problemas que ponen una nota de imperfección en el matrimonio.

La defensa de estos y otros muchos ideales, distinguen a Luisa Martinez.

¡Es lástima que las mujeres chilenas no tengamos también una Revista, que nos dé alma, dando cuerpo a las múltiples posibilidades que hoy se mueren en la sombra!





“Flappers”

La yema del pecado, esa versátil y fascinante ruleta, se ha ido... Sólo quedan los esqueletos inmóviles de lo que ayer fué huracán de pasiones.

—¡“Pleno”! ¡“Color”! ¡“Semi pleno”! Las carteras pleotóricas o exhaustas que rodearon las mesas han detenido su actividad... La bolita de la suerte, paralizada de improviso, cesó en sus veleidades: ni obsesiona arteralmente ni invita al desquite... Descansa.

Los “mirones” ya no podrán deleitarse en la expresiones nerviosas de los jugadores, ni en las trágicas palideces bajo el rouge.

El comentario satírico ha perdido el mejor trozo de su comidilla.

Y cesarán los histéricos y las ambiciones bien alimentadas... Y los préstamos, con o sin interés. Se ha inmovilizado la ruleta, dejando calma en los bolsillos.

Ciertos maridos habían hecho ‘mandas’ para que terminara todo juego de azar. Mandas... “al finado mono”. Y el fiado, se que ha escuchado sus súplicas. Ya no se perderá a un “color” o a un “pleno” el puchero de todo el mes. ¡Reinará la paz en los estómagos! Y los editores responsables de las audaces jugadoras, podrán dormir con tranquilidad. Ha desaparecido, por lo menos una gran parte de este peligro social que día a día iba tomando mayor consistencia. Ojalá esta medida de profilaxia moral, alcance a gozar de larga vida. Parece que el público en su mayoría lo desea.

¡Cuántas novelas dramáticas se han lanzado a la circulación, tomando como base “el rojo” y “el negro”.

Con nombres propios, se referían las anécdotas pican-
tes... Y en la barahunda, a todos les toca algo. Justa o
injustamente.

—¿Sabes cuánto ha perdido la fulana? ¡Cáete muerta!
Ha perdido veinticinco mil pesos.

—¡Qué horror! Pero, te diré que no es esa la pérdida
mayor que ha habido en la temporada, porque doña Zu-
tana ha ganado en dos tardecitas treinta y dos mil mor-
lacos... y la Perengana ha perdido su collar de perlas
que estaba avaluado en setenta mil pesos,

—¿Sí? Yo creía que era falso.

—¿Falso? ¿Falso? Bueno... ¡quién sabe"... pero dicen
que pagó con eso, ¡con el collar!

—¡Qué divertido!

—Como no, para tí... muy divertido, pero para ella...
¡caracoles!

—¿Supiste que le dió un ataque?

—No, hija, no. Si eso es otro cuento aparte, el del
ataque... Dice que...

Bajaron la voz estas afiladas "tijeras". Una rubia y
una morena. ¿Interesantes? Sí, mucho. Pero no mere-
cían ser mujeres por su espíritu de crueldad, ¿no es
cierto? Si hubiera llegado a ellas la "Misericordia", no
habría encontrado sitio en sus corazones...

Ví sus rostros sonrientes y escuché aún la voz suave
de la rubia, dirigiéndose al mozo:

—Dos "biblias".

Frente al mar, que no miraban, juntando sus som-
breros, bajaban la voz y luego reían estrepitosamente.

—Si eso es muy rico... ¿y él qué decía?

—¿El? Nada. ¿Qué querías que dijera?

—¡Parece mentira que ese gigantón sea tan pelma!

—A mí me parece, simpático, sin embargo. Y no
creo que...

—Por supuesto... harto simpático... casi demasiado...

—No seas tonta, me cargas con tus impertinencias...

—¡Claro! ¡Impertinencias! En cambio tú ayer me dejaste en la estacada delante de todos hablando de las madres modernas...

—¿Por qué, vamos a ver?

—Porque decías que no se ocupaban de sus hijas lo suficiente y que esa era la causa de las pésimas condiciones sociales de hoy día... Eso decías a gritos, "arrebataada" en tu misión de moralizar a las madres... Naturalmente, como tú no tienes hijos...

—Ojalá los hubiera tenido...

—¡Ah! yo también estaría tranquila si fueran todos hombres, pero con dos chiquillas ya no puedo más con mi alma, te aseguro.

—¿Se puede saber la causa de tus inquietudes?

—¿La causa? La verdad, yo no sé la causa. Es algo intangible que está en el ambiente. Es esa rebelión de las hijas, esa emancipación tácita, esa falta de obediencia... No obedecen. ¿Te acuerdas de nuestros tiempos? Era distinto. Las madres eran madres. Hoy no, somos... mayordomas...

—Algunas... algunas...

—Bueno, ¡Yo! No puedo conseguir que la nena salga conmigo. Protesta de mis órdenes. Me llama "anti-cuada", se refiere a obras tales o cuales que ha leído; es una tarabilla... Y no es de la casa... Sufre a mi lado, quiere vivir fuera de su hogar, haciendo monadas y hazañas al son del jazz... Estoy amargada, quisiera morir... antes de seguir siendo una madre decorativa de cartón piedra... Luego se habla de las madres, del abandono en que tienen a sus hijas... y yo pregunto: ¿Qué se hace con estas hijas indóciles que no quieren sujetarse al razonamiento de quien las quiere, como que son vida propia, sino que prefieren extraviar sus costumbres para ser "flappers" norteamericanas que en este clima resultan indeseables para la gente cultivada en los buenos principios? ¡Son indeseables!

—¡Tienes razón en preocuparte! Me da pena verte triste. ¿Te ha visto llorar la nena? Tal vez eso...

—Me ve siempre... ¡Poco le importa!

—¡Qué aliviada me siento de no tener hijas!...

—¡Mira, allá viene la nena! Yo la creía en Concón.

Se aproximó a la mesa un grupo de tres niñas y tres jóvenes.

—¿Qué hay “vieja”? Le diré que “va a tener que irse luego”, para que el auto vuelva por nosotras. El de turismo se nos quedó en el Salto... Caminamos a pie hasta Viña para tomar tranvía.

—Entonces no fueron a Concón?

—No. Cambiamos rumbo a última hora. Oye, bailamos este tango, Jorge?

—Si quieres...

—Bueno, mamá, ya sabe que “va a tener que irse”...

La señora rubia, con el ceño fruncido, miró a su amiga, que tranquilamente se daba rouge.

—¡Vaya, pues! No seas lesa Tere. ¿Por qué te dejas mandar? Llámala y dile que no te vas.

—¿No ves? Es que tú no tienes caracter, eres miedosa; la chiquilla te lleva de las narices... ¡Manda tú! Que ella haga lo que tú determines...

Los ojos castaños, suaves como los de una gacela, sonrieron ante esa fugaz idea de dominio... pero una voz juvenil gritó desde la puerta del salón:

—¿Qué hubo, mamá? Ya son las ocho. Váyase luego y mande el coche.

—¿Vamos, Clara?

—¡Vamos, mujer tímida...! Merecías una tunda de azotes por tonta...

—¡Soberbia Juana de Arco! No me convences de tu fuerza de caracter. ¡Hubiera querido verte con una nena igual a la mía! Te aseguro que otro gallo te cantara, en ese caso...

Salieron ambas lentamente...

La muchacha reía esperando el regreso del coche.

Y escuchando la charla incoherente de ese grupo de juventud, pensaba en que éstas desaveniencias no tienen más origen que la falta de carácter...

Casi todas esas lindas chiquillas son cera sin modelar. Tal vez dependa su comprensión de la vida de algún detalle que las emocione, de algún desengaño que las hiera, de alguna frase que les trice el corazón...

Esas madres que sufren en silencio las actuaciones impetuosas de sus hijas rebeldes, son dignas de lástima, pero merecen censura por el poquísimos empeño que las mueve a ubicar su autoridad.

Salió del salón iluminado, una gentil figurita de niña.

—Mamacita, no te veo. ¿Estás ahí?

—Sí, aquí, linda, con un joven... ¿Vamos?

—¡Ah, tío, que gusto!... ¿No tienes frío, mamá? ¿Quieres esta piel? A mi no me hace falta...

Nó, mi hijita, no te la saques, no tengo nada de frío...

—¿Y qué dice de nuevo mi gran sobrina?, vamos a ver...

Siguieron las tres hacia la salida...

Esa chiquilla tan encantadora, pensé, seguramente no será una "flapper", pero si una deliciosa criatura, que hará feliz al hombre que tenga la suerte de elegirla como esposa. La que es buena hija...

Interrumpió mi monólogo mental, la impresión de las luces rojas que iluminaron las avenidas del balneario. ¡Cuánta animación se verá en este paseo durante la fiestas de Carnaval!

Me arrebujé en mi abrigo y seguí pensando, mientras el auto volaba por la Avenida España.

—La que es buena hija...





Índole femenina

La intuición es tan natural en la mujer como el instinto de maternidad, que asume diapasones infinitos, aplicándose desde la fisiología hasta las cumbres majestuosas de la dicha humana que se sienten revestidas por las nieves eternas del dolor.

Este sentido sutil,—la intuición,—es para la mujer un punto de apoyo, o, más bien dicho, un dosel de solidez, nacido espontáneamente para fijar rumbo al inquieto espíritu femenino.

Es como si la mujer tuviera sobre el corazón una flexible lámina imantada capaz de atraer a su sensación comprensiva, las complejidades externas, que el hombre va resolviendo paso a paso con una lógica inflexible y un razonamiento matemático. Jamás las mujeres podremos competir con el hombre en tales cualidades, innatas a un egoísmo consciente que logra centralizar sus facultades, prescindiendo del mundo exterior.

El altruismo es de índole femenina y esto lo comprueba ampliamente su instinto maternal que busca con afán seres ajenos a sí mismo para exteriorizar su sentimiento. Eso no quita sin embargo, el intercambio de cualidades y defectos en los sexos opuestos, donde suelen encontrar mujeres que sólo lo son en el aspecto y hombres viceversa. Las apreciaciones de conjunto difícilmente pueden abarcar el matiz de los caracteres individuales, que están sometidos a tan diversas modalidades: nacimiento, educación, nivel social, etc. Pero apesar de todo, el alma colectiva se deja ver en la manifestación que civiliza.

El altruismo es, pues, la contraposición del egoísmo masculino, eje formidable de sus expresiones dicernidoras, si el hombre usa intuición que se le presenta como la ofrenda de una hada, también la metodiza y la somete a su voluntad inflexible, haciéndola esclava de sus pasiones e intereses. Pero la mujer navega en ella, la respira, la ríe, la llora, circula en su sangre, vibra en sus nervios, se enciende en sus ojos... Y si la inteligencia lleva a la mujer a la comprensión de la necesidad del discernimiento y a la razón "rechaza" su habitual "co-razonada intuitiva," la veremos agobiada y triste, sin encontrar una defensa contra la disolución y el desencanto...

Es bien interesante estudiar en el alma femenina los "medios" de que se vale para perfeccionar su rumbo. Y también cautiva a la investigación psicológica el resultado armónico que producen las modalidades masculina y femenina que logran completarse en un amor bien puesto. ¿Qué sería de la Tierra sin los movimientos opuestos que producen el equilibrio? Esos dos movimientos me parecen genitores de la naturaleza humana: fuerza centrífuga o altruismo; fuerza centrípeta o egoísmo. La lógica de la hipótesis nos afirmaría en la creencia de que los proyectos de progreso en la mujer, para ser eficientes a la armonía, no pueden extralimitar su "ubicación fisiológica." Quizá el mejor rumbo sería ir adquiriendo "con prudencia" las cualidades masculinas, sin tratar de dominarlas y hacer de ellas banderola de guerra, sino para armonizar los caracteres y ayudar mejor a las necesidades de la vida, que exige a una mujer de su casa que tenga el razonamiento suficiente para defender los intereses de la familia...

Siendo intuición, yema de actividad en la mujer, es obvio que debe usarla; pero también es indudable que el razonamiento debe marchar siempre a la vera del ave ideal que tan pronto clava el ala en el azul transpa-

rente de los cielos, como la abate, cubriendo piadosa los yertos estremecimientos del dolor humano.

La intuición resguarda los proyectos, los trabaja en el pensamiento y los realiza, sin saber cuándo ni cómo ni por qué ¡pero los realiza!

Esta sutilísima facultad de la mujer extendida bastante sobre la tierra, es la idea maternal y bienhechora que anima a la masa femenina a defender con el conocimiento y el trabajo al hijo amado.

No sé de mujer alguna que quiera estudiar o trabajar para “divertirse y jugar cachos”. Casi todas realizan una necesidad bellamente maternal: ayudar a los suyos, cooperar al bienestar de la familia y deja de ser un motivo de molestia, una carga pesada que vegeta dentro de la inutilidad y el ocio.

He oído decir a un caballero galante:

—Las mujeres trabajan nada más que para echarse lujo encima... y se ensoberbecen ¡es claro! de su vida independiente.

Guardé silencio, pensando:

—¿Y por qué la juventud que gusta de las galas “y no tiene cómo adquirirlas,” no ha de trabajar para usar lo que es de su agrado? ¿Por qué? ¿Acaso los hombres no “suelen” trabajar para saciar sus apetitos no siempre inofensivos?

Es claro que la mujer que trabaja y tiene lo suficiente para sus gastos personales, por débil que sea, no caerá en la tentación de recibir regalos indecorosos de los galantes señores que apetecen “el ocio y la necesidad” como cómplice de sus proyectos de conquista...

El trabajo femenino va nivelando al plano de la inteligencia mutua “el más y el menos” con que juega Cupido.

Mucho se discute la cuestión “derecho” de la mujer, y se cree vulgarmente que la aspiración femenina es

un acto de antropofagia moral o un envidioso deseo de superar los valores del rey de la creación.

Y nada más ajeno que eso, es la verdadera labor femenina, que, desinteresadamente y con firme perseverencia, trabaja y educa para las generaciones venideras, sin abandonar ni por un instante su misión maternal, antes bien, perfeccionado conocimiento y arraigado hábitos de higiene que han de mejorar el producto de la raza.

Millares de mujeres están reuniéndose bajo ramas diferentes, que pertenecen al mismo árbol, en cuyo tronco está grabado el lema inmortal: "Por Dios y por la Patria". "Trabajan" como las abejas, obscuramente, a sabiendas de que la obra personal no dará brillo a su amor propio. Morirán esas valientes obreras que han emprendido el doloroso salvamento del niño, y quizá nadie recordará su acción personal; pero esa parte bellísima de su corazón, que fué puesto en la labor común, vivirá eternamente, porque será el grano de oro del bienestar futuro, la cooperación humilde al plan maravilloso de Dios.

Pensando en esto podemos bien sonreír, cuando nos ponen en solfa haciéndonos figurar como "la invasión del monstruo moderno"...

Y sin embargo, el monstruo no se revela. Sigue otorgando ideal y poesía al hombre elegido, que, sin transición le exige el dominio de sí misma y trabajo y raciocinio práctico como ama de casa; luego, como madre, le pide sacrificio. Y esto, sin tomar en cuenta la tiranía del hijo que lo exige todo: dolor, prolongalas vigiliass y amor infinito... para exigir luego a esa misma mujer, adherida a su vida, que se desprenda de sus asuntos íntimos y siga siendo madre a prudente distancia... donde no estorbe los primeros vuelos de la juventud naciente.

Sí. El monstruo del feminismo moderno "no quiere

abdicar de su misión": la afronta con todas sus dichas y dolores. Sólo desea perfeccionarla, dando a los hijos, madres activas con la inteligencia educada y el conocimiento generosamente listo a ofrecerse a la familia a la nación y a la humanidad, como un nuevo don de Dios que yacía penosamente envuelto en la crisálida tenebrosa de la ignorancia.

No sólo trabajan en silencio las que sustentan a los suyos y alivian de un pesado fardo al padre anciano... También las que no están urgidas por la necesidad, trabajan por los desamparados, por el niño que se agota en la negra miseria. Defienden en él a nuestra raza, al futuro ciudadano chileno que soñamos sano, fuerte y activo.





Grandes pequeñeces

Es incalculable el número de personas que juzgan de la civilización actual tomando como base cierto desorden social que, en realidad, está restringido a una reducida minoría.

Indudablemente, el movimiento de evolución mundial obedece a propósito de cambio en la naturaleza humana. Existe una ebullición tal en las ideas, que no es extraño ver cómo se revuelven, bajo la cúpula del cielo, mezclándose las cualidades antagónicas, y extendiéndose en grandes manchas heterogéneas. Lo que determinadas personas tienen por un avance hacia el progreso, es calificado por otras como un desventurado retroceso... Las opiniones diversas se hostilizan entre sí, y cada cual desea ver triunfante la suya.

Sin embargo, y a pesar de los aspectos, se progresa. Las pasiones humanas desde que existen han batallado rabiosamente contra la conciencia del hombre. Hoy continúan su iracunda labor sobre nuestros sentidos, que van refinándose al roce de los siglos. Se ha podido constatar este proceso científicamente, a través de las edades. Nuestro rumbo es la perfección.

Ante la obra Divina, nos sentimos perplejos, sin ser capaces de analizar la causa de tantos efectos: pero bien se ve que la labor que nos corresponde ejecutar es sin duda, la perfección individual. Nada avanzamos hundiendo al prójimo en su propia miseria, y en cambio, ayudándolo mejoramos nuestro propio camino.

“Nuestro camino“, que es el de la Humanidad, nos debe ser querido.

La más pequeña mejora en nuestras personales modalidades habrá de beneficiar a los otros. Y “debemos amar al prójimo” como a nosotros mismos. Amarlo, vigilando el pensamiento atrevido que es origen de calumnia y maledicencia.

“Piensa mal y acertarás”, dice un antiguo adagio... Pero vale la pena “no pensar mal”, para evitar la justicia del proverbio, aunque fuese en uno de cien casos...

¡Se piensa, se habla y se da por hecho!

Oh, queridas lectoras, el origen de toda mácula está en el pensamiento: en él se engendra el hecho; y es el pecado en esencia... Con nuestras “suposiciones” mentales estamos vitalizando la falta ajena, dándole energía de nuestra propia vida y fuerza para su desarrollo... ¿Por qué no usar esta misma fuerza y energía en desenvolver en nosotras las cualidades latentes que yacen inaminadas por falta de cultivo?

Sí, estudiar con prolijidad y determinar claramente aquella facultad que estimemos más útil a nuestra vida. Luego, con decisión, desarrollarla Sin titubeo alguno. Lo que tiende a perfeccionar, siempre es un beneficio.

¡Cuántas de ustedes tendrán facultades enterradas en la vulgar vida diaria!

No se necesita de capitales para estudiar, sino de una voluntad decidida. Una sana preocupación llena la vida de atractivos. Se vive con más interés...

¿No es cierto que es mejor dedicar el tiempo a un estudio o a una labor fructífera que a bostezar lamentablemente esperando la hora del paseo, en que por lo general se oye, de boquitas encendidas, el estribillo famoso.

—“¡Estoy *lateada*!”

Una vez en “El Recreo” escuché esta frase a una chiquilla extraordinariamente bonita.

—El tango fué “brutal”... pero después, ¡qué lata, niña, por Dios!

¡Fué brutal el tango! Me pregunto... ¿por qué fué brutal? Y no acierto, la verdad. ¿Cómo una voz delicada de mujercita elegante puede emplear una palabra tan poco... humana para expresarse?

¿No ven ustedes? Hasta en las expresiones se nota el revuelto impulso de la evolución.

Este impulso está en todo. Y ataca en su lado vulnerable a cada cual. Suele verse este fenómeno en los bailes. Las maneras diferentes de bailar ponen de manifiesto el carácter de las personas. ¿No se han detenido ustedes a observar la diversidad de procedimientos con que se baila hoy día? Pero tengan Uds. por seguro que los hombres se fijan mucho en "la manera" de bailar de cada niña. Las aprenden... ¡de memoria! ¡Y las comentan! Sí, pueden ustedes creerme. Yo he oído algunos comentarios, y... Pero, les diré, sólo se trata de evitar "la exageración". Eso se puede. Los mismos hombres dicen que "se puede". El ser moderadas aumenta considerablemente el aspecto artístico. ¡Resulta tan poco elegante esa postura forzada que engarrota a una pareja en una masa compacta!...

Y en cambio, aquellas que bailan "como se debe bailar", para quien las observe, serán siempre elegantes y distinguidas.

El baile, aunque tenga un origen salvaje, es armonía en el movimiento gentil de una muchacha bien educada.

Las modalidades actuales, en general, son una mezcla curiosa de los más variados aspectos. Se hacen prejuicios en los más insignificantes detalles. Anteayer leí en un diario, entre las reglas elementales que deben observarse en la mesa: "No doblar la servilleta al concluir". ¡Y parecía tan natural doblarla! Pero nó. Han cambiado los tiempos; se alborota la buena educación... y la servilleta no se dobla.

Estas pequeñeces que van formando las costumbres en la vida exterior del hombre, nos darán idea de las "otras pequeñeces", las del sentido moral, esas que sufren modificaciones por la ausencia de voluntad en los caracteres. Es tan extraño encontrar un "carácter", porque es difícil llegar a formarlo. Y lo que significa trabajo, casi nunca se intenta.

Sin embargo, es una cosa bien necesaria formarse un carácter. Se necesita en todos los estados de la vida. Y ello constituye la verdadera razón de la felicidad. Tanto en los momentos de alegría como en lo hondo de un pesar, el carácter favorece los acontecimientos y mejora las situaciones: es crisol para el pensamiento, energía directiva de los hechos y tentáculo del espíritu. El hombre que lo posee tiene en sí la defensa de "sí mismo". Sabe combatir y triunfar de sus pasiones, y si sufre, sabe sufrir. Y si goza, sabe gozar. El carácter es medida y juicio, solidez y criterio. Abarca todas las cualidades directivas de un ser humano y lo completa. Adquirir carácter es un triunfo absoluto para la vida, porque con ello se tiene un poder inestimable e inagotable, puesto que su ruta está en el espíritu.

Es necesario no confundir el carácter con el mal genio. Generalmente las personas irascibles o testarudas se figuran individuos de carácter. Pero están muy distantes de serlo. La persona de carácter es sobria y moderada. Mira bien lo que hace y determina con energía y serenidad.

Tanto en el hombre como en la mujer, el cultivo del carácter ayuda a la evolución del plan Divino.

Emerson dice que "los hombres de carácter son la conciencia de la sociedad a que pertenecen".

Desarrollemos, pues, nuestro carácter. Todas tenemos opción. Por muy débiles y tímidos que fuéramos, podemos adquirir la fuerza necesaria a nuestra intención. La

voluntad Divina es generosa y Cristo dijo: "Pedid y recibiréis".

Sin duda, hemos de recibir todo aquello que en justicia corresponde a nuestro esfuerzo. ¡Todo!

Y este cultivo del carácter, amigas mías, está en la zona más rica de nuestro ser. ¡Con ello obtendremos un blanco pétalo de la "Rosa Mística" a que aspira esta mísera y doliente Humanidad.





Voluntad

Muchas veces, ¿no les ha ocurrido a ustedes?, suele sentirse un violento deseo de reposo físico y mental, un deseo vehemente de aislarse del bullicio de la vida, de sus preocupaciones, de su materialidad vulgar, que llena las horas de monotonía... y de tedio. El ánimo ha descendido a los últimos niveles y todo se ve gris y hostil. En tales regiones de ambiente, los males no tienen remedio... Se viven minutos crueles en que no hay más rumbo que la catástrofe o la muerte. Hierde el oído como un eco burlón el ruido incesante del tráfico. Daña la vista tétricamente el paso de unos funerales... o la mascarada de un circo. Se siente aflicción, se llena la mente de pensamientos desgraciados y el desencanto es el dueño de la situación. ¡Oh, cuánto se desea entonces algunos momentos de reposo, de paz, de serenidad! Parece esto algo inaccesible, sobrehumano... y sin embargo, está tan cerca de nosotros, ¡tan cerca!, que solamente un esfuerzo pequeño de la voluntad, un gesto imperceptible, una idea fugitiva, nos varía de golpe el ambiente: sentimos la sensación de estar aspirando todo el éter del infinito, y la alegre sonrisa que había huído vuelve a besar nuestros labios; aquellos males "sin remedio" se disuelven y la vida sigue su rumbo deleitándose en sus actividades.

Habremos de convencernos de que nuestra vida corresponde exactamente al esfuerzo de nuestra voluntad. Si permitimos que se nos desarrolle en la mente la hierba invasora del pesimismo, nuestra existencia habrá de ser el martirio permanente de quien prolonga la

agonía de una asfixia cruel. En todos los instantes viviremos abrumados por desdichas imaginarias, y la felicidad pasará a nuestro lado sin que nos atrevamos a detenerla, pensando que es un "imposible"... ¡Imposible! ¿Y por qué? ¿Acaso "nuestro padre que está en los cielos", no ha creado el mundo para nosotros, que lo habitamos? Las fuerzas misteriosas de la inteligencia divina presiden esta existencia humana; y vemos que la ley de Dios es de una sabiduría infinita: toda acción es creadora de una causa y ésta va seguida del efecto correspondiente. Sobre este telar maravilloso borda el hombre con su voluntad y libre albedrío las modalidades de su vida. Aquel que respeta sus aspiraciones y las compenetra lealmente en el santuario de su alma con aquellos atributos que Dios ha puesto en el hombre "a su imagen y semejanza", realizará indudablemente sus deseos y con ellos habrá efectuado esa comunión íntima de Dios y el hombre, de que nos habla con tanta luminosidad monseñor Bougaud en su obra "El cristianismo y los tiempos presentes".

La voluntad, potencia divina, existe en el hombre como en Dios. Es la misma. Unicamente que en Dios es infinita. De su fuente viene a nosotros. Pero sucede que casi nunca la usamos. No nos percatamos del tesoro que poseemos; y abandonamos este poder entregándonos de lleno a la debilidad versátil de nuestro cuerpo físico. Dejamos que nuestras pasiones, ciegas, sigan el rumbo de sus apetitos y teniendo en nosotros mismos la fuerte y poderosa Voluntad, herencia Divina, ni siquiera pensamos en utilizarla, para mejorar y evolucionar nuestras vidas.

Sabemos que en nosotros se derrama el poderoso espíritu de la naturaleza, compenetrándonos y ofreciéndose generoso a nuestro desarrollo. Sabemos que el espíritu omnipotente del Creador nos envuelve con su influencia y determina los acontecimientos de la

vida universal, en que todo está regido por leyes inmutables. La suerte, la casualidad, lo imprevisto, toman su puesto en la creación, como causas y efectos que nuestros sentidos no podrían analizar.

Los sentimientos humanos obedecen al teclado de nuestro ser y armonizan bajo el poder de Dios. No hay nada que indique más claramente esta obra de la divinidad, que el amor. A veces parece extraño un afecto que se desarrolla en la forma más imprevista, sin que nada lo hubiera indicado, ni la afinidad, ni el esplendor de la belleza. Pero hay amor. No es el cálculo ni la convicción... Es simplemente "el amor": una fuerza poderosa que invade los sentidos corporales, arraigados en la tierra, que estalla en flores mientras sube y que Dios ilumina y engrandece mientras desciende a coronar su obra.

Lo que nos hace vivir y morir, ese ser increado que mora más allá de las nubes de nuestra idea, nos ha donado paternalmente "una varillita de virtud": la voluntad, que es el timón de la vida, lo que controla las cualidades efímeras o los méritos fugitivos, lo que indica solidez y fuerza inteligente, aquello que determina en el hombre la formación del carácter.

Sí, la "voluntad" es el cimiento del edificio.

Ya Uds. saben, mis queridas lectoras, que la fé es esa extraordinaria fuerza que cura a los enfermos, resuscita a los muertos, y... según el poeta de las "doloras" "transporta las montañas"... Pues bien, la fe, descrita por un gran pensador, es: "la voluntad sin mezcla alguna de duda".

El carácter, pues, para formarse, necesita una metódica educación de la voluntad, es preciso dominar la imaginación.

Estrechar la idea, y analizarla severamente. No permitir que la palabra se haga eco de las miserias pasionales que nos llenan la vida. Hacer un sólio en que ha-

ya un juez rígido: la conciencia, y obrar conforme a sus fallos. Habitúanse a reflexionar y tomar resoluciones para cumplirlas. Si algún acto de nuestra existencia, visto a la luz de la verdad, es "malo", tener el valor de borrarlo "para siempre", aunque se hubiera de pasar por el Huerto de los Olivos. En el caso de que la voluntad no se desarrolle tan luego, es menester no desesperar. ¿Por qué? Dios está con nosotras. La misericordia infinita se mezcla a nuestras células, escucha los latidos del corazón y controla los esfuerzos. No pensemos nunca que estamos solas. Nubes inmensas de invisibles alas acompañan nuestro calvario y se interesan en nuestra lucha con las pasiones.

Cuando una sonrisa encuentra otra que le ofrece lealmente un afecto, un consuelo, una alegría... habrá en el misterio que nos rodea más de alguna alma que nos tienda su simpatía. La amistad sincera es de tal modo selección de espíritu, que Jesús de Nazareth nos dió un ejemplo de ella en la ternura inefable conque resucitó a su amigo Lazaro.

Eduquemos con determinación nuestra voluntad, y mediante ella tendremos carácter. Lo iremos formando lenta, pero seguramente.

¿Hay algo que disuena en nuestra conciencia? ¿Algo doloroso que cuesta mucho arrancar? ¿Algo que lleva fibras del corazón? Sacar a flote esa voluntad humillada que se moría en un desván del alma. Sacarla y usarla. La herida manará sangre y el dolor nublará los ojos de lágrimas amargas... pero, ¡es tan hermoso ese triunfo de San Jorge contra el Dragón! Parece que la vida sonriera sobre la Humanidad cuando un hombre ha vencido la tiniebla y puesto un airón de luz en la cimera de su casco!

¿Creen ustedes que no vale la pena formarse con el trabajo y el esfuerzo moral algo tan útil y grato al hombre, como es el carácter?

¡Sentirse fuerte al lado del compañero de su vida! Saber que hay algo que vale en nosotras, algo que no es la belleza, ni la juventud, ni la elegancia. Poder decirse así misma: “¡Yo soy yo!”

Saber que siempre y en todo momento tenemos con nosotras una fuerza inconmensurable que sabemos usar. Una fuerza que podremos aplicar a todos los actos de nuestra vida y que será protección para el desarrollo de aquellos que de nosotras dependan. Y salvaguardia para nosotras mismas.

Esa es la “Voluntad”, la yema de Dios mismo que está en nosotras y que puede desarrollarse fuerte y lozana, si tenemos el valor de labrar el terreno en que crece, sin arredrarnos el abrojo que hiere nuestro pie, ni la fatiga que nos abate el ánimo.

La Voluntad, base del carácter, es de una capital importancia para los pueblos: transforma la indiferencia vegetativa en actividad. Y el ambiente helado del pesimismo se caldea al fulgor de radiantes esperanzas crecidas en las regiones inteligentes de la Razón.





Bola de nieve

Evitando las avalanchas de la calumnia y la murmuración, se salvarían muchos seres inocentes de la desgracia de vivir emparedados por un juicio injusto que les quita la opción a la vida serena. Juicios que, tomando cuerpo, proyectan sombras de generación en generación. Y a fuerza de extenderse en el cuerpo social, cual manchas de aceite, van elevándose ante los ojos de los débiles, como ejemplo de impunidad, como los hechos que “no deben ser tan tachables cuanto hay tantos que los están cometiendo diariamente.”

La comprensión exacta de la responsabilidad personal ante el comentario de lo ajeno nos llevaría a medir nuestras expresiones y a evitar “la malignidad del silencio que aprueba con sonrisa enigmática”... Tales silencios pueden ser interpretados en la forma más hiriente para la víctima: y aún su perverso vacío podría servir de cuna a la calumnia villana.

Lo que se da en llamar “público y notorio” parece ser un sistema estudiado para que no falte combustible a la hoguera. Con tal expresión se discute “la propiedad de un derecho:” ¿Por qué no lo he de decir yo “si todos lo dicen?”

Ya ven ustedes, que esto es una paralogización. Si en vez de la honra, se tratara de la vida de una persona, que, condenada a muerte, debiera recibir hachazos del pueblo en masa, como en una ley de Lynch, ninguna de nosotras querría tomar aquella hacha, ni aun mirar ni aun oír el rumor horrible de la matanza. Sobrecogidas de pavor, sentiríamos indignación de la crueldad huma-

na, y tal vez descendería a nuestros labios secos de angustia la frase de Jesús: "Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen."

Y estos linchamientos se están produciendo siempre. Es un "motivo" de la vida usual el pelambre. Pero, evidentemente, nunca hemos pensado lo que significa semejante pasatiempo social; ni nos hemos detenido a calcular el número de personas que nos habrán debido directa o indirectamente la desgracia de toda su vida.

Ya conocen ustedes el proceso de los decires: la bola de nieve...

Entrando al teatro:

—¿No sabes? Parece que la María se va a Europa.

—¿Sí? ¿Sóla?

—Sola, ¡claro! Pero he oído decir que también se irá Luciano...

Después del five o'clock:

—¡Pásmate, la María se va a Europa con Luciano...

—¡Qué bárbara! Ya perdió la vergüenza...

—¡Mira que es pervertida!

Ante del vermuth:

—¡Ese Luciano sí que es audáz!

—Mucho, porque al fin y al cabo una mujer tan bonita como María le va a dar trabajo. Es una viudita preciosa. Y él que es celoso...

—Además, él es casado y con hijos...

En un té de señoras:

—Lo que hay de cierto es que la tal María es una sinvergüenza. Parece que Luciano no puede perderla de vista...

—Luciano debiera pensar en su pobre mujer.

—Pero nó, solo piensa “en ella“. Ahora se ha sabido que no es “esto“ sólo...

—¿Hay más?...

—A mí no me agrada hacerme eco de estas cosas. ¡No me pregunten nada, por favor!

—¡Ya decía yo que “tiene toda la pinta“...

Más tarde:

—Se ha sabido todo lo de la María. No sólo es la cuestión de Luciano, hija mia. Es con todos... ¡Lo peor!

—¡Qué me cuentas!

—No lo repitas, pero te diré, es tan escabrosa la historia, que parece novela.

¡Desde que vivía su marido!... ¡Un horror!

Y la víctima no ha oído decir nada y a Luciano lo conoce solamente de vista.

Es una mujer buena que está poseída por el defecto de soñar despierta.

No tiene bastante dinero para viajar, y riendo a la ilusión, dijo un día con toda seriedad, una verdad muy grande.

—“Tengo deseos de irme a Europa“.

Sí, tenía deseos de viajar, pero no podía hacerlo...

Esa frase “fué origen“ de su mala reputación...

Hoy día, injustamente, “la califican mal pero la reciben bien.“

¿Por qué? ¡Vaya Ud. a saberlo! De tales contradicciones está hecha esta vida ficticia... Y quien reclama... ¡pierde la partida!

Si de la injusta sospecha pasamos al comentario absolutamente veraz, llegaremos a la conclusión de que el hacerse portavoz de hechos delictuosos no es un oficio digno de gente culta, ni puede beneficiar a nadie el escarnio de la falta ajena. Además... no es cristiano, ni humano, hundir a aquel que se está ahogando...

El evitar el comentario de “lo que los otros hacen“

sería como desmalezar los jardines del alma para dar acceso a sentimientos útiles de amor al prójimo, solidaridad, auxilio mutuo, modalidades que despertarían mejores actividades, gustos selectos, y la atención desviada de la lacra del vicio buscaría otros rumbos. Todo en la naturaleza se transmuta...

La sociedad, poco a poco, se sentiría mejor sin "ese descenso al fango" que inutiliza las charlas de salón.

La gente peladora iría quedando rezagada a un término despectivo de personas ignorantes y malévolas. Las reuniones sociales cambiarían su aspecto: se sentiría un ambiente de alegría sana, y de hecho se elevaría por sí sólo el nivel de la cultura social.

Esta obra de "guerra a la maledicencia" es de regeneración mundial. Y de conveniencia universal. ¡Cuántos hogares han sido destruído por la calumnia! ¡Cuántos suicidios ha producido la malevolencia del comentario! ¡Cuántos negocios ha hecho fracasar "un rumor emponzoñado!..."





El “Seny” de Cataluña

A propósito de la innovación que no hace mucho se introdujo en España, dando entrada en las corporaciones públicas a las mujeres, hace notar Valle y Pujals, el caso extraño de que las mujeres designadas para representar a Cataluña, no son catalanas. Y atribuye este hecho simplemente a que no se han encontrado “ejemplares” que se hayan destacado lo suficiente para asumir tales responsabilidades.

Nos dice el articulista que en Cataluña no pueden escribirse biografías de mujeres célebres, ni siquiera de notabilidades, porque los catalanes no han tenido bajo su cielo intenso, “ni Judits, ni Esteres, ni Cleopatras, ni Berenguelas, ni Teresas de Jesús, ni Juanas de Arco, ni Julietas, ni Rosalías de Castro”, sino mujeres que sólo han sido “mujeres” y sabido serlo.

Según las aseveraciones del escritor barcelonés, la mujer catalana ha alcanzado un elevado coeficiente moral, en el conjunto, lo que constituye un verdadero triunfo femenino dentro de los ideales de la perfección mundial.

Suele suceder que en las sociedades disparejas, florecen los méritos como hermosas flores que, por escasas, pueden destacarse. En Cataluña, el campo femenino “es un vergel florido”. No resaltan valores porque la savia colectiva es fuerte.

Indudablemente que uno de nuestros grandes defectos es un amor propio “extravagante”, que nos lleva a rehusar los éxitos medianos porque nos hostiga el deseo de superar a los demás. El amor propio es, por cierto, muy útil si se usa con discreción. Es como la

estricnina, que en pequeñísimas dosis tonifica, y en mayor cantidad, mata. Para librarnos de tales debilidades, es preciso saber mirar con verdadero amor el progreso colectivo, dándonos cuenta de que nuestra obscura actuación es necesaria al edificio total.

Si todas pretendiéramos “destacarnos“, estaríamos en un caos, Nivelarnos: he ahí el ideal. Los corazones o inteligencias que sobresalen—ya que nuestro progreso, difiere del que obtiene por totalidad, la mujer catalana—en nada pueden perjudicar nuestra propia acción. Los cerebros privilegiados que dan pábulos a la admiración y al entusiasmo, son ejemplos de belleza, que educan y estimulan. Todo es belleza en un cuadro de perfección y cada accesorio contribuye al efecto del conjunto. La gota de agua dentro del océano puede decir: “yo soy el océano“.

La mujer catalana ha hecho pues, su obra, sin el mórbido y vano prurito de “destacar sus méritos“, con lo cual ha logrado vergeles de alto nivel, que dignifican razas y pueblos.

Según el aludido escritor barcelonés, hay una similitud de aspectos entre la mujer catalana y el soldado desconocido: el valor y la virtud, generalizados en la masa popular. Nos habla de un vocablo catalán que, como el “saudades“ portugués, no tiene traducción precisa: “seny“. Este sonido expresa “juicio, equilibrio, ponderación, ecuanimidad, justeza en el razonamiento, comprensión clara...” Ansias March, un poeta, en sus “cantos de amor“ no alude a la belleza física de su dama, por considerarla apagada por la hermosura de su constitución moral. Y dice de ella que “está llena de Seny“.

La mujer de Cataluña es origen de buenas costumbres. Y siendo “bella de cuerpo y heredera de las formas griegas“, ha podido hacerse estimar por aquello

que sobrevive a la juventud y a la muerte: el valor moral.

Hay indudablemente un carácter adquirido en ese pueblo, en que no hay cumbres para ampliar los campos fecundos que olvidan límites.

El señor Valle y Pujals, observando de cerca las modalidades de la fuerte mujer catalana, señala el detalle importante de que, la influencia sobre su teatro está del lado del coloso noruego, el gran Ibsen y del espiritualista belga Maeterlink. El teatro francés no ha llegado a interesar la mentalidad catalana, que no ve en las pasiones mórbidas sino motivos reales de justificación inverosímil. Algo del dominio intelectual, cuya belleza ambigua no impresiona.

Es bien curioso. Valle y Pujals, en su devoción ardiente por las serenas mujeres de su tierra, dice que hay un episodio bávaro que siempre le ha hecho pensar en el alma femenina de las catalanas.

He aquí el episodio, a grandes rasgos:

Fué en el castillo de Weinsberg. Luchaban el emperador Conrado II gibelino, y su contrario, el guelfo de Baviera. Aquel puso cerco al castillo de Weinsberg y le obligó a capitular. Por un sentimiento caballeresco, estipuló que los hombres quedaran prisioneros, pero que las mujeres fueran libres y que salieran con todo lo que pudieran llevar encima. ¡Cuál no sería la sorpresa del emperador al ver que cada mujer salía... llevando a su marido a cuestas“.

Luego, Valle, dice así, a la letra: “No sé por qué me figuro a aquellas mujeres, muy semejantes a las catalanas“.

Yo le diría: “Señor Valle y Pujals, Ud. las ve así, porque ha sabido mirarlas con cariño y sin prevención, levantando las excelencias de sus cualidades como un fuerte estímulo para la raza“.

Al morir el jefe de una familia instituye a su espo-

sa "Señora y Mayora", título eminentemente catalán, orgullo de Cataluña. Y gracias al conferimiento de tal dignidad, la familia, a la muerte del padre, no sufre desmedro y continúa el hogar con la misma eficiencia y cohesión que tenía antes, sin necesidad de liquidaciones comerciales, que hacen aparecer el vínculo matrimonial como un contrato de mercachifles, en que los que quedan se disputan a los ojos de la madre los haberes del muerto. En Cataluña la madre sigue sosteniendo el hogar íntegramente y es dueña de repartir los bienes, según la conducta que para con ella hubieran observado los hijos.

La legislación de Castilla prohíbe tal procedimiento. Pero las mujeres de Cataluña, fuertes y modestas, han hecho Patria y paladines, que levantando sus voces, hablan al mundo de "la doncella catalana llena de seny" y de la casada "mujer leal".

Las labores de educación cultural, emprendidas con tanto éxito últimamente en este puerto, nos dan opción a emparejar nuestros valores, lo que constituye el mejor de los éxitos en el sentido de cooperación.

No necesitamos que los países extranjeros sepan que tenemos en Chile "algunas" poetisas, novelistas, periodistas o profesionales. Nuestra labor va más allá. Queremos que se diga que "la mujer chilena es ilustrada y culta". En esta campaña, cada una de nosotras puede cooperar modestamente a medidas de sus fuerzas. Y con el sostenimiento de instituciones serias y prácticas cuyo rumbo es cultivar el carácter femenino y fomentar ciencias y artes, que embellezcan y refinen la educación de la mujer, creo que vamos marchando rápidamente a un decidido mejoramiento social.

"La Unión Femenina de Chile" avanza día a día en sus trabajos; y ya resulta una conveniencia para las mujeres, el conocer de cerca la labor de esta institución, recomendable por el vasto radio que abarca en

el cultivo femenino, y el decidido apoyo que presta a sus miembros ayudándolas con los conocimientos necesarios para ganarse la vida.

Lamartine decía—y quizá muy ¡sinceramente—que “en el origen de toda grandeza, hay siempre una mujer”.

Eduquemos muchachas que puedan dar origen al tiempo de oro de nuestra querida Patria.

También las mujeres chilenas tenemos opción a desarrollar bajo este cielo el admirable “seny” de Cataluña.





Conversaciones...

Lala, con su elegante "ensemble" gris y verde parece menos delgada, pero seguramente está mucho más bonita. Con su frente pegada a los cristales mira llover... Me figuro cómo estará funcionando la máquina de su filosofía...

Crujen agradablemente las maderas al quemarse en la estufa del "hall" y se puede escuchar una música extraña formada por catorce voces que hablan a la vez, en diferentes diapasones. Se arrebatan la palabra y los temas fugitivos pasan sin dejar huella.

Pero siempre, en estas reuniones en que no se tocan los motivos desagradables, suele presentarse algún caso emocionante, problemas que apasionan por los aspectos multiformes que los caracterizan.

Un nombre de mujer pasa de boca en boca, como el fruto del secreto, envuelto en un murmullo compasivo.

—¡Qué triste! ¿no?

—¡Ah! ¡si es espantoso!

—¡Horrible!

—¡Después de veinte años!...

Se refiere por una "relatora" de ojos verdes y labios rojos, el increíble "affaire" pasional. En el período culminante alguien modifica la intención de la historia, con lo cual toma un carácter de notoria crudeza...

El reloj, pausadamente, con voces broncas, canta seis campanadas. Y entra Tinita en "toilette" de lluvia.

—Mamá, me voy al biógrafo... déme plata...

—¿Y los diez pesos?...

—¡Bah! ¿Los que me dió anteayer?... ¿Como quiere que...

Y entre tanto la charla de gran calibre hace erupción:

—Sí, adulterio y adulterio. No porque es hombre había de...

La dueña de casa, Lucila, les advierte:

—Cuidado, por Dios, miren que está aquí Tinita.

—¡Ah! linda, qué mona estás, ¿dónde vas a ir?

—Al “Camino de la carne”... Se me está haciendo tarde... Hasta luego... ¡A la francesa!

Y sale como una exhalación.

—¡Clota, avisa al chofer que voy a bajar!

Una de las del corro se dirige a Lucila:

—Y tú haciéndonos callar...

—Claro, pero si estaban Uds. hablando cosas bastante impropias...

—¡Ah!, ¿sí? Y sin embargo, puedes mandar a la chiquilla “al camino de la carne”...

—Bueno, pero en biógrafo es muy diferente la cosa...

—¿Has perdido la cabeza, Lucila?

—Mira, por favor, no me digas nada... Si tú tuvieras hijas grandes verías si se las puede sujetar... Además ya estoy cansada de ver que el letrero de “no apropiada para señoritas”, corresponde a películas que no tienen nada de particular.

—Yo creo que es tu deseo de lavarte las manos como Pilatos, lo que te sugestióna.

—Y al fin y al cabo hay otras cintas peores que ésta en sentido moral... Es el nombre lo que alarma... Yo no la he visto... Enrique me la contó, así, a la ligera. Dice que la culpa del marido es menor que la de la mujer, que no se sabía vestir, ni tenía el menor cuidado de su aspecto... ¡Claro, el pobre hombre quedó K. O. a la primera seducción!

—¿Eso dijo? ¡Qué curioso!

—Sí. Y agregó con muchísima intención, porque yo estaba algo a la “negligé”: “Mujer compuesta, quita al marido de la otra puerta“...

—¡Qué gracioso! Ya ves, te lo advierte caballerosamente...

—Pero, es tan bueno Enrique. Nunca sería capaz de... de nada.

Todas rieron bulliciosamente, y Luisa, con un gesto picaresco me dijo:

—Resulta que esto es un cuento de almanaque, Isabel. Enrique, desde tiempo inmemorial es el primer peine de Valparaíso y “ciudades adyacentes“...

Lala está entonando románticamente la dulce Melodía de Mendelssohn “Où s’ent vont mes rêves“.

Hay una honda emoción en su voz delicada que detiene los comentarios. La escuchamos en silencio sintiendo que la música y la palabra invadían de lleno el corazón:

“Quand l’amour est loin du coeur, la vie est absente“...

—¡Admirable! ¿Quién es el poeta?

—Adolphe Larmande.

—¡Precioso el verso, hija mía, pero... no es práctico. Pocos son los que llevan el amor en el corazón. Generalmente va en el bolsillo...

—¡Por Dios! ¡Qué barbaridad! ¿Cómo puedes decir eso? Ahí tienes la sucesión de dramas pasionales que ocurren frecuentemente...

—Un momento, dice Lala. Pero dejemos establecido que en los dramas clandestinos no entra casi nunca el amor.

El amor es algo de tal manera noble y divino que nunca desdeña el sacrificio para probar su buen temple. Y si llega a deslizarse en una pasión, encuentra fuerzas para reaccionar y redimir un sentimiento que siempre ha de ser puro.

—Mira, Lala, cántanos algo, mejor. No te esfuerces en catequizar... O más bien, ven; siéntate aquí, comodamente; en este sofá cabemos cuatro. Tenemos en tabla algo "bien original": dos señoras jóvenes, bonitas, elegantes, que se discuten una manzana... del cercado ajeno.

—¡Por favor! Déjalas en paz. ¿No tienen otro tema mejor?

Un grupo de señoras prepara una mesa de bridge.

—Y Lala exclama:

—¡Oh, salvador de la ajena reputación, ¡yo te saludo!
Y escapa a formar el cuarto.

Las conversaciones se reparten y es divertido escuchar frases sueltas:

—Sí, el mismo peso de los huevos, en mantequilla, azúcar y harina. No lleva Royal.

—...Aprovechando mi abrigo beige del año pasado y un brochado de plata muy lindo, que era de mi mamá...

—¡Ah, claro! No hay nada más lindo ni más agradable que manejar un auto, ¿no es cierto? El otro día me fuí sola al Retiro... por pasear...

—Yo me curé del gusto por los malos libros, leyendo a Ricardo León.

—Se mezcla sin amasar. La cuestión es el horno.

—Dime, por favor, qué te dijo Carlos, ayer, en la comida...

—Te diré... me interesa... por una cosa... después te digo...

—¡La cosa más divertida! Hemos gozado... No te figuras lo estúpido que es el tal fulano.

—¡Las ocho!

Gran movimiento. Algunas se van. Otras permanecen quietas, jugando.

Lucila exclama:

—No se vayan. Aquí llega Enrique...

—Es imposible...

—No, no, no... Hasta luego...

—Saludos...

—A tu marido...

—Gracias. Hasta luego.

Dos elegantes señoras pasan junto a mí, hablando a media voz:

—¿Te fijaste? Lala también se quedó...

—¡Claro! Son ilustraciones "de amor puro". Y el pánfilo de Enrique se creará que nadie sospecha...

Volviéndose a mí:

—Buenas noches. ¿Quiere irse con nosotras?

—Gracias. Voy por el camino contrario...





¡Los hombres de mañana...

La atención decidida en una semana del año, sobre el desarrollo, educación y cultivo de la infancia, es y será un auxiliar poderoso que ha de conducirnos al convencimiento de que en el niño está nuestro porvenir. Cuando esta idea se haya hecho fuerte en nuestra indolente mentalidad, veremos sus frutos como un buen éxito patrio que habrá de enorgullecernos.

¡Cuántas sensaciones diferentes sugiere la incógnita de un cuerpecito menudo, suave, exquisito, que duerme en brazos de su madre!

Divagando, el pensamiento busca por los senderos del ensueño a las hadas luminosas de los cuentos azules, imaginándolas cargadas de ánforas preciosas de donde se derramarán como flores de sol dones del alma y valores humanos, plasmarse en la existencia del nuevo ser que inicia su vida.

¡Qué pequeño e indefenso es el hombre al nacer! Es una bellota pequeñita que promete una encina... una miniatura hecha de rosas... que mañana será un soberbio atleta... un copito de inocencia que se desenvolverá en un filósofo. ¡Qué extraña emoción produce el misterioso porvenir frente a una cuna en que duerme "el hombre de mañana". Esas manos diminutas que se agitan como pétalos movidos por la brisa, ¿galzarán una Hostia Santa de paz y amor? ¿levantarán el arma frente al majestuoso tricolor? ¿manejarán la pluma o el pincel? devolverán la salud al cuerpo abatido? ¿serán manos piadosas o dominantes? ¡quién puede saberlo! Pero hay algo... algo sutil que presiente: la intuición. Y qué fe-

lices nos sentimos al besar esos finos deditos mientras una convicción suprema nos invade el alma: esas delicadas manitos serán bondadosas, honradas y gentiles...

El alma sale a la vida por la mirada del niño, ¿no es cierto? Sale como dos estrellitas dormidas... Durante ese dulce sueño en que la vida del hombre es el desarrollo de una flor maravillosa, la madre vigila, siendo la primera que ha depositado la ofrenda de dolor y sacrificio en la cuna de su hijo, con una sonrisa radiante de amor, sonrisa inefable que, durante el curso de la vida y más allá de la muerte, será luz y bendición.

Pero el niño, puesto que es cimiento del porvenir, necesita ser fuerte y experto en la lucha por la existencia. Necesita abrir sus ojos llenos de candor, para recibir el sol del conocimiento. En sus primeros pasos vacilantes, debe encontrar apoyo y rumbo.

¡Apoyo y rumbo! He ahí el problema más hondo de la vida... Y cuánto hemos progresado a través de los siglos, redimiendo de la crueldad y esclavitud de las costumbres el alma blanca del niño, cuyos ojos verán el porvenir.

Ciertamente en los juegos infantiles se laboran las almas gigantescas. En esos juegos despiertan las tendencias y se inician los caracteres.

Se dice que el duque de Wellington, observando los juegos guerreros de un grupo de niños, expresó sonriendo esta frase: "Allí es donde se ganó la batalla de Waterloo".

Y es verdad, en el niño está el hombre que mañana ha de ser un constructor de civilización o de pedrusco que obstruya la senda del éxito.

De ahí la necesidad imperiosa de estudiar cada día con más empeño la mejora del cultivo humano... El único que hasta aquí no ha recibido la atención que a su valor corresponde.

Las plantas, los animales, las aves han merecido

mundiales preferencias en su cultivo... pero el hombre, que llega al mundo como un fardo, sin poder valerse por sí mismo, apenas ha recibido la científica dedicación que merece...

Aprovechemos, pues, estos impulsos de verdadero progreso, poniendo alma en la tarea de maternizar conscientemente a los hijos propios o ajenos, realizando en ellos un ideal de perfección para la raza.

Y desarrollemos más y más la paciencia para responder siempre a las constantes preguntas de estos seres pequeñitos que llegan a la vida ávidos de curiosidad.

—¿Por qué los canarios siempre están en jaula y los otros andan volando?

—¿Por qué mi mamá lloró cuando se murió el cuchito y no llora cuando le dice a la cocinera que mate una gallina?

—¿Por qué es feo mentir y ayer mi tía le dijo al mozo: “si viene un señor gordo de anteojos, a buscarme, dígame que no estoy en casa“?

—¿Por qué es malo robar y mi mamá se ríe de gusto cuando le saca a mi papá cien pesos de la cartera, mientras él está en el baño?

—¿Por qué es buena educación decirle “linda“ a una señora horrible y decirle que tiene gran entendimiento a un señor a quien mi papá le llama un pobre diablo...?

—¿Por qué mi papá y mi mamá pelean y se dicen insultos cuando están sin visitas y en cuanto llega alguien se dicen “mi hijito“ y “mi hijita“?

¡Paciencia! Estos niños llevan en su inocencia demasiada sabiduría comprimida... ¡Cuánto nos enseñan sus crueles observaciones!...

Lo peor es, que, a veces, ¡no preguntan... pero toman nota! Y eso es peor.



Divorcios de Almas

¿Quién no ha leído el “Quo Vadis?” de Sienkiwicz? Ligia y Vinicio, esos interesantes personajes de la novela, figuran en idéntico carácter, aunque con nombres diferentes, en la obra teatral “Neron” de Cavestany.

En estrofas luminosas, llenas de vida y de pasión, se cruzan las ideas de esas parejas, que, en pleno amor no siente la armonía de la misma creencia, ni el encanto de un mismo ideal.

Vinicio, apasionado habla de su amor pagano, del placer voluptuoso y exquisito, que enciende sus pupilas al detenerlas en los serenos y purísimos ojos de su amada...

Habla... habla como saben hablar aquellos hombres que hacen de la belleza una religión y del placer un rito.

Pero, no puedo resistir al deseo de transcribir a Uds. algunas de las emocionantes estrofas con que Ligia responde a las amorosas palabras de Vinicio:

“—Oye, como queremos los cristianos...
“Si eres feliz, no pienses en que te amo;
“pero si alguna pena te entristece,
“si el golpe del dolor te hiere un día,
“piensa que tu dolor me pertenece,
“que yo te quiero... y que tu pena es mía!”

¿No es cierto que son preciosas estas estrofas? A mi me deleitan. Las encuentro tan perfectas al oído como al corazón.

Y son una enseñanza al alma. Ese amor cristiano irra-

dia sensaciones tan profundas y convincentes, que atraen a Vinicio hacia la luz divina.

Si en todos los matrimonios hubiera un poquito de ese amor recíproco, ya podríamos burlarnos de la desdicha. Pero, desgraciadamente, aunque haya amor, suele no haber expansión, suelen encastillarse las almas y no combatir la vida. Se vive bajo el mismo techo, se habla de cosas fugaces, sin importancia capital. El marido tiene sus asuntos particulares que le preocupan. Pliega el ceño y enmudece.

Si la mujer pregunta algo para hilvanar un diálogo, él responde a prisa y lacónicamente...

La mujer no sabe si es que sufre o si está molesto con ella por algo...

—“¿Por qué puede ser?”

No se atreve a preguntárselo. ¡Está tan serio, Dios mío!

Hay algo muy sólido, muy denso, que los está separando día a día... ¡Es una muralla china!...

En los ojos de ella suele haber lágrimas, que trata de ocultar...

El lee el diario a horas de las comidas.

Y la mujer, tan sola, tan amarga, ya nunca ríe. El piano está en silencio y él se acuesta muy temprano, cuando no llega demasiado tarde a casa.

Después de serias reflexiones, ella inicia valerosamente una conversación. Con sonrisa nerviosa, trata de embromar... Quiere saber algo de él. Es su marido y quiere ser su compañera. Si él sufre, ella tiene derecho a la mitad de ese pesar... Quiere ayudarlo, quiere acariciar su frente, besar su cabeza cansada, como si fuera su madre... Quiere ser todo para él. Se siente inteligente, se siente fuerte, ¿por qué, pues, no ha de combatir sus preocupaciones? ¿Por qué no han de realzar juntos la vida?

Pero todo esfuerzo resulta inútil. El hombre no tie-

ne fe alguna en su mujer, "porque las mujeres no entienden de cosas serias"...

Y el abismo entre ellos se va extendiendo rápidamente. Se está produciendo en cada detalle de esas vidas una causal para esos horribles divorcios de almas... Y hubieran podido ser felices, muy felices... Pero ¡es tan hondo el prejuicio que anima a ciertos hombres con respecto a las mujeres! "Son frívolas, son muñecas de adorno... nada más!"

Y no se dan el trabajo de conocerlas, de apreciarlas... de educarlas, si fuera preciso! Las abandonan dentro del hogar sin pensar que están tocando a muerto para el entierro de la felicidad...

Hablan, como aves de paso; a veces sonríen, no se sabe por qué... Mascando un habano se pasean sin verlo que hay a su alrededor...

Si existe un negocio de por medio, él le dice a su mujer:

—Búscame "El Mercurio" de tal fecha y déjalo en mi dormitorio.

—Mira ¿para qué es?

—Lo necesito.

Y toma su sombrero y sale.

Es un pensionista, verdaderamente.

Pasan los años; y ella que ha llorado sola, que ha pensado sola, que ha sufrido sola, tiene seca la sonrisa. Planta sin aire y sol, muere.

Sólo queda una mujer sin ningún afecto cultivado. Ha intentado muchas veces producir el encanto de la confianza. Palpitante de esperanzas, se ha ofrecido para copiar algo, "si él quisiera"...

¡Nada! No consigue nada. Y ella lo quiere, sin embargo. Lo quiere, como que es su vida. Lo quiere, lo quiere y lo quiere... Pero se estrella siempre en esa reserva fría que la aparta sin piedad de los anhelos, de los esfuerzos por el buen éxito de los triunfos consecui-

dos, que debieran ser en justicia la yema del matrimonio. El marido con este triste proceder va trabajando diestra y seguramente en la destrucción de su hogar...

Después de una vía crucis de desengaños, la mujer, decepcionada, empieza a fabricarse su vida aparte... Pasea, se divierte. El hogar, frío y triste, llega a ser un punto convencional de reunión... Hasta las amistades del uno, son diferentes de las amistades de la otra...

¡Y hubieran sido, tan dichosos!

En el matrimonio, la verdadera felicidad es la expansión, la confianza mutua. El convenir juntos las graves determinaciones, el cooperar cada uno con su esfuerzo personal al bienestar común. El ambiente de armonía despega los cerebros, y en muchas ocasiones la mujer, aunque no sea una técnica en negocios, destaca ideas brillantes que, puliéndolas, serían triunfos.

Es, sin discusión, una enorme fuerza, la abnegación en la generalidad de las mujeres; pero cuando no encuentra terreno para desarrollarse se produce una transmutación al egoísmo... ¡Es tan humano! ¿No es cierto?

Y en momentos de cólera exclama:

—¡No sufriré más!...

Los enemigos del alma dan batalla enconada a la escasa defensa, que suele tener débil la inteligencia y dudosa la religión. ¡Batallas amargas, en que siempre hay heridos y muertos!

Y el hombre, ese marido, que es trabajador y honrado, de buen natural, como suele decirse, ha desencadenado su propia desgracia por desidia, por "indiferencia", porque cree de muy buena fe que la mujer es un objeto... un objeto, caro, nada más.

Difícil es el buen éxito en la conquista de esos caracteres helados y sombríos; pero es necesario siempre intentarla. El detalle agradable, el encanto de las atenciones, el hechizo de la alegría...

En los esfuerzos iniciales habrá lágrimas dentro de la risa... Pero los primeros pequeños triunfos llevan confianza... y ya ustedes saben... cuando una mujer se propone... y se propone algo bueno y justo... Dios la ilumina con una sonrisa paternal.





Camino de perfección

El deseo de ser mejores, es rumbo de perfectibilidad y su impulso es evolución, como es involución el deseo de descender al bajo nivel de las prevaricaciones.

El deseo nos liga como esclavos al objeto deseado. Si descamos con ardor las cosas de la tierra, eso tendremos algún día, aplicando el método y la acción perseverante al pensamiento que aspira. Por tal motivo de aspiración profunda, Santa Teresa de Jesús imanizó su misión divina y San Francisco de Asís sintió la dulce fraternidad humana. Los santos, dentro de sus deseos de eternidad, han vivido en Dios y en Dios han realizado sus anhelos.

El deseo es el vehículo que conduce nuestro destino. Y es ese el motivo por el cual la religión nos impele a “pensar” constantemente en el “Reino que no es de este mundo”. Y nos insta a observar las leyes de Dios haciendo el mayor bien posible a través del peregrinaje de la vida. Quiere educar nuestras aspiraciones por un sendero recto en el cual vibran las palabras de sabiduría con que Jesús habló a los siglos.

La frase evangélica es la vida perfecta. Es el compendio universal de solidaridad humana. Es el amor al prójimo, el respeto a las conciencias, la protección al que sufre, el perdón de las injurias, el auxilio al pecador, la paz del mundo, la armonía universal o sea la fraternidad humana.

Poner el deseo al servicio de este postulado, intentando hacer un empeño para conseguirlo, es el mejor holocausto a la Divinidad.

El mundo, como las familias y los pueblos tienen en su seno justos y pecadores que acarrean en sus conciencias buenas y malas acciones. Sin embargo, "sin distinción", debemos amar a los justos por su pureza de carácter y a los pecadores por su desdichada debilidad.

El intento de ayudar al prójimo extraviado y no permitir que se hunda en la ignominia, es una acción cristiana ante Dios y patriótica ante la Nación. Cada oveja que retorna al redil es un elemento más para el pastor.

Estas apreciaciones quizá no encuadren con todas las mentalidades de un pueblo, pero seguramente estarán de acuerdo con un gran caudal de opinión.

El anhelo de ser mejores es solidaridad humana, puesto que el saneamiento de los vicios "de un individuo" siempre ha de llevar al hogar una buena influencia, que irá aumentando su radio y afectando favorablemente a todos aquellos que le rodeen. Los afectará por la energía para dominar las pasiones y por el ejemplo del triunfo obtenido, elevando el valor de la familia y cooperando al engrandecimiento del país.

El mejoramiento, como anhelo, es un medio de aplicar la doctrina a la vida práctica.

Dentro de las sociedades humanas se necesitan corazones abnegados que vayan extendiendo los preceptos de sabiduría en forma decidida dentro del detalle vulgar de la vida diaria.

Si se hiciera costumbre ofrecer a Dios, en vez de velas o trajes de colores diversos, la promesa "de no cooperar a la maledicencia o de no colaborar en la bola de nieve de la calumnia", el mundo sería mejor. Y Dios preferiría de seguro al humo de una vela de sebo, el perfume de perfección de un alma. Y al colorido de una tela efímera, el triunfo del ángel sobre el demonio.

Indudablemente que el anhelo de ser mejores nos

conduce a la libertad, que es la perfección, o sea el dominio de la armonía.

No hay rémora para aquel que “se decide” a mejorar de carácter, con energía y acción perseverante. El que quiere llegar a ser algo útil en la vida, lo será, sin duda. Y nada ni nadie podrá impedirselo, porque ejerce su derecho y trabaja para sí directamente y en forma indirecta, para los otros.

Por suerte para los tímidos, esta inquietud modernista de la vida, en que las mallas de la moral no son bastante flojas, como fuerza mayor, están llevando independencia a las personas, que por regla general, afrontan las consecuencias de sus actos irregulares, sin menoscabo de hijo o parientes, los cuales siguen haciendo su vida recta y honorable, rodeado del afecto de todos. Lo que antes— cuando imperaba solapadamente, bajo el velo del cristianismo el “ojo por ojo, diente por diente”,—constituía en baldón de cuatro generaciones la culpa de un padre, hoy no pasa de ser un incidente individual que “separa” los valores de una familia, sin amenguar en la más mínimo la falta paterna, los impulsos honorables y laboriosos del hogar.

Las culpas de las madres, sin embargo, ponen un halo de tristeza sobre las inocentes vidas de sus hijos. Y sucede que casi siempre son los hijos los redentores de las faltas maternas. Esas cabecitas candorosas llevan al corazón materno multitud de reflexiones:

—¿Y cuando crezcan? ¿Qué pensarán de su madre?...

¡Los niños en su fuerte inocencia, son magos tocados de la gracia que saben, sin saberlo, discutir al vicio la madre que Dios les dió!

Pero los tiempos cambian y el deseo de independencia que nos lleva a pasar desapercibidas las máculas sociales, también nos deja comprender la obligación que tenemos de evitar a “los niños de todos”, el amargo néctar que el vicio siembra en su camino...

Llegará un día en que los presidiarios, mediante una educación racional y metódica, lleguen a ser miembros honorables dentro de la vida social.

El peor enemigo del mejoramiento individual es el prejuicio, esa recia urdimbre de ideas añejas que se trata de adaptar como un molde a todas las cabezas.

Otro enemigo del mejoramiento social es la villana maledicencia que casi siempre logra destruir hogares y demoler las mejores iniciativas de aquellos o aquellas que realmente desean reivindicar su conducta y mejorar su carácter.

Ojalá se fuera imponiendo como un progreso efectivo, la independencia mental, que es óptimo factor de concordia.

El deseo de mejorar físicamente, de mantener juventud, alegría y actividad, es una obligación. ¿Por qué los viejos hemos de enturbiar la risa de los jóvenes? Riamos con ellos: que nunca encuentren en nosotros esa valla triste que limita la juventud...

¿Y por qué los jóvenes han de desdeñar la experiencia de los ancianos? Muchas veces el consejo atinado de un abuelo vale por todos los tangos y charlestons que se puedan bailar durante toda la vida.





Voces del pasado y del presente

Un onomástico. La casa está de gala. Hay el ambiente de los días extraordinarios.

Aunque aún no obscurece, manos diligentes encienden las lámparas rinconeras, cubiertas de telas sutiles, cuyos matices intensos y misteriosos hacen el efecto de incienso dentro de las naves de un templo: entibian el ambiente “artístico-frívolo” de una reunión moderna.

Animada charla. Los grupos se han formado simpáticamente, atrayéndose los homogéneos.

Los salones, ahora radiantes de luz, ofrecen un aspecto de opulencia y la armonía encantadora del más exquisito buen gusto.

Hundidas en cómodos “chesterfields”, algunas madres de familia—“jóvenes: cuarenta o cincuenta”—...—rememoran algo de “sus tiempos”.

—¡Claro que nó! Mi mamá jamás me habría permitido ir sola con un joven... ¡y en auto!

—Bueno, bueno, hija mía, pero es que “entonces” creo que no existían autos en Chile... Y además...

—¿Además, qué?...

—Además, “entonces” los jóvenes no la convidaban a una... prescindían de nosotras... se acompañaban del “demi-monde”... Recuerdo que sentíamos verdadera curiosidad por conocer a las “bellezas pecaminosas”... que nos arrebatában toda la parte alegre de nuestros pretendientes...

—Eso es cierto, Tila. Tienes razón. Nosotras éramos jóvenes ancianas... Nunca supimos de estas camaraderías de hoy... “Una “señorita”, no debe reír con ese es-

trépito"... "Una "señorita" no debe mirar con esa insistencia"... "Una "señorita" no debe exhibir sus pantorrillas de ese modo"... "Una "señorita" nunca debe sonreír a una broma pesada"...

—¡Ay, ciertísimo! Era una vida bien esclavizada, ¿no es verdad? ¡Era hartó pesado el título de "señorita"!...

—¿Y nuestras madres? Poco se nos parecen... Bailaban sus cuadrillas de honor y luego se reunían "entre varias amigas" para comentar las fiestas. "A nuestra edad", eran viejas...

—Por supuesto. Las mujeres de "treinta y ocho"... parecían veteranas...

En eso hemos ganado... ¿qué mal hay en bailar? ¿qué mal hay en charlar con nuestros amigos? Además...

—...qué?

—Que si vamos a esperar que nuestros maridos nos galanteen...

—Ay, pero es que... también ¿cómo quieres? Ellos están en el secreto "del guiso"...

—¿Del guiso?...

—Claro... del retoque... de los detalles... poco estéticos... de los esfuerzos de juventud...

—¡Eso no me viene a mí! Por suerte no necesito nada de contrabando. Quizá cuando llegue a tu edad...

—Mira, no embromes...

—Pero sino embromo... Cuando yo tenía diez años, tú estabas "saliendo" al Salón Alemán...

—¿Eso lo soñaste? ¡qué graciosa eres! Debieras dedicarte a la novela jocosa...

—Pero si tú "te bajaste el vestido" cuando yo iba a la playa de Miramar con calcetines...

—A poco más, vas a decir que te casaste cuando recién salías del "Kindergarten".

—En fin, hija, que el público juzgue... Nombraremos árbitros...

—¿Árbitros... "arbitrarios"?...

—Sí, es mejor. Dos amigos. Los maridos... resulta-

rian... "atrabiliarios"... ¡Mira! Da vueltas la cabeza con disimulo... Fíjate en la tupé de Lala...

—¡Pero es una atrocidad! ¿Cómo se atreve a usar semejante traje?

—No es para ella... ¿qué queda para las chiquilla?...

Unidas por "la crítica", ambas señoras ensancharon su círculo...

—¡Fíjense en aquella "toilette"!...

Y la juventud, al son de la orquesta, baila, sin aprensiones, con el entusiasmo un poco deportista de los bailes modernos... separándose las parejas, como si hubiera terminado una tarea...

Alguien cerca de mí, dice en voz baja, con un vago temor de dañar algo delicado:

Esto es el derrumbe de la poesía. ¡Lástima de muchachas, tan bonitas y tan mal comprendidas!

—¿Se figura Ud. eso? le replico. Si Ud.—el más fino Tenorio de la generación pesada.—va "ahora" a "atenderlas", no sería Ud, "comprendido"... Las costumbres son signos de los tiempos...

Y pasa una parejita juvenil junto a nosotros...

—No me "latees", Mariana...

—Bueno, pero te advierto que no voy más... en mi vida...

—"Ríome..."

Fué tan "fachendoso" ese "ríome", que reímos nosotros de buena gana. Había que ver la cara morenita de la chiquilla, con los ojos encendidos de cólera. Y el aspecto suficiente del muchacho que no teme las bravatas de su ingénua enamorada... Sabe que "lo quieren" y se siente un personaje de película, cuya mirada de "terciopelo" es irresistible...

Dos caballeros de alguna edad conversan de negocios, agotan el tema internacional y de pronto uno pregunta con acento indiferente:

—¿Y viste las fondas de la Avenida Argentina?

—Oh, sí, pasé una tarde por ahí, al regresar a Viña...

—Animado, no?

—Sí... más o menos...

—¡Cuecas más raras! Algunas mujeres batían el pañuelo como Dolores del Río bailando una jota...

—Sí, y otras mostraban las ligas dando unos saltos de bataclanas... Poquísimas bailaban la cueca verdadera...

—¡La manía de charlestonizarlo todo!... Pero una pareja de viejos, me llamó la atención: perfectos, hombre, perfectos; ¡hubieras visto!

—Sí, los ví, ¡gallo el tipo!

—¡Y ella! ¡Caramba!... Mira, a propósito, no hables de esto... porque en casa... yo no he dicho que...

—Ah, y yo tampoco... “¡No vale la pena!”... ¿Te acuerdas de aquellas “dieciochadas” en Playa Ancha?...

—¡Esos sí que eran tiempos!...

La orquesta ensordece con un “forttísimo”... Se canta en coro...

El joven “fachendoso”, con un jovencito algo “romántico”, hablan. Nada les oigo. Pero leen atentamente un libro pequeño empastado en rojo...

He apoyado la cabeza en mi sillón; y cuando cesa la música, escucho la voz masculina, un poco amanerada del “pololo” de Mariana:

—“He besado cinco veces a Julia X; Idem ocho veces a Lolita C.; Idem un “guapo beso” a Paula D.; Idem treinta y nueve veces a Mariana H.”...

El Tenorio de la generación pasada, que escuchaba como yo, se echó a reír, espantando la caza...

—Confieso que estas ingenuidades no existían en mis tiempos...

—Ni en estos tiempos tampoco, le interrumpo. Creo que estos casos no son vulgares... Pero esa libreta sería una verdadera salvación para Marianita...

—¿Por qué? ¡Ella tendrá la suya!

¿No le parece que “el feminismo” casi la “obliga”? Siento verdadera indignación.

—Mire, amigo mío, le digo: no difame una palabra que no conoce. Lea a Martínez Sierra... Comprenda un poco la vida... Y verá que el verdadero feminismo no es la masculinización disparatada que se toma por tal.

Al subir al auto de una amiga oí aún la voz aguda de la “débil” Marianita:

—Willy...: por favor! acuérdate que tienes que esperarme mañana en la Plaza... Si no llegas a tiempo... ¡vas a ver!...

Y algo habrá visto Willy, sin duda: un “ulero”... o el beso número cuarenta...





Veraniega

Se va yendo el veraneo... disminuye el bullicio... Se despuebla el ambiente de tangos y shimmys junto al mar... Este final de estación es bien triste... parece una hoja de otoño desprendida, que rememorara los tiempos idos...

Queda el comentario, buscando cabida en los corrillos. Un grupo de hombres graves, entre un cigarrillo y una copa, analiza de memoria, casi anatómicamente, las bellezas femeninas, que este año fueron esplendor y audacia en la playa llamada "de las hijas paganas"...

—Eso del mameluco es pamplina, hombre. Sólo se trata de un cambio de color...

—Estas muchachas modernas son bataclaneras...

—¡Alto ahí! Eso sí que no: con tu permiso, ñato. Las bataclaneras se refugian bastante debajo de las lentejuelas; algo se reservan, siquiera. Resultan un espectáculo moral y culto. No hay duda. La verdad en su sitio.

—Cierto. Las bañistas de este año, francamente, ni por el norte ni por el sur marcaron límites. Si el entusiasmo por ausencia de traje continúa, las veremos en el año próximo como Evas en estado de gracia.

—¡De gracia! Si, algunas. Pero otras, ¡caramba! puedo asegurar que se verán en la más perfecta desgracia. Mira que se bañaban algunos esperpentos, que daba miedo. Con unos costillares indecentes...

—Algunas parecían efebos, realmente...

—¿Efebos? Déjate de leseras, compadre. No les pon-

gas nombres raros... “¡Efebos!” ¿Qué llamas tu “efebos”? Yo digo que parecían marimachos. Las cosas han de decirse en chileno. Ni por delante ni por detras aparentaban ser mujeres... Pero otras... no sé cómo las llamarás tú... otras entraditas en carne, ¡misericordia! ¡Ah, verdaderas sirenas!...

—¿Sirenas? No jorobes, hombre... ¿Cómo me las comparas con sirenas a esas chiquillas tan bien hechas, de piernas esculturales? Todo tendrían menos cola de pescado...

—¡No me digas! La sirena moderna es de tierra. Ya tú recordarás de aquella, la de la capa amarilla y gorrito azul, ¿te acuerdas? Se sentaba en las rocas, bajo su quitasol japonés, con la túnica al desgaire, luciendo rocas y porcelanas... y luego, haciendo un gestito de timidez, volvía a vestirse, sin haber humedecido siquiera las zapatillas impecables...

—Impecables las zapatillas, talvez, pero los espectadores...

—Tú, por ejemplo...

—O tú... seguramente, tú.

—Confiesa que muchas veces te olvidabas de cerrar la boca por horas enteras...

—Pero, por pudor, en muchas ocasiones escabrosas cerraba los ojos...

—¿Te acuerdas de aquella morenita, que...

—Por supuesto. No es para olvidarse. Caramba, ¡qué dichoso peine el gallo de la bata morada!...

Con pasos lentos, los amigos de las verdes mocedades se alejaron riendo de aquellas reticencias, que no comprendí,

Y la amiga que nos acompañaba, me dijo:

—¿Ves? Así como se expresan estos señores, se expresan todos. Es un contrasentido esto de tomar de moda la manera impúdica de aquellas personas que los hombres “no saludan por la calle”. No es necesario ba-

ñarse forrada de pie a cabeza; pero sí con cierta medida, que indique algún pudor... Ya ves tú; hay muchas que se han bañado con lindos trajecitos y en forma decorosa. ¡Se puede ser elegantes a la vez que discreta! ¿Por qué te callas? ¿No te parece lo mismo?

—Sí, dije, algo distraída; pienso como tú.

Pero mi pensamiento se iba lejos, girando por entre los prejuicios sociales, deslizándose sobre las maneras imitativas de la gente sin carácter.

—“¿La “Fulanita” usa el mameluco sobre el muslo? Yo también. ¿Se rebaja el costado hasta la cintura? Yo también. ¿Se escota hasta... la intimidad? Yo también”.

Y sin esfuerzo... con entusiasmo, cooperan a degradar las costumbres, llevando siempre por norma la ruín imitación. No se ocupa para nada el cerebro; no se piensa. Mecánicamente, se imita aquello que menos debiera imitarse. Y esto, en todo lo que atañe a la vida social.

Tal vez habría algo que modificara tal estado de cosas: la moral religiosa. Pero, desgraciadamente, no se la toma en cuenta en asuntos de moda. Podrá ser impúdico un traje... “¡pero es chic!” Podrá no ser moral... pero “se usa”.

Y “usándose”... usándose, se estima indispensable llevar la moda hasta la más audaz exageración... En esto basan su elegancia aquellas pobres chiquillas, que teniendo cerebro, no lo ocupan, y que pudiendo reflexionar por sí mismas, se acogen al criterio ajeno... aunque hayan de sacrificar lo más delicado y agradable en una mujer: el pudor.

—¿Vamos, Isabel? Hace frío.

Sí, el mar está lindísimo. Pero se siente un hilo...

—¡Qué matiz tan preciosos!

Mira, la estrella vespertina parece un foco... ¿Te fijas en esa lluvia de diamantes que deja la luna? ¡Un collar de semejantes luces!...

Y miro a mi linda amiga, tan blanca, tan rubia, silenciosa, admirando las olas.

—¿Qué bien te vendría un collar así, Virginia!

Hace falta algo en la educación moderna. Salvo honrosas excepciones, se descuida la moral. Todos los pueblos, para engrandecerse, han necesitado cumplir en primer término los preceptos morales. Y actualmente, como “no se educa”, sino que simplemente se instruye... y se instruye en una forma tan poco práctica...

—¡Claro! no es extraño que sean contados los honbres que puedan destacarse...

—¡Si pudiera modificarse la educación! Aprovechar de las cualidades del educando... Que se abandonara el sistema de “elegirle” carrera al estudiante. Que se le diera acceso a su aspiración personal, a su afición.

—Sí, que no se “mirara en menos” la profesión tal o cual. Que se aprovechara la facultad cerebral, sin prejuicio alguno,

—Ah, Dios mío, si nosotras fuéramos legisladoras...

—Ciertamente. ¿No crees tú que?...

Nos miramos riendo a morir...

¿No ven ustedes? ¡El prejuicio! ¿Por qué nos hace reir la idea de ser legisladoras? ¿Por qué? No es un disparate, sin embargo...

Pero ya llegará el día en que todas lo pensemos y muy seriamente. Ya nos vamos cansando de que los señores hombres se lleven siempre “la parte del león”. Eso de que “gentilmente” nos den la vereda al pasar, parece un gesto de ironía... Sin embargo... tal vez... probablemente... En fin, fuere lo que fuere, necesitamos pensar que la mujer del porvenir ocupará el radio que lógicamente ha de corresponderle en “la edad de oro”. Y que para este objeto trabaja la Humanidad en masa. ¡Qué satisfactorio es comprender que se forma parte de esta máquina maravillosa hecha por Dios y que nuestra acción está tomada en cuenta por la Men-

te Divina! Si somos una pobre arenita de la playa, salgamos a la superficie para tomar el sol. Exterioricemos el ideal en forma práctica. Y armadas de una alegre sonrisa tomemos la vida con valor y marchemos adelante sin titubear.





Qué dirán...

¡Qué gratos y hermosos días he pasado escuchando esa charla agradable que no hiere a nadie, gozando de buena música y paladeando todas aquellas pequeñas golosinas que aumentan el volúmen... Pero, ¿quién se resiste a tan amables tentadoras que le dicen a una, con su mejor sonrisa:

—Isabel, sírvase Ud. que “desde mañana” iniciará su régimen.

Y siempre esa pícara gula queda firme en su puesto. Nos decimos con convicción:

—Sí. Será mañana... Pero hoy...

¡Es tan fácil dejarlo todo para mañana!, ¿no es cierto?

Aun en la parte grave de la vida existe la tendencia a postegar aquello que requiere decisión, labor o iniciativa. Somos perezosas, y muchas de nosotras, cobardes. No nos atrevemos a “matar al león.” Cuántas veces vemos irse las oportunidades, que, bien aprovechadas, nos hubieran dado un completo éxito. Pero los momentos se van y no vuelven. A veces es una frase que no nos atrevemos a pronunciar, por temor del comentario de aquellos que han de escuchar...

—“¿Qué dirán“?

Nunca llegamos a convencernos de que lo que “dirán” será seguramente un mosaico de opiniones diversas, acomodadas al buen o mal natural de cada opinante. Lo que a uno le parece óptimo a otro le parecerá abominable. Algunos hay que no queriendo salir de la ley de Moisés, se hacen inflexibles en sus juicios, y aplican todo su rigor a la flaqueza humana. Esos son generalmen-

te los que ven "la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio"... Otros, más cristianos, ayudan al caído y ven manera de hacer caridad en beneficio del alma.

Una poética fábula oriental hace decir a la tierra aromática:

"Yo era una arcilla vulgar antes que las rosas fueran plantadas en mí".

Y toda tierra tiene opción a estallar en flores. Y pide ser cultivada.

No existe una obra más demoledora que aquella que tesoneramente va hundiendo a los que han delinquido sin permitirles ni siquiera un movimiento para salir del pantano en que cayeron.

Esta corriente de tiranía humana avasalla a los caracteres débiles y los paraliza.

—Yo hubiera podido establecer tal negocio, que produce pingües utilidades, pero... ¿qué dirán?

Y la mujer inteligente, que quería trabajar... no realizó sus proyectos... ¡por eso!, "qué dirá la gente".

Deberíamos redimirnos cuanto antes de ese prejuicio atormentador, que aniquila las voluntades y destruye los mejores anhelos. Siempre es sano el trabajo que se apoya en la honradez y se abre camino en la esperanza.

El miedo a la opinión ajena detiene impulsos que hubieran beneficiado a la colectividad. La intrepidez mental es factor indispensable para triunfar. Y aunque resulta espada de doble filo, es el arma de combate para el que piensa y reflexiona. En poder de un tonto, la intrepidez es una bomba de dinamita... con todas sus consecuencias. Pero los triunfadores han sido aquellos valientes que no temieron ni por un instante a la opinión ajena.

Por cierto que en la continua lucha de las conciencias, en que el mal es antagónico del bien, está el camino doloroso del Calvario que ha de llevarnos a la Resurrección eterna.

Dentro de nosotras mismas existe el Juez de todos los minutos. Y siempre... siempre oímos sus fallos. Su palabra breve y clara, nos dice:

—Haces mal.

Y si nuestra feble naturaleza impone su debilidad, sentimos un desagrado inexplicable; un sufrimiento que no puede localizarse.

En cambio, ¡qué alegría!, cuando la voz tranquila dice:

—Esta bien.

Es entonces cuando debemos avanzar en nuestra obra, sin preocuparnos de la opinion ajena. ¿Para qué, si en la conciencia es Dios quien habla?

Precisamente, en ese rumbo de conciencia podría encontrar algo muy semejante a la felicidad... Ni la riqueza, ni el poder, ni la fama, ni todos los bienes de la vida juntos, pueden dar la satisfacción de una conciencia en paz.

El detalle más pequeño acarrea consigo un juicio perfecto en la conciencia, puesto que la máquina humana, hecha por Dios, no tiene una molécula que no responda al plan divino de evolución.

A veces no se desea tomar en cuenta el decir indiferente que perjudica a terceros; parece que una frase malévola que hace reír no hubiera de pesar en la justicia divina. ¡Pero pesa! Es "algo" en el Universo. Algo que seguramente ha de tener, en algún sitio, su resultado matemático; algo que ha de pasar por el crisol de la Suprema Justicia

Conque, bajo estos puntos de vista ¿no les parece a ustedes que no hay motivo de temer los rigores del "qué dirán" si se obra de acuerdo con la conciencia individual?

Grandes hombres, políticos admirables, han sido acometidos a veces del miedo a la opinión y han privado

así al país del beneficio que pudo haber reportado al conjunto su talento personal.

Comerciantes, que habían levantado grandes fortunas con sus espléndidas aptitudes, han tenido "miedo". Y desconfiando de sí mismos, vegetan, sin fe y sin esperanza en sus esfuerzos.

Dejemos para siempre los prejuicios que nos llenan de piedras el camino. Y sigamos nuestro rumbo, en plena serenidad.

Sigámoslo alegremente. El sufrimiento propio no es agradable a nadie. Debemos hacer lo posible por endulzar esas penas amargas que no han de ser borradas por nuestras lágrimas.

La alegría es sedativo a las preocupaciones. No hay cielo tan tétrico que no pueda permitir la caricia de un rayito de sol. La vida es mejor tomarla por su parte buena; encontrar en ella lo agradable y borrar lo sombrío. Siempre aire, sol y flores. Las espinas y abrojos, que se cansen de nuestra indiferencia. De nuestra voluntad de ser felices.

Un buen amigo mío califica a las personas que se dejan llevar de sus pesares:

"Son seres poseídos de una desdichada pasión por las contrariedades de la vida..."

Así se expresa de los que nada hacen por controlar sus emociones.

Y él ha sufrido mucho. Pero la sonrisa ilumina su bigote blanco.

Es verdad que la alegría mejora la vida. Y es contagiosa. Parece que diera flores y aroma. Hagamos de la sonrisa una obligación, para aminorar los aspectos hostiles de nuestra existencia.

Me figuro, que cuando logremos libertarnos de ese añejo "qué diran", dejando en su sitio el movimiento rítmico de la conciencia, habremos avanzado mucho en

la cultura espiritual que ha de llevarnos a la perfección humana.

No cooperemos a eternizar ese fantasma tan temido. ¿Quién es perfecto? ¿Quién no tiene necesidad de perdón? ¿Quién no necesita de la benevolencia ajena?

Reunamos nuestras simpatías, para pasar momentos agradables. Sin hieles que repartir... Buscando un reposo en la amistad sincera.



Pesimismo y exageraciones

Ayer he discutido valerosamente con un amigo bastante pesimista.

—La vida es monótona.

—Nó. La vida está llena de sorpresas.

—Sí, pesares...

—Y dichas. De todo un poco: una miscelanea suscrita por la Divina Providencia.

—No calumnie usted, Isabel, a la Divina Providencia; no la haga responsable de...

—De todo. Absolutamente de todo, de la abnegación de un santo, como de la consumación del crimen. La Providencia determina y nos invade estos pobres cinco sentidos, con los cuales debemos resignarnos. Y no podemos tener la pretensión de juzgar a Dios en sus designios. Si nos manda sufrimientos debemos esforzarnos en ser abnegados y usar nuestro raciocinio, para mejorar de situación.

—¿Y si no mejora?

—Paciencia. Se hace lo que se puede.

—Confiese usted, que la vida es un infierno.

—No confesaré tal cosa, señor mío, mientras vea la sonrisa en los labios de mis hijos.

—¿Y cuando ya no puedan sonreír, a fuerza de llorar?

—Mirarán al Cielo.

—¿Y si no miran, porque el dolor los vuelva escépticos?

—Miraré yo por ellos.

—Usted es una fanática de optimismo. No se puede discutir con usted.

—De otro modo es imposible vivir, amigo mío. ¿Para qué endurecer la vida? Mientras se pueda debemos permanecer serenos. Nuestra alegría es el sol del alma. Cuando llegan los momentos malos y las lágrimas se desbordan, aún tenemos el recurso de la oración para enjugarlas. La fe es supremo consuelo en las tribulaciones.

—La fe... la fe... ¿Y qué es eso?

—Pobre criatura, le dije: la fe es lo más grandioso que puede el hombre poseer. Es sentir un hilito de luz que está uniendo nuestra pequeñez a la grandeza de Dios.

—Nunca he creído en Dios.

—San Pablo, gentil, enemigo de Cristo, se sintió en cierto segundo de su vida compenetrado por la Gracia Divina. Puede llegar a usted su turno.

—Leyendas, Isabel, leyendas... después de siglos los acontecimientos se abultan, se exageran... se tuercen!

—Y actualmente, no ve usted a Papini? El que bramaba contra Cristo, ¿no lo ve usted en su empeño titánico de elevarle templos en los corazones de los hombres? Algún día no lejano la iglesia lo recibirá en su seno. Lea usted a Joergensen y se deleitará en sus manifestaciones de la Gracia Divina. Confiese usted, que es su vano amor propio lo que no le permite declarar, que cree en "El", Y sin embargo, su persona tiene un patrón, al cual obedece y del cual depende... Y además, le apuesto que si enferma gravemente, lo que no le deseo, contestaría a las súplicas que su mujer le murmurara al oído:

—¡Sí, que entrel

Y entrará el confesor. Y pescará el buen siervo de Dios, más que los pescadores de Galilea. ¡Cuánto congreso, Dios mío!

Empezaba a llover. En el hall nuestro visitante le dijo muy serio a mi marido:

—Caramba, hombre, ¡qué mala fortuna! De un agua-

cero a otro. Pero, en fin, ya era tiempo de abrir el paraguas... Le voy a decir a mi mujer que cuando me esté muriendo no me diga nada al oído.

—Parecería usted, un egipcio...

—¿Un egipcio?

—¡Claro! Llevando tanta provisión para el viaje. Convénzase usted. Es mejor dejar aquí la alforja con los pescados.

Mientras lo vi alejarse. pensaba en "las cosas que pasan", Tal vez mañana cambiará sus ideas. Es de sabios mudar de opinión". Todo lo que tiende a mejorar es sabiduría; mejorar el aspecto, embellecer, hacerse grato a los demás...

Sin embargo ha habido casos en que la exageración de tal intento ha acarreado fuertes desengaños.

Cuéntase de Lais, la famosa etaira griega que dió lustre a Corinio por su belleza. que poseía un ingenio singular, un conocimiento clínico del corazón humano, que la colocaba a la altura de Aspasia, la brillante mujer que fué admiración de los grandes talentos de su época.

Cierto día se presentó ante ella, subyugado por su belleza, un célebre escultor. Le manifestó sus sentimientos rendidamente.

Ella dijo:

—Nó.

Marchóse desesperado el pobre galán, que ya no lo era. Sus sesenta años estaban demasiado visibles. Y sus ropas en un descuido muy poco juvenil.

Pensando, el cuitado sintió de pronto una inspiración genial: teñir los cabellos, entregarse en manos de un experto y rehacer con habilidad la juventud perdida.

Ante una bruñida lámina de plata, se encontró hermoso. Apolo en persona latía en él.

Triunfante se dirigió nuevamente a Lais. Esta, artísticamente envuelta en suntuosas telas corintias, alzó su rostro de nieve. Sus ojos oscuros se detuvieron un ins-

tante sobre el engalanado y rejuvenecido escultor. Una pícara sonrisa pasó por su boca breve. Lo había reconocido.

Y díjole:

—Vete, necio. ¿Cómo imaginas que lo que he negado a tu padre hubiera de concedértelo a tí?

No sé si la anécdota es moral, pero sí aseguro que nos moraliza:

“Es peligroso extralimitar con exceso los atributos de la juventud”.

Toda exageración es vicio, pero moderadamente y con criterio, debemos mejorar y embellecer nuestro físico. Hay mujeres que mejorarían enormemente si no abusaran tanto del maquillaje. Este es un arte, y no todas lo poseen. Alguna conozco que siendo una verdadera belleza, la oculta bajo una densa capa blanca que daña la vista.

Se suelen ver por esas calles algunos fenómenos de audacia tal... Se pintan a oscuras y sin el menor respeto al público. Estos casos parecen vestigios de salvajismo. En cambio, a veces, se ven caras que Goya habría firmado con satisfacción de artista. Es necesario dar un espectáculo “fino” a la masculina juventud dorada. Habituarlos a lo selecto. Pueden ustedes creerme que esto es conveniente. Piénsenlo ustedes bien. ¿No es verdad que es conveniente? Las muchachas deben ser artistas, y con voluntad pueden serlo. Deben cautivar con sus encantos femeninos, como con sus modales. ¡Oh, Dios mío! Y que descuidados son a veces! He visto escenas que crisan los nervios, en salones que frecuenta la mejor sociedad. Niñas que por su nombre y por la educación que han debido tener, están obligadas a guardar la compostura necesaria con los jóvenes... Recuerden siempre esas personitas que “Juegos de manos, son de villanos”. Y que los hombres no gustan de encontrar “grisetitas” en un salón de señoritas. Se puede ser

alegre y traviesa sin ser mal educada. Felizmente, en nuestra sociedad no es común ver tales salidas de tono, de lo que debemos alegrarnos. Es necesario que los hombres vean méritos en las niñas, para que su excepcionalismo no los lleve a buscar en ellas nada más que “una musa de la alimentación”. Que se aleje toda idea de interés ante el encanto y la gracia distinguida de una señorita educada y selecta.

La vida es buena: hay que creerlo. Si no fuera buena no habría flores, nidos...

—¡Señora! ¡Señora!

—¿Qué hay?

—Traen el azúcar y hay que pagar la conducción.

Un momento.

¡Que lástima! ¡Van a decir ustedes que estoy “cayéndome de un nido”...



Por nuestras hijas

La maledicencia es aceite que se extiende, invadiendo el telar de la honra. Desaparece después de ímprobo trabajo, para reaparecer nuevamente con el polvillo de los comentarios sociales... ¿Saben Uds. cuál es el pelambre que más me indigna? Aquel que se refiere a las muchachas jóvenes, inexpertas, repletas de ideas descabelladas, que han debido absorber en las novelas modernas de exagerada sensualidad y franco libertinaje y en el aspecto falso de las costumbres yanquis. Las madres que lo son de verdad, debieran fijar su atención en los acontecimientos aislados que suelen ocurrir en nuestra sociedad. Creo que nunca será bastante lo que se pueda decir al respecto: que nuestro clima, nuestro atavismo, nuestra idiosincrasia, no son sajones por ningún costado.

Cada raza debe tener su educación propia, su desenvolvimiento propio, su personalidad colectiva. No es necesario volver rumbo a la Colonia, pero tampoco debemos ir al extranjero en busca de costumbres disolventes para nuestra raza. El transplante de ciertas reuniones sociales en que se proclama la independencia de la juventud, no ha dado bajo nuestro cielo ningún resultado ejemplarizador. Las excursiones automovilísticas de la misma índole sólo han producido críticas malsanas y sonrisas sarcásticas, que dañan hondamente, y tal vez con grave injusticia, el prestigio de la juventud femenina. Esa duda que se cierne sobre una frente pura, siempre proyecta mala sombra.

Los casos que se destacan demasiado bulliciosos no

son seguramente los únicos. Ya Uds. saben que el huracán ataca las cumbres con mayor violencia.

Pero es un triste espectáculo ver ensañarse en una débil criatura la ponzoña horrible de la maledicencia. Esas culpas, por regla general, podrían repartirse equitativamente, deslindando responsabilidades. Y bien sabemos que vale más prever que remediar.

¡Son las mal entendidas costumbres! La tolerancia un poco egoísta de las madres y la necia vanidad de las modas de ultramar... No es que se deba desconfiar de las personas, pero sí de la naturaleza. Hay un proverbio que hace al caso: "En arca abierta el justo peca".

No solamente es necesario fijar los ojos en el caminito que llevan nuestras hijas. Es menester también prepararlas para la vida en una forma tan amplia como sea posible que puedan ellas por sí mismas defender con conocimiento de causa su felicidad futura y comprender que se puede ser "modernas" sin dejar de ser dignas. No las entreguemos con los ojos vendados al peligro borrascoso de las costumbres disolventes. Indudablemente a nada bueno puede llevarnos esta mezquina imitación que no ha tenido en la práctica otro triunfo que la indiferencia un poco insolente con que los muchachos tratan generalmente a las niñas...

Creo que con prudencia y sin exageración podríamos optar por un término medio bastante equitativo.

Suprimir de raíz esa independencia "absoluta". Que siempre haya un par de ojos maternos y de comprobada experiencia frente a la simpática alegría juvenil. Porque, ¿en qué puede molestar esa mirada maternal? En nada. Pero siempre sería un factor en caso de naufragio... Y de estos ya se han visto, se están viendo demasiados...

A las madres inteligentes les toca tomar una iniciativa que barra con los prejuicios establaados y no permita desarrollarse esta epidemia que va marcando una

triste huella en hogares respetables. ¿No es verdad que vale más la dicha de nuestras hijas que las dificultades que nos oponga "la fuerza de la costumbre"?

—Dicen que dicen...

¡Fatídicas palabras que van desarrollando la bola de nieve!...

Imagino que existe también otro factor que muy especialmente contribuye al desenvolvimiento cerebral: el cine. Se suele ver el espectáculo penoso de algunas madres que llevan a sus chicas de cinco a quince años a películas que aunque no sean dañinas para una niña de veinte, no pueden convenir a la infancia que va asimilando lo que ve sin comprenderlo. Crímenes pasionales que se apoderan tal vez para siempre de esas inocentes criaturas en desmedro de su carácter.

Así como existen matinés para niños, debieran los señores empresarios de cinematógrafos establecer los "sábados blancos", por ejemplo, con películas livianas y apta para esa chiquillada que ya no es infantil, pero que aún no llega a la edad adulta. Educandas que no deben encender su cerebro con las complejidades de la tragedia ni con cinismo libre de cierta clase de "vaudevilles." Pero que necesitan distraer la imaginación con un gran porcentaje de alegría y un buen fondo moral.

La lectura: otro factor, que el libro pase siempre de la madre a la hija. Y que la madre no sea tacaña en proporcionar buenas lecturas. Lo esencial es el fondo de la obra. Que triunfe siempre la conciencia. Con este requisito creo que no hay obra mala. ¡Existen tantas bellezas en la lectura que no han necesitado de barro para construirse!

Mis amiguitas no van a querer mal a Isabel Morel por esta crónica "añeja" que pretende atentar contra su libertad. Van a reflexionar maduramente, y estoy segura que serán ellas las principales colaboradoras de cruzada contra las costumbres bastante poco apeteci-

bles de los plebiscitarios yankees, que, fuera de su clima, no pudieron nunca "atar" ni "desatar"... ¿No es cierto que no me van a querer mal? Tengan en cuenta que si no tuviera el cariño patriótico que siento por ustedes, mujercitas de mañana, no habría tocado este tema; pero pienso en las madres de los futuros presidentes de Chile, de los almirantes, generales, ministro, senadores... Es necesario, pues, que esas futuras madres sean formadas en madera sana y fuerte. Que sean capaces de bastarse a sí misma por su concepto claro de la vida, que en la verdadera mujer es: en el cerebro como brújula, el deber cumplido; y en el corazón, suprema resignación cristiana.





Cartas...

Una impulsiva "Lyson" me dice:

"No podemos celebrar que Ud. "para conquistarse el aprecio masculino", trate de desacreditar a las mujeres. ¿Cree que es muy fácil dirigir la casa, como si fuera una oficina? ¿Y se está figurando tal vez que todos los maridos son unos santísimos santos de palo? No, señora. Hay algunos que no se los desearía yo a mi peor enemigo. Y estos señores se permiten llegar a la casa como unos déspotas, encontrando todo malo y pidiendo mucho más comodidades que las marcadas por el presupuesto... Y de todas las escaseces le echan la culpa a la mujer... ¡Claro, pues! ¡Si la mujer siempre es el pato de la boda! Aunque una trabaje como un peón, sin salir ni a la ventana, sin ver nunca una película, sin descansar jamás de los "odios" con que "el hombre ideal" la colma injustamente, siempre es "una nulidad, una infeliz, una pobre ave". Y si se trata de algún convite a almorzar o a comer, al que concurren "sus amigos" y no las amigas de la mujer,—la dueña de casa no puede despegar los labios, ni opinar, ni reir, "¡ni nada!" Si una habla, dejándose llevar por la conversación, el dichoso maridito, delante de todas, la trata de "infeliz"...

—Cállate mejor, Lyson; tú no sabes de estas cosas.

¡Cuántas veces me ha quemado la cara la indignación que me produce esta conducta! Me humilla porque no soy una erudita... de pega, como él. ¿Comprende Ud.?

Haga Ud. patria con hombres como éstos, que ni siquiera conocen de vista la delicadeza.

¿Comprende, ahora, Isabel, que es el marido el culpable de que la mujer pierda todas sus ilusiones?

Si delante de la gente no tiene reparo en burlarse de una, es porque ya no siente "absolutamente" estimación por la dignidad de su mujer. ¿No le parece a Ud.?

Y sin embargo, el ¡muy bellaco! me lloró a mares para que consintiera en casarme con él.

Yo no quería. Me lo avisaba un presentimiento. Pero algo me vendaba los ojos. ¡Cómo no me fijé, Dios mío, que un hombre que llora lleva tres cuartos de cocodrilo en el corazón!

Sí, señora. Así es.

Pero, le digo la verdad, lo que me consuela es el papelón que él hace ante sus amigos: ¡haberse casado con una tonta, habiendo tantísimas inteligentes en el mundo!

Se va al club, por supuesto, a charlar con sus grandes talentos que se atiborran de whisky and soda antes de la comida...

Llega... a medio filo... cayéndose no... pero... así... muy sospechoso... Y con un tufo... ¡ay Dios!

--¡Lyson! Aquí no están ¡mis zapatillas... ni mi pijama...

—¿Te vas a acostar antes de la comida?

—Ah, cierto que "falta" la comida...

Y si me río hay "gresca". Y si me enojo... también.

Ah, Isabel, ¿no cree usted que esto que le cuento es también "generalidad"? Figúrese usted qué vida ésta, al lado de un hombre a quien una "quisiera" odiar. Un hombre atroz. Plagado de defectos... A veces pienso que si no tuviera los ojos que tiene... Le diré, son unos ojos bien raros. No parecen lindos, pero cuando me miran y hace un buen tiempo en la casa... ¡son maravillosos! Es por eso que soporto tanto. Únicamente por eso. Que si no...

En fin, Isabel, quise desahogarme en usted porque

algunas veces me inspira mucho cariño. Cuando habla mal de los famosos hombres...

Affma.—*Lyson*.“

No comentemos. Esta cartita no lo necesita.

Además, aquí hay otra.

“Amiga Isabel:

Me ha parecido muy bien su idea de poner cuidado sumo en la distribución del tiempo. Personalmente he de intentar un proyecto de reorganización dentro de la casa, porque le tengo que confesar que la labor doméstica suele no darme tiempo para otras cosas útiles. Hay días enteros que pierdo, porque a la lavandera se le ocurre no venir.

Otras veces la empleada no alcanzaba a hacer las cosas en la mañana, porque se levantaba tarde. Pero ahora le he aplicado despertador; y yo, en vez de levantarme a las 12, lo hago a las 10. ¿Siempre es muy tarde? Es que estoy empezando poco a poco, para que no se me agote el impulso...

En fin, creo que de este “dinamismo” entusiasta voy a lograr algunas mejoras apreciables para mi vida. Le agradezco sus insinuaciones, que, aunque no eran para mí sola, “han tocado mi granito de arena”. Y como usted dice bien, entusiasmo cooperar a la obra de perfeccionamiento nacional con nuestro pequeño esfuerzo desconocido.

La saluda con especial simpatía su más asídua lectora,

Ana Corina.“

Es chistoso. Lyson se figura que “quiero conquistar-me la opinión masculina” defendiendo los intereses de los hombres. Y sin embargo “ellos” suelen sentirse calumniados por mí, cuando “ellas” afirman que estoy barajando verdades absolutas...

Estoy perpleja... ¿De qué modo decir las cosas en justicia?

Y una voz algo socarrona—la voz de alguien que mira lo que escribo—me dice:

—No te metas en lo ajeno...

—¿Lo ajeno? replico indignada. ¡El pecado original no es ajeno a nadie! Es por eso que se extiende por el mundo sin distinción de sexo. Es de todos y en todos está.

La risita satánica me hería el oído.

—Cualquiera diría, Isabel, que eso la envanece...

—Envanecerme, no... Pero eso me asegura el “handicap” para la carrera hacia la perfección.





Feminismo

Se ha prestado a amargas controversias el impulso decidido del feminismo moderno. Personas de gran selección mental,— dando fuerzas al ataque de la idea,— han querido tachar esta magna obra de todas las mujeres del mundo como un gesto de histerismo colectivo sin ninguna utilidad práctica. Y aun más, lo han tildado como una amenaza a las funciones maternas y a la ordenada vida del hogar.

Esto, además de ser un error grave, es manifiestamente una injusticia. Entre las más destacadas mujeres feministas de los países de Europa y América hay un gran porcentaje de madres de familia que “en vez de matar el tiempo“, lo utilizan avaramente encontrando el momento necesario para cada actividad.

La mujer ha dejado de ser una odalisca occidental en todos los países latinos y sajones. Y lo que ha cerceñado a la sentimentalidad ociosa y romántica incrustada en la ignorancia y la “egolatría“, lo ha transmutado en una fuerte energía generosa que la levanta de esclava a compañera del hombre y la capacita como sacerdotisa del verdadero altruismo: la labor universal pro mejoramiento de la raza humana.

La obra femenina es tan vasta ya, que no puede esbozarse en pocas líneas. Pero basta una mirada sincera para apreciar la magnitud de esta reforma social. Los congresos mundiales han llegado a conclusiones llenas de interés para el mejoramiento de la vida. En secciones separadas se ponen en tabla los diversos tópicos:

(a) *Beneficencia*, (la labor maravillosa con que se sos-

tienen por mujeres en todos los países de la tierra hospitales, clínicas, ajuares infantiles, gotas de leche, boticas, etc.).

(b) *Higiene*, (la lucha de la mujer contra el alcoholismo, la tuberculosis y las plagas sociales. En el extranjero estas actividades femeninas son enormes).

(c) *Educación*, (Formación del carácter por medio de conferencias, revistas y folletos. La lucha contra la desmoralización de jóvenes de ambos sexos, valiéndose de la prensa, el teatro, el cine ilustrativo, los lemas de nobles pensamientos situados en los jardines o paseos públicos. Vigilar la asistencia a la Escuela y esparcir los sistemas más simples y de mayor importancia práctica. Terrenos para juegos).

(d) *Legislación*, (conseguir la patria potestad de la madre y la capacidad civil de la mujer casada para manejar sus intereses).

(e) *Trabajo*, (Ampliar las leyes protectoras de trabajos de la mujer y del niño. Acordar un mínimo de salario para cada país "y tachar los empleos que no ajustan con la constitución femenina".)

(f) *Ciencias, Letras, Artes*, (Formalizar una situación idéntica para los estudiantes hombres y mujeres dentro de las Universidades. Estudiar reformas o sistemas que eviten el prejuicio de sobreponer al hombre como más eficiente en las profesiones liberales en que no existen diferencias de fuerza física o de constitución que pueda impedir el nivelamiento de capacidades).

(g) *Sufragio*, (se trata de la influencia que tiene el voto de la mujer en cuestiones que, por su índole maternal, pueden ser estudiadas más sutilmente que como lo haría un hombre, v. gr. la higiene, la educación, la moralidad, el civismo artístico, etc).

(h) *Paz*, (el trabajo altruísta de la mujer cooperando a la unión de los pueblos y a la fraternidad humana,

como madres, por medio de la educacion familiar. Enseñando a los niños el respeto a las leyes y derecho internacionales. El amor a la justicia y el deseo ferviente de una paz laboriosa).

He recopilado muy sucintamente algunos de los temas de estudio discutidos durante los congresos realizados en gran cantidad de países.

Y cae de su peso una sola reflexión: que la mujer se ha convertido en una actividad generosa, laborando por una vida mejor.

Su espíritu maternal se ductiliza frente a los complejos problemas del sufrimiento y extiende su mano delicada sobre las miserias de la tierra para aliviar y proteger a los otros.

Reclama su derecho a vivir sin ser una carga pesada para los suyos. Quiere trabajar para sí y para los demás. Y tesoneramente intenta tomar el puesto que le corresponde en las labores propias de su sexo, que sin ningún discernimiento se confian a hombres llenos de energias y capaces de tareas más acordes con su virilidad.

El feminismo es una fuerza nueva que ha caído en el mundo como una bendición.

Han pasado ya muchos años desde que la palabra "feminismo" servía para hacer la caricatura tan conocida en que defilaban por las calles de Londres batallones de harpías vociferadoras, en trajes casi masculinos, representando la negacion de la belleza y del sentido común. Actualmente el feminismo de verdad es gentil y admirable. Se posesiona de los defectos sociales y trata de remediarlos. Gentes hay que creen encontrar el feminismo en las exageraciones sociales, más o menos "snobs": una muchacha que fuma, bebe y dice palabras gruesas. Otra que se marcha de excursión, llevando llaves de puerta de calle para regresar a las cuatro de la mañana... Son estas las modalidades de una educación malsana, pero en ningún caso feminismo.

Feminismo es una obra de derechos conscientes, de sentimientos maternos, de admirable generosidad. Reconozcamos esta actitud abnegada de la mujer, que espontáneamente ha querido formar parte en la labor común.

Y esperemos que nuestro gobierno ha de estudiar y planear los medios para que logre opción al trabajo "el millón y medio" de mujeres que viven a expensas de los suyos.

El feminismo bien comprendido es en su aspecto exterior una de las más importantes ruedas de la máquina social; y en su intensidad de alma, algo como la visión del Cristo, cuando modulaba en la montaña: "Venga a nos Tu Reino".



Cinco minutos de provecho

Se hablaba con calor de un conato de divorcio.

Se relata; se juzga. Es un caso tan conocido, que huelgan detalles...

—¿Pero tú sabes...?

—¡Por supuesto!

Todas “lo saben todo”.

Lala, encendiendo un cigarrillo, dice con calma:

—Nadie puede saberlo “todo”. Nadie más que yo.

Es una algarabía...

—¡Qué curioso!

—¡Brutal!

—¿Cuándo no...?

—¿Se te puede preguntar...?

—¡Qué monopolio de sabiduría!

—¿Presenciaste algo...?

—¿Te lo dijo “el mismo cuerpo del delito”?

—¡Habla!

Al fondo del hall se descorre un cortinaje y aparece el comedor.

—Suspendido el tema, dice la dueña de casa, riendo. Es necesario fortalecer los ánimos...

Y, gentilmente, Adriana nos endulza la vida, mientras Madame Butterfly canta emocionada su ensueño de amor en la victrola.

—Bueno... que Lala nos diga...

—¡Todavía no, por favor!, suplica Adriana, indicando a la servidumbre.

El ambiente está denso. Se experimenta una sensación nerviosa que anima los ojos.

—¿Permaneceremos en el hall? No.

Estaremos mejor en la sala...

Es más discreto...

—Vamos, Lala, ya puedes referirnos “aquello”.

Lala, con su expresión enigmática, sonríe. Vacía el humo de su pitillo por la nariz, coloca una pierna sobre la otra y nos dice con firmeza.:

—No hay “ab-so-lu-ta-men-te nada”. Me consta.

—¿Nada?

Este “nada” es un balido, un grito de desolación. Las fisonomías se han demudado. ¿Conque no hay nada? Imposible. Tiene que haber algo... Se necesita que haya algo...

Y alguien dice con sorna:

—Es que Lala nunca encuentra nada de particular en nada. ¡Es demasiado “amplia” para juzgar al prójimo! En eso está de acuerdo con Isabel Morel...

--¡Cuidado!, interrumpo. Observe Ud. que aquí no se encuentra Isabel Morel para defenderse...

—¿Cómo así?

—Como Ud. lo oye.

Pero me interesaría que Lala nos explicara ese “absolutamente” que ha resultado una verdadera bomba ..

—¿Explicar qué? No soy yo Dios para sacar de la nada.

—Pero, en fin, se insinúa, estos comentarios tan extendidos tendrán alguna base...

—Eso sí, dice Lala. Tiene una base. El egoísmo de él y la sentimentalidad de ella.

Alguién me habla al oído;

—Si quieres ir a la vermouthe, corta la conferencia con que la Lala nos amenaza... Va a hacernos un sermón, ¡ya verás qué lata!

—¿Sentimental esa criatura tan entregada a las labores domésticas? Entonces tú no la conoces, Lala. Si es capaz de madrugar para asistir en persona al encera-

miento de la casa. Ella cose, borda, zurce y no duerme si el niño pasa mala noche. Nunca puede asistir a una fiesta... ¡no tiene tiempo! Da espanto ir a verla, porque en menos de un cuarto de hora la llama la "nurse", el mozo, la cocinera; le piden las llaves, y ella no las entrega... Se ausenta del salón pidiendo excusas, y la deja a una entretenida en contemplar las decoraciones de el mariscal, que tiene una cara de perro admirable... No, hija mía, la pobre Irene todo será, pero no sentimental.

Ha hablado atropellándose mi amiga Emilia, que no pierde de vista su reloj, y me hace un guiño expresivo, para que evitemos la avalancha de una discusión.

Pero Lala, que se ha acomodado a la turca sobre los grandes cojines del "lit de repos" alza su mano enjorada y dice:

—¡Pido la palabra!

—Sólo por cinco minutos, grita Emilia.

Todas rién.

Y Adriana, encendiendo un perfumerio, en que Pierrot suspira, levanta la voz.

—Silencio por favor. Lala tiene la palabra.

—Digo que Irene es sentimental porque es excesiva en todo. Se sacrifica estúpidamente, creyendo que ese sacrificio puede hacer feliz a su marido. Imagina que el sacrificarse es sinónimo de dicha para los demás, y ni por casualidad convida a la razón al banquete de sus perplejidades. Sufre muchísimo más de lo justo por cosas sin ninguna importancia, futelezas de aquellas que no pueden ser tomadas en cuenta.

Una palabra desabrida de su marido es para ella un drama horrible. Se afecta, va desmejorándose y el marido se hastía a todo galope. De esto ha nacido esa "divergencia de caracteres" que se ha comentado tanto.

A él le agrada el bullicio, la sociedad, y en su casa no puede haber música, porque despertaría al niño. No

puede ir al teatro con su mujer, porque está cansada siempre de tanto "traginar". Y él se aburre, porque como es un gran egoísta le parece imposible afrontar valientemente la educación de su compañera. Y cree que su problema doméstico es un mal sin remedio... que esta situación, no lleva miras de terminar, es todo lo que les puedo decir. Vivirán desagradados, siempre riñendo y sufriendo, como dos galeotes...

Y sin embargo, se han querido mucho, se quieren aún, estoy segura, pero no ven la vida, sino como una carga pesada, porque no han tenido el acierto de repartirse amigablemente de la lógica y razón que le sobra a él, y del sentimentalismo en que ella se sumerge.

El debiera convencerla de que no siempre es virtud el sacrificio. Debiera razonar junto a su oído para contrapesar ese sentido enfermizo con que juzga las cosas, sensación que se apodera de nosotras al principio de la vida matrimonial.

Como pensar "en femenino" es pensar con el corazón, nos forjamos ideas colosales en materia de sentimientos y anulamos el juicio razonado que el hombre usa con calma y serenidad.

—¿Y ella qué puede hacer?...

—Entrar en el alma un poco helada de su marido, borrar los signos algebráicos que haya en ella, con amor, con esa convicción abnegada que ductiliza el carácter... Y ser la hiedra que abracé el tronco protector.

—Total, que una no debe ocuparse mucho de su casa...

—Al revés. Una debe ocuparse "bastante", pero en su debida oportunidad, sin desatender los gustos del marido. Tratando de abarcar el manejo de la casa en horas que no implique una molestia para el.

—¿Y el niño?

—Si le enseña bien, no dará ese trabajo: pasearlo

en brazos toda la noche, acostumbrarlo al vaivén mal-sano de la cuna, darle alimento fuera de hora, con sacrificios inútiles y prácticas egoístas. Es claro que cuando está enfermo es fuerza tener otra atención... Pero es que el niño "está sano", y se le obliga a adquirir hábitos que le han de restar salud y desarrollo...

—Pasaron los cinco minutos, Lala. Tu cuento resultó sermón. No sé cómo tú, que eres tan moderna, puedes llevarte las horas divagando... Yo sí que tengo algo bien interesante que decirles: cuando el estreno del "Precio de la Gloria", Gustavo, mi hermano, invitó a la Charo... se la acababan de presentar... le aceptó... y convinieron una cita... ¡fíjense que es bárbara!...

—Sí, dice Lala, muy molesta, ¿y qué es él?

—Por el momento, mi hermano, Lala.

—Muy bien. No daré mi opinión. Pero te advierto que la Charo es mi amiga y aunque tu hermano sea muy verídico...

—Calma, por Dios, interrumpe Adriana. Tengamos la fiesta en paz... Cuando Uds. dos discuten...

—¡Las seis y media!

Emilia sale, despidiéndose a escape.

—Esta Lala con sus prédicas... Voy a perder la película...

Escuchamos en seguida la "Fantasía Cromática de Bach". ¡Cuánta armonía! ¡qué espléndida manifestación de magnificencia!

Creo que nunca, como aquella tarde, he sentido mejor esa música de serenidad aparente que despierta la vida interior, como si una sublime catarata de luz fuera esparciéndose selva adentro...

Después de los temas en tabla, exhibiendo la vida deficiente, el genio de Bach, vino a poner paz en las almas con sus sonos de traslúcida belleza.



INDICE

PÁGINAS

Proemio.....	3
Mujeres de Chile.....	5
Ser mejores.....	7
Auto-retrato.....	12
Abolición de esclavitudes.....	16
Los lirios que cambiaron de color.....	20
Injusticia social.....	27
Trigo de oro.....	31
Aurora Argomedo y su obra.....	36
Impropia para hombres.....	41
Por la dicha conyugal.....	46
El alma de la mujer.....	51
El derecho al sufragio.....	56
El poder del pensamiento.....	60
Extensión cultural.....	65
Globos de jabón.....	69
Sanción social.....	74
El niño, Rey del Mundo.....	78
La costilla de Adán.....	81
La marcha de las edades.....	85
Figurines y mujeres.....	93
El Tenorio se muere.....	97
«Nos-Otras».....	102
«Flappers».....	107
Indole femenina.....	112
Grandes pequeñeces.....	117
Voluntad.....	122
Bola de nieve.....	127
El «Seny» de Cataluña.....	131
Conversaciones.....	136
Los hombres de mañana.....	141
Divorcios de almas.....	144
Camino de perfección.....	149
Voces del pasado y del presente.....	153
Veraniega.....	158
Qué dirán.....	163
Pesimismo y exageraciones.....	168
Por nuestras hijas.....	173
Cartas.....	177
Feminismo.....	181
Cinco minutos de provecho.....	185

PEDIDOS A:

“Unión Femenina de Chile”

CASILLA 3357

VALPARAISO

X0006X

Imp. y Lib. STOCK.—Viña



IMP. Y LIB. EL STOCK

VIÑA DEL MAR

00003617562



UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL